Llámame Judas

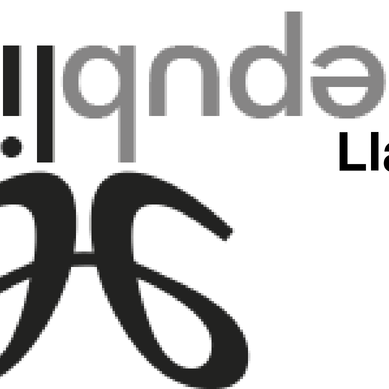
Guillermo Galván



¿Fue Judas un traidor?

Los argumentos a favor de la hipótesis canónica —el Iscariote como gran villano del cristianismo— son sumamente endebles. Apenas hay vagas referencias en un par de Evangelios, y son escasamente compatibles entre sí. La avaricia como presunto móvil para la delación no se sostendría en pie frente a un moderno tribunal de justicia, como no se sustenta ante un análisis racional: el tesorero de la comunidad que vivía en torno a Jesús el nazareo habría obtenido un botín mucho más jugoso y menos arriesgado escabulléndose con la bolsa. La única prueba del delito es la contradictoria declaración de unos supuestos testigos que ni siquiera coinciden en los detalles del posterior suicidio, como si se tratase de viejos rumores oídos de otros labios, y no de acontecimientos directamente vividos por ellos. Una losa de silencio se abate sobre la imagen de Judas, cuyo nombre maldito apenas se pronuncia sino para recordar que su alma se abrasa eternamente en el Infierno.

¿Y si las cosas hubiesen realmente sucedido de otro modo? ¿Y si el Iscariote, en vez de traidor, hubiera sido el cómplice más estrecho en los planes del rabino Jesús, tal como sostienen desde los primeros siglos las corrientes gnósticas en los llamados Evangelios según Judas? ¿Y si el resultado final nada tuviera que ver ni con estos planes ni con los del propio Judas? «Llámame Judas» le ofrece las claves ocultas de esta historia.



Guillermo Galván

Llámame Judas

ePub r1.0

Titivillus 27-04-2024

Guillermo Galván, 2006

Editor digital: Titivillus
Escaneo y OCR: matro
ePub base r2.1




epublibre
XI Aniversario
Histórico

Premio

Esta novela recibió el VIII Premio Alfonso VIII de Narrativa de la Diputación de Cuenca (2005). El jurado de esta convocatoria fue presidido por Almudena Grandes, y sus vocales fueron Lorenzo Silva, Antonio Pérez Henares, Marta Segarra y Melquíades Prieto.

A *quienes siempre están ahí a pesar de todo.*
A mi confidente en la DGP, quien comprenderá que la letra gótica no sería bien recibida en este espacio.
Y a todo lector sorprendido por el hecho de que este libro acate los más novísimos dictámenes de acentuación de la RAE
.

… y jugaron con el diablo a las tinieblas.

Leopoldo María Panero

Intro

Solo a partir de aquella noche comencé a concederle crédito a tan descabellada historia. Nunca antes. Al menos, no con esa convicción. Hasta entonces, y a pesar de las pruebas más o menos concluyentes, de mis variables estados de ánimo al respecto, todo me había parecido el pasatiempo de un lunático o de un cerebro maquiavélicamente ocioso, algo que me alcanzó de forma grotesca y creció después hacia un imposible.

La cita formaba parte del mismo entramado, tan singular y extravagante como los hechos previos: un sábado por la noche en el piso cuarenta de Torre Picasso, el edificio más alto de la ciudad. Pero, al fin y al cabo, era nuestro primer encuentro y, después de tanto tiempo comunicándome con un fantasma anónimo, el lugar se antojaba como cuestión meramente secundaria. Dominando apenas el nerviosismo y provisto de la correspondiente acreditación en el control de entrada, viajé en el ascensor hasta el cielo de Madrid, pocos metros bajo el aspa roja del helipuerto.

Tras repetidas llamadas a la puerta del despacho sin obtener respuesta, me decidí a entrar. Era un bufete de escasa superficie, luminoso y pulcro, que, equipado con mobiliario básico de oficina y una sola mesa, producía la impresión de mayor amplitud. Una mesa, por cierto, tan desatendida como el resto del recinto. La puerta lateral con el símbolo de cuarto de baño me hizo suponer que había sorprendido a mi interlocutor en un trance inapropiado, y decidí aguardar su regreso sin sentarme, fisgando con disimulo la minimalista decoración, el ordenador encendido, el mueble bar entreabierto.

Me tengo por hombre paciente, pero para todo hay límites, así que, pasado un tiempo más que prudencial, ensayé un discreto toque de nudillos en la puerta del lavabo, con idéntico balance al que minutos antes había conseguido en la entrada del despacho.

Añadí un par de llamadas de cortesía antes de girar el pomo y comprobar que el cuarto de baño estaba tan impoluto y desierto como todo lo demás.

No podía ser un plantón. Después de cuanto había sucedido, no era lógico hacerme llegar hasta allí para nada. Todo formaba parte del mismo juego, el mismo turbio y truculento juego. Decidí seguir jugando. Me serví una copa y, apoltronado en el sillón frente a la mesa, aguardé el siguiente movimiento, una iniciativa que, ciertamente, no me correspondía a mí.

Pasados los minutos, la copa quedó vacía y ningún movimiento, excepto el de mi muñeca jugueteando con el tintineo del hielo contra el cristal, se había producido. Cerca ya de la medianoche, una segunda dosis —segunda y última antes de largarme, me juré—, y nuevo paseo sin rumbo por la moqueta en aquel aburridísimo silencio, abriendo y cerrando cajones del archivador, limpios todos, sin un solo papel que fisgonear. En esa absurda labor me hallaba cuando sonó el timbre del teléfono, y el sobresalto me hizo recuperar automáticamente la compostura, como si alguien que irrumpiese de repente en la habitación me hubiera cazado en un renuncio adolescente. Aún zumbó dos o tres veces más antes de que me decidera a descolgarlo, sin la seguridad de si debería hacerlo o no.

Era una voz masculina, adulta aunque de indeterminable edad. Me saludó con un inequívoco tono de firmeza, y de inmediato supe que era él. Por vez primera una voz, algo parecido a una singularidad física. Aunque no imaginaba una cita así. Esperaba enfrentarme a unos ojos luzbelianos, o al menos a una persona, a unos rasgos definidos, no a una simple voz. Decepcionado, le reproché su actitud esquiva. Con medida calma, evitó cualquier polémica para sugerirme que abriese el cajón de la mesa, bajo el ordenador. Era de los pocos sitios que me quedaban por husmear, y lo habría hecho ya de no haber mediado la interrupción telefónica. Obedecí con curiosidad sin desprenderme del aparato. Había un sobre al fondo del cajón, y mi interlocutor me animó a abrirlo. Nunca había tenido en la mano billetes de quinientos euros, y mucho menos tantos billetes de quinientos.

—No es necesario que los cuente —dijo—. Hay sesenta billetes. Ni uno más ni uno menos: treinta mil.

Supongo que esperaba una respuesta por mi parte, quizá alguna aturdida pregunta, pero finalmente él se impuso a mi perplejidad.

—Para que escriba esa historia —agregó—. De su publicación me encargo yo.

—Le dije que no lo haría.

—La escribirá, se lo aseguro.

—Sabe perfectamente que no lo haré por dinero. Me prometió una prueba definitiva, incontestable. Y estamos donde estábamos. Debí imaginar que tampoco hoy daría la cara.

Hubo un silencio eléctrico. Apenas unos segundos que parecieron eternos antes de que él respondiera. Cuando lo hizo, una sonrisa indulgente se adivinaba en el timbre de su voz.

—Ahí están el salario y la prueba. El primero, ya en su mano. Para la segunda, tendrá que asomarse a la ventana.

Confuso, abandoné el auricular sobre la mesa y avancé la media docena de pasos que me separaban de la estrecha cristalera volcada sobre los tejados de la ciudad. Bastó con un simple vistazo para vislumbrar la anomalía. Abajo, a mi izquierda, un espectáculo insonoro destacaba entre las luminarias artificiales de aquella Babel de cemento. A menos de quinientos metros de mi privilegiado puesto de observación, el perfil de un oscuro edificio, una torre de vidrio y acero envuelta en humo, rodeada por un anillo de llamas que ascendía como si un horno descomunal se hubiese instalado a un tercio de su cima. Carreras en la calle, luces de emergencia, vehículos de bomberos, diminutos chorros de agua desde larguísimas escalas. Un panorama sobrecogedor e impensable solo segundos antes. El mundo podría venirse abajo, y nadie, de no ser advertido, sería consciente de ello en aquel aislado despacho tan próximo a las nubes.

Aún tardé en regresar al teléfono. La imagen era magnética, te retenía más allá de todo deseo, como un desmedido caleidoscopio que atrapase las pupilas para fijarlas en la lenta aunque imparable evolución del fuego a través de las entrañas del gigante urbano.

—¿Qué significa esto? —alcancé a balbucir, sin abandonar la vista del resplandor indirecto que se había alojado en el metal de la ventana.

—La prueba, amigo mío. La prueba que esperaba. Aunque, por desgracia, demasiado tarde, la demostración de que todo era

absolutamente cierto.

Colgó de inmediato. Y yo regresé a mi atalaya para enfrascarme en la visión de lo increíble, en aquella vasta contemplación del desastre, para dejarme secuestrar por el mágico efecto del fuego trepando impune hacia las alturas. Por fin, en un notable esfuerzo de voluntad, abandoné el despacho y, aún escéptico ante lo insólito, gané la calle para sumarme al estupor general, para vagar por la zona esquivando barreras policiales, para unirme a los centenares de miradas que, ajenas al frío de aquella noche de febrero, observaban la torsión entre gemidos metálicos del cíclope herido por las llamas. Durante más de dos horas permanecí mudo, hechizado ante una lluvia de cristales fundidos y macizas pavesas que se precipitaban contra las aceras, boquiabierto frente al avance del fuego que buscaba las alturas, pendiente de su descenso imparable hacia los pisos inferiores. El edificio Windsor parecía una descomunal falla, un espectro a punto de desplomarse, su negro esqueleto con las vergüenzas al aire vomitando centenares de minúsculos papelillos humeantes, bautizando el suelo con formidables racimos de brasas.

Congelado, regresé a casa, donde permanecí como rehén del televisor hasta la madrugada, sin poder apartar los ojos de aquella poderosa imagen repetida en todos los canales, incapaz de expulsar la idea de mi cabeza. Pues, si increíble resultaba el suceso para cualquier espectador, para mí adquiría la singular potencia del presagio, la incontestable demostración de un siniestro y premeditado plan.

Hasta esa mañana, la del 13 de febrero de 2005, todavía dudaba sobre si debería o no escribir esta novela. Entonces supe que debía hacerlo. No caeré en la ridícula presunción de considerarlo un deber para con mis congéneres, ni siquiera como una deuda hacia la verdad. A fin de cuentas, ¿qué es la verdad y de qué modo nos afecta? ¿Cambiaría un ápice de ella nuestras existencias como individuos y como colectividad? ¿Qué es lo que hace de cada uno de nosotros un ser capaz de creer o descreer? No. Mi decisión es una deuda de lealtad para con lo vivido, y se apoya en la fiel memoria de un hombre que se limita a dar testimonio de los hechos.

1

Dama de Picas

PODRÍA haberle sucedido a otro, y en tal caso esta historia habría sido muy distinta, o tal vez ni siquiera hubiese existido. Pero el simple detalle de que me sucediese a mí me imposibilita para afirmar categóricamente que haya sido un mero fruto de la casualidad.

Me llamo Ángel. Tengo 58 años y durante los últimos treinta y cinco fui periodista. También he sido otras cosas, por supuesto: niño difícil, mal estudiante, rebotado adolescente, más o menos fiel esposo, padre, irregular lector, jefe de sección, exesposo, y unos cuantos de esos papeles que a cada cual le toca representar a lo largo de la vida, amén de las metafóricas ventanas que, para sobrellevar el día a día, uno se abre, hacia lo imaginario y que vienen a componer inevitablemente otros tantos roles virtuales. Pero el periodismo ha sido mi dedicación más intensa, y extensa, en el tiempo. No caeré, sin embargo, en la estafa de asegurar que la más apasionada de ellas, aunque sí, en su mejor época, la más apasionante, y eso muy a pesar de que nunca pude aproximarme a esa grosera idea que asimila este oficio a una especie de sacerdocio vocacional.

Ahora, francamente, es difícil explicar lo que soy más allá de mi situación laboral de prejubilado como consecuencia de uno de los muchos expedientes de regulación de empleo con que el sistema disfraza la necesaria obtención de beneficios empresariales. Un anónimo y prematuro ejemplar de nuestras clases pasivas, un engranaje apartado del proceso, como el filtro de aire que el mecánico te entrega en una bolsa de plástico tras haberlo sustituido

por uno nuevo para que tú mismo lo arrojes a la basura. Sí, eso, en definitiva, es lo que ahora mismo soy en honor a lo económicamente correcto. Un hombre con tiempo, con todo el tiempo del mundo para mirar la vida, eso sí, forzadamente, desde una perspectiva que quizá llega demasiado pronto, o quién sabe si demasiado tarde.

Mi primera obsesión al conocer que apenas me quedaba un mes de trabajo por delante fue no abandonarme a la paranoia. Sí, ya sé que resulta contradictorio, que crear una obsesión para combatir otra no deja de ser absurdo, una especie de juego de realimentación que, en los ejemplos más extremos, ha conducido a ciertos individuos a desatar guerras y provocar genocidios. Tanto la paranoia como su recalcitrante combate suelen desembocar en consecuencias similares. El miedo a lo desconocido, a lo diferente, a perder el propio universo que se tiene y por exclusivo, crea los peores monstruos. La mayoría de las veces, esos monstruos no se ven, pues caminan ocultos y bien acicalados en el interior de la intachable apariencia ciudadana. No se ven, pero ahí están, bullendo a la espera de salir de sus refugios y revelarse, por fin, en su auténtica dimensión, como actores que aguardan la gran oportunidad para demostrar su valía. Afortunadamente, buena parte de esos engendros acaban agostados como fetos inviables tras una vida sórdida y silenciosa que se limita a disolver a su propio huésped en el veneno de la rutina y la apatía, pero a diario leemos sobre las hazañas de los que repentinamente brotan ante el pasmo y la sorpresa de sus convecinos.

En fin, no sé muy bien a qué venía esto de la paranoia. Hablaba de mi proceso interior cuando me enteré de que pasaba a la reserva. La noticia me entró como una estocada. Estuve horas con la tripa encogida y dejando un reguero de mala bilis tras mis pasos. Una conmoción poco recomendable, algo parecido a una caída libre hacía extrañas turbulencias que se agitan bajo las suelas con la obvia intención de engullirte. Es posible que no fuera paranoia lo que generó esa maldita pregunta (¿Por qué yo?), sino el miedo a la depresión, a convertirme en uno de esos zombis anónimos que pueblan las calles a la espera de un futuro ya para siempre al margen, un Gregorio Samsa que, aun sin patas de insecto, se supiera definitivamente bicho caduco. Me horrorizaba la idea de perder mi

mundo; un mundo vulgar y sin duda diminuto que se reducía a diez horas de trabajo diario y unas cuantas caras, rostros de seres más o menos humanos y tan corrientes como tú pululando alrededor, dirigiéndote miradas, guiños amistosos o ultrajes verbales, según qué casos y circunstancias. Aquel era mi mundo, después de todo, ni mejor ni peor que el de los demás, pero sujeción sólida para ese tramposo precepto que te obliga a sentirte socialmente útil.

Pues bien, aquello se vino abajo en diez minutos de entrevista en el despacho de Recursos Humanos una mañana de noviembre. Y aún tenía que estar satisfecho. Muchos se quedan en la calle en peores condiciones, sin, al menos, el paraguas de un cierto porcentaje de sueldo garantizado hasta la jubilación definitiva. Y aunque este último pensamiento tardó varios días en aflorar, una vez la cabeza decidió ir asimilando la inmediata y categórica realidad, me ayudó a sobrevivir mentalmente ante lo que se avecinaba.

Sirvan estas breves digresiones sobre mi inesperada situación de desempleo como necesario preámbulo para explicar lo sucedido. O, al menos, respecto al origen de los sucesos que de verdad interesan. El caso es que recuperé mi vieja vocación como acto defensivo, como voluntario placebo frente al horror vacui del futuro inmediato. La falta de tiempo, las circunstancias personales y familiares, el cansancio sobrevenido por un trabajo no pocas veces agotador y, por qué no admitirlo, una proverbial pereza, habían hecho de mí un escritor frustrado o, más exactamente, un proyecto de escritor frustrado. En cierto modo, aquella antigua llamada literaria seguía viva en mí; quieta y silente como una espora, pero viva. Y fue ella la que me permitió afrontar los hechos desde una perspectiva diferente a lo previsible. Apenas tardé unos días en reaccionar a la fatídica noticia. Mi primera decisión fue registrarme como investigador en la Biblioteca Nacional y, compatibilizando hasta donde pude su horario con el de mis últimas jornadas laborales, emprendí los primeros pasos de lo que imaginaba un proyecto que pronto sería a tiempo completo.

Enfrascado en el latín más que vulgar de Gregorio de Tours, lograba evadirme, al menos por unas horas a la semana, de una realidad que me negaba a revestir con matices dramáticos. Ahora sé que me sumergí en los ecos de un drama verídico como forzado

ejercicio de autoestima. Un doble drama para ser exactos: el primero era enfrentarme a las trampas de la lengua latina después de tantos años; el segundo, el de fondo, la historia de las hijas del rey godo Atanagildo que, dadas en matrimonio a dos reyes francos, hermanos a su vez, se enfrentaron a destinos muy distintos. La mayor murió asesinada por su esposo poco después de la boda, mientras que la segunda se convirtió en una de las más notables personalidades de la nación franca e hizo de su larga vida un permanente ejercicio de venganza, o de justicia, hacia quienes participaron en aquel crimen. Una historia digna de ser narrada en lenguaje contemporáneo, una historia que llevaba años paseándose por mi imaginación con el hechizo de una mujer coqueta y que, ahora, desde la contingencia de mi inmediato desalojo del mercado laboral, se ofrecía como primer elemento de una posible tabla de salvación.

El 9 de diciembre, fecha en que cumplí los 58, estrené la impuesta libertad. Había planificado hasta los últimos detalles para que nada pareciese distinto. El despertador sonó a la misma hora de siempre. Sin poder evitar un cierto sabor amargo bajo la lengua, repetí la liturgia afianzada durante años y salí de casa con la puntualidad habitual. Pero esta vez el trayecto era diferente, y fue esa variación la que me colocó definitivamente frente a lo insoslayable. El trayecto, y también la hora larga que hube de esperar a que abrieran las puertas de la Nacional, que dediqué a repasar la prensa ante un par de cafés. No fue sencillo. Abstraerse de lo que sucedería en ese momento en la redacción —podía verlo, casi paso por paso, persona por persona, sin necesidad de estar allí— era algo parecido a lo que dicen sentir quienes han perdido un miembro y sufren el dolor como si aún estuvieran completos. Como si me faltase una pierna. Así me sentía. Hasta que decidí abandonar los periódicos para repasar las notas obtenidas durante mis anteriores visitas. Porque ese y no otro era mi nuevo mundo, mi nueva vida, y cuanto antes aceptara este artículo de fe antes recuperaría la pierna, o lo que fuera que me faltase. El ejercicio tuvo éxito y debo decir que, cuando al fin franqueé el acceso a la sala de lectura junto a un pequeño grupo de madrugadores, me sentía moderadamente feliz.

Dentro me esperaba la *Historia Francorum*, dispuesta a permitir

una nueva incursión entre sus venerables páginas, más larga y productiva esta vez, como habrían de serlo, pensaba yo, las sucesivas de allí en adelante. Y cuando la lucecita roja del pupitre anunció que el pedido estaba a mi disposición en el mostrador, lo interpreté como un pistoletazo de salida, una especie de minúscula vela de cumpleaños que de inmediato me urgí a apagar recogiendo el volumen como si de un precioso regalo se tratase. A pesar de nuestra breve y reciente relación y de sus desperfectos externos, le había tomado cariño a aquel tomo de cubiertas verdes orladas en oro. Editada en París en 1610 por el impresor Pierre Chevalier bajo el auspicio de Luis XIII, contenía, además de la crónica, otras obritas referentes a los obispos de Tours y eruditos apéndices como interminable colofón. *Gregorii Turonensis Episcopi Historiae Francorum Libri Decem*: casi novecientas páginas, de las que tan solo las primeras quinientas podían interesarme.

Ajustándome las gafas casi con avidez, me sumergí en su cómoda tipografía en busca de las raíces de lo que habría de ser mi novela. Durante dos largas horas traduje, tomé notas y hasta me permití divagaciones lectoras de apasionantes episodios que inicialmente nada tenían que ver con mi proyecto, un placer que solo un mes antes me habría reprochado como tiempo inútilmente perdido. A media mañana, me concedí un recreo para fumar en los jardines exteriores junto a otros tabaquistas empedernidos, siempre bajo la vigilante mirada gris de Isidoro de Sevilla y Alfonso el Sabio, quienes, desde sus pedestales no menos grises, parecían amonestar, como ancestrales y encarnizados ministros de sanidad, a la pequeña horda de bárbaros humeantes que paseaba a sus pies medio tiesa de frío.

Mi cumpleaños, no obstante, parecía una jornada propicia a las novedades. De regreso al pupitre, dispuesto a dedicarle otro par de horas al trabajo, y al pasar las páginas en busca del punto donde había concluido mi última lectura, un elemento intruso me saltó a la vista. Se trataba de un folio doblado a la mitad, la marca quizá de algún lector poco cuidadoso que, inevitablemente, tenía que haber usado el volumen en los últimos tres días, en todo caso después de mi última visita, pues en aquella ocasión no estaba. O yo no lo había visto. De momento, me inquietó la posibilidad de que alguien pudiese ir tras las huellas del obispo de Tours con intenciones

similares a las mías. Desasosiego que frené enseguida con un ejercicio de racionalismo. Es cierto que no era una obra al alcance de cualquiera, especialmente por estar escrita en latín vulgar y por referirse a una época poco propicia a la novelística actual. Seguro que habría historiadores interesados, quién sabe si filólogos o latinistas. Cientos de estudiosos habrían hojeado ese volumen antes que yo, y a nadie, hasta el momento, se le había ocurrido escribir esa historia, la que desde hacía años, pero especialmente desde unas semanas atrás, yo consideraba *mi* historia. No, no pensaba arrojarme en brazos de tamaña insensatez precisamente ese día, el primero de mi nueva vida, aquel que había de significar el despegue de mi definitiva, aunque tardía, carrera de escritor.

De inmediato, la vencida inquietud se transformó en sospecha, pues el papel en cuestión anidaba entre dos de las páginas que ya había repasado en días precedentes. Sin conciencia de ello, mis ojos buscaron alrededor cualquier indicio de que alguien pudiese haberlo dejado allí durante la breve pausa para consumir un cigarrillo. Era una conclusión ridícula que rechacé tajantemente, aunque sin poder evitar un disimulado vistazo general a la sala en busca de algo fuera de lo normal. Algo que, naturalmente, no existía: absortas universitarias, adustos presuntos sabios, jóvenes profesionales, ensimismados todos en sus libros, carpetas o portátiles; a lo suyo, sin la menor atención a mis figuraciones.

Desplegué el folio, aparentemente en blanco. En su interior, como si hubiesen querido ser protegidas por el doblez, había unas notas manuscritas con letra menuda, perfectamente legible y que desde el principio me pareció de trazo femenino. Su contenido, que curioseé muy por encima, no era ni mucho menos una traducción, ni tenía nada que ver con el libro. Un breve texto, con acotaciones y tachaduras sobre una hoja que, a modo de membrete impreso en su cabecera, mostraba una cuenta de correo electrónico. Eso era todo.

No diré que me impidió trabajar. De hecho, esa mañana progresé en mi investigación más de lo que había avanzado en las seis o siete sesiones previas, y mi libreta se llenó de apuntes suficientes como para empezar a darle forma a un esquema y pergeñar varias escenas. No, no fue un freno, pero sí que asaltó mi mente entre reflexión y reflexión. Dudaba sobre qué hacer con aquel folio. Lo más normal es que lo hubiese dejado en su sitio, allí

donde lo había descubierto. Cualquier persona sensata habría hecho eso mirando hacia otro lado tras decidir que allá cada cual con lo suyo: si se trataba de una marca, flaco favor haría a su dueño cuando recuperase la lectura; por el contrario, si era un olvido, quién sabe si aquella persona regresaría o no a las páginas del cronista turonense. Me invadió un ridículo sentido de la solidaridad, imaginándome en situación parecida. De haber perdido un texto importante, y aquel podría serlo, solo gratitud guardaría hacia el rescatador. Y, de no ser así, si se trataba de un simple marcapáginas, podía reintegrarlo sin dificultades a su sitio, o devolverlo personalmente. Quién sabe si, en cualquiera de los casos, el propietario, o propietaria según mi pálpito, podría resultar un experto e interesante contrapunto que desbrozase dificultades en torno al objeto de mi investigación.

Antes de irme, orgullosamente satisfecho de mis progresos, y con el dichoso papel definitivamente guardado en mi libreta, quise asegurarme de no meter la pata. Tal vez el de esa mañana no era el mismo ejemplar que yo había venido utilizando previamente, y mis suposiciones podían ser infundadas. Pero no, la Nacional disponía de un único volumen para consulta pública de esa rara edición, de modo que si dos personas lo solicitasen al mismo tiempo, una de ellas tendría que esperar. Por lo tanto, quienquiera que fuese el dueño de la nota se la había dejado allí en los últimos tres días, aquellos en los que yo no había significado competencia para su uso. Porque pensar en que lo había hecho durante mi pausa fumadora carecía de sentido. Con poca fe en mis posibilidades, intenté averiguar la identidad del último lector solicitante, pero, como era previsible, se me negó con intachable cortesía el acceso a unos datos estrictamente privados. Tampoco sirvió sugerir, de forma un tanto abstracta, que esa persona podía haber olvidado un documento entre las páginas del libro: me invitaron a depositarlo en un sobre que los servicios de la biblioteca harían llegar al incógnito usuario. Esta opción, del todo cuerda, se me antojó de momento innecesaria, pues disponía de una dirección de correo electrónico a la que informar. Tiempo habría de seguir otros procedimientos si es que este no funcionaba.

Con esa convicción abandoné la Biblioteca Nacional tras la primera jornada de lo que podríamos considerar mi nueva

actividad, y dominado por una extraña euforia que incluso me animó a depositar un par de euros en el platillo de un acordeonista de rostro embozado entre solapas que interpretaba zardas a la puerta del metro.

Por la noche, llegué un poco cargado a casa. No es algo habitual, por mucho que digan quienes, sin razón, me tienen por una especie de crápula clandestino. Para mí, los excesos, siempre en su justa medida, aunque a veces pueda pasarme de la raya si la ocasión lo merece. Y ese día había sobrado motivo para eso y algo más. No solo por mi satisfactoria experiencia de novel investigador.

Había jurado a Mónica que comeríamos juntos para celebrar mi cumpleaños y lo que ella había bautizado unilateralmente como mi nueva experiencia de hombre libre. Dos celebraciones en una, aunque la segunda, la verdad, no fuese precisamente motivo de jolgorio. Pero uno no come a diario con su ex y con su actual marido, que también se apuntó a la festividad. Y es que nuestras relaciones, las que Mónica y yo mantenemos, no son en absoluto corrientes. Más bien, por el contrario, algo fuera de lo normal. Nos casamos en el 74, enamorados como es debido. Y no es una frase irónica: yo diría que muy enamorados, lúcidamente enamorados. ¿Contradictorio? No: la lucidez y el amor, si van de la mano, salvan a las parejas, o al menos salvan a las personas, que es lo que merece la pena ser salvado en toda relación humana. Si algo he de agradecer a Mónica, aparte de su afecto y sinceridad durante los años que compartimos, es precisamente eso, la lucidez; la suya, y el permanente sustento de la mía. Un afecto lúcido, en definitiva, es lo que nos mantuvo. Y esa misma claridad de ideas fue la que nos permitió una separación pacíficamente pactada después de un prolongado matrimonio. Porque es necesaria mucha lucidez para advertir primero, y reconocer después, que los proyectos se agotan. Y para no venirse abajo ni declararle una guerra al mundo como respuesta. Una separación más o menos dulce, al margen de los desgarros que estos hechos producen inevitablemente tras una larga convivencia. Una separación favorecida, eso sí, por circunstancias exteriores. Mónica recibió una magnífica oferta profesional que ni a ella ni a mí nos pareció lógico rechazar: un puesto de jefa de

servicio en el departamento de oncología de La Fe. Demasiado importante para decir que no, y excesiva la distancia para mantener una estructura sin futuro. Así que, como un juego teórico al principio que después fue cobrando rotundo fundamento, decidimos otorgarnos mutua libertad durante el tiempo que ella pasase en Valencia. Fue un tiempo largo, tan largo que a ambos nos posibilitó rehacer unas vidas que en mi caso devino en definitiva soltería, si es que fuese lícito emplear ese término, y a ella le permitió conocer a otro hombre con quien iniciar un segundo proyecto. Tres años después de su marcha, formalizamos el divorcio como trámite imprescindible para su futura boda.

Lo que son las cosas, fue precisamente esta boda lo que la devolvió a Madrid. Porque Lucas, su nuevo amante, un viudo con dos hijos independientes, vivía en la capital. Lucas, un tipo sobrio en el sentido estético de la palabra, seis años mayor que yo, gordinflón y más bien sosote a primera vista, pero todo un personaje en el mundo de la investigación genética que, prendado de los valores —supongo que no solo profesionales— de Mónica, gestionó para ella un puesto en la Fundación Jiménez Díaz para neutralizar esos trescientos sesenta kilómetros de distancia. Así suele jugar la vida sus cartas: lo que para unos resulta un trayecto insalvable, a otros les parece un par de saltos hasta la esquina de enfrente. Mónica y Lucas, unidos por y para la ciencia. Quién sabe si definitivamente. Ojalá que sí, al menos ese deseo de felicidad le transmití en aquellos momentos. Y fui sincero, porque era lo mínimo que le debía. De eso hacía ya diez años. Diez años de relación distante, aunque más o menos amistosa, siempre con un toque de formalidad añadido por la presencia de Lucas.

Con la perspectiva del tiempo, había llegado a ver a Mónica como a una madre, demasiado joven para mí, claro, aunque la edad no determina en absoluto las predisposiciones. Siempre pendiente, como quien teme el extravío de un hijo cabezaloca. No digo que le faltasen motivos para considerarme un poco tarambana, un irresponsable para con los clásicos deberes familiares, pero su respuesta resultaba abusiva, sofocante en ocasiones. Durante nuestra convivencia lo había interpretado como un afán desmedido por su parte de meter las narices donde no debía, un deseo de control que no pocas veces rayaba, desde mi subjetivísimo punto de

vista, en lo patológico. Luego, con los años, y sobre todo gracias a la lejanía física, supe discernir cuál era el problema: su irrefrenable afán de protección. Incluso ahora, por mucho que intentara evitarlo, y me consta que lo intentaba en mi presencia, aún retenía ese rasgo entre los tics más indisciplinados de su personalidad, y nuestras afortunadamente tardías conversaciones acababan, tarde o temprano, monopolizadas por mis eternos defectos y sus graves consecuencias. Mi respuesta más común era el silencio: con la pareja se puede discutir, a una ex se le puede mandar a hacer puñetas, pero no es fácil desairar a una madre.

Nuestra celebración enseguida tomó el camino tradicional. Protegido, como de costumbre en circunstancias similares, por la sólida coraza que proporcionan copas de sobremesa, reflexionaba para mí sobre la posibilidad de que Lucas pudiera hallar una buena hipótesis respecto a su esposa desde los arcanos de la genética. Ella insistía en las oportunidades que me brindaba el futuro, la conveniencia de que tomase unas buenas vacaciones (—Ya estoy de vacaciones, soy pura y obligada vacación— escuché protestar a una de mis neuronas.), o que me sumara a algún viaje colectivo (—Sí, del IMSERSO, no te jode.) para conocer a gente nueva y olvidar la parte más traumática de la primera etapa de mi desempleo. Y, tras los consejos, las ineludibles admoniciones sobre mi estilo de vida, el cuidado de mi salud y la necesidad de no dejarme llevar por la indolencia, defecto que, tan intrínseco en mí, podía conducir a un desdichado desenlace.

De repente, la escena adquirió la fuerza de una revelación, casi una experiencia mística. Supongo que algo tuvo que ver el alcohol como catalizador de prodigios; al fin y al cabo todos los videntes, desde el Oráculo de Delfos hasta George Bush, se han apoyado históricamente en alguna ayudita parecida. Ella me sermoneaba, como era su costumbre en los últimos tiempos, tras el disfraz del buen consejo, pero ahora sin el apasionado rigor de una madre, sino con el tono de suprema condescendencia de una anciana tía. Caí en la cuenta de que en adelante debería llamarla tía Mónica. Y ese salvífico hallazgo me hizo rejuvenecer cien años.

Durante la cena con Miguel ni se me ocurrió decir que había estado comiendo con la tía Mónica, aunque mi alborozo apenas contenido me invitaba a hacerlo partícipe del sensacional

descubrimiento. No habría recibido bien esa broma sobre su madre. Miguel es mi hijo. Va en busca de los treinta y uno y ya firma en un diario de los que llaman de alcance nacional. Es uno de esos chicos que deciden seguir el oficio de su padre, quién sabe si por legítima vocación o, abonados al refrán de más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer, por la comodidad de pisar terreno ya explorado. En realidad, se llama Miguel Ángel, como síntesis de una vieja pugna. Su madre quería ponerle mi nombre y yo me negaba a admitir la incomodidad de dos ángeles revoloteando en un mismo espacio, así que convinimos un armisticio en tierra de nadie. Yo lo llamo Miguel, y ella por su nombre completo. Seguramente fue él quien apechugó con la parte más dura de nuestra separación. Aunque ya tenía quince años cuando viajó a Valencia con su madre y las formalidades del divorcio lo sorprendieron —valga la hipérbole— con derecho a voto, y el oportuno regreso de Mónica a Madrid le permitió comenzar la carrera en la Complutense desde el primer curso. Cualquiera podría pensar en una coincidencia, pero no. Mónica no cree en el azar y lo planifica casi todo con precisión de cirujano. Incluso la vida de Miguel, quién sabe si su futuro, está diseñada según esos mapas que parece esconder en alguna parte de su cabeza. Mi hijo avanza en la profesión, gana un sueldo más que discreto, dispone de coche, mantiene un pequeño apartamento en el barrio de Arganzuela, pero sigue viviendo en el nidito de mamá con la complacencia de Lucas. Allá él, el insigne genetista, quiero decir.

Mi relación con Miguel se ha convertido, por así decirlo y salvando las distancias, en un trato de colegas. Cuando le anuncié lo que se planeaba contra mí, había estallado en un *mecagoenlaputamadrequelosparió* telefónico que parecía brotarle de la mismísima médula. Cierto que en su rabia se mezclaban dos elementos sumatorios de particular capacidad explosiva: por una parte la víctima era su padre, y por la otra, no menos importante, los verdugos pertenecían a la más odiosa competencia, una cadena radiofónica con la que su diario sostenía una eterna y cruenta guerra mediática que a veces hacía temblar los cimientos del mismísimo Estado. Así que sus motivos para la cólera eran dobles. Ya en aquella ocasión me había denunciado ciertos rumores (—Se oye que quieren vender parte de la empresa.), y durante la tempranera cena que mantuvimos antes de que se incorporase al

turno de cierre, confirmó lo que ya parecía un secreto a voces, incluso en la propia emisora:

—En septiembre entrarán nuevos accionistas y necesitan limpiar el terreno.

—Cuatro nóminas menos son el chocolate del loro —alegué sin sulfurarme—. Eso no limpia un balance.

—Es el primer empujón, papá, y habrá otros. Antes de un año, los de 55 ya serán viejos.

Me sentó como una patada en la entrepierna esa maldita palabra. Pero tenía razón. No en que fuéramos viejos, exactamente. Nuestros sueldos eran viejos. Los de mi edad ganábamos demasiado. Hasta hace muy poco lo llamábamos sueldo digno y habíamos luchado por él con uñas y dientes, soportando sacrificios y jugándonos la cara. Ahora eran excesivos. Ni comparación con los millonarios contratos de algunos ejecutivos chupatintas, pero infinitamente más que la joven carne de cañón que cada año vomitaban las facultades universitarias. Los novísimos y tiernos esclavos haciendo cola para ser explotados a conciencia. Y sumamente agradecidos, además, de que se les permita encajar en el engranaje. Me había despedido de varios de ellos en la cafetería de la emisora solo veinticuatro horas antes.

—La competitividad, ya sabes —Miguel se creyó obligado a puntualizar el exacto sentido de sus palabras.

—La madre del dios Mercado. La Santísima Cuenta de Resultados. Siempre pura: antes, durante y después del reparto de dividendos. En mis tiempos se hablaba del bolsillo del patrón y todo era mucho más fácil de entender.

—Disfruta, y que les den por culo.

—Lo primero pienso hacerlo. Y sus culos me traen sin cuidado.

—Bien dicho —apoyó su frase con una palmada en mi espalda.

—Aunque si han de ser tus jefecillos los encargados de la sodomización, casi prefiero que se mantengan vírgenes.

—Joder, papá, no empieces de nuevo.

Disfrutaba provocándolo con esa polémica. Era algo más que un pique, realmente. Miguel parecía en exceso identificado con la política informativa de su empresa. Nada reprochable a su edad, muy al contrario: si faltan los referentes, puedes acabar como un burócrata insensible. Pero si algo preserva los últimos reductos de

nuestra individualidad es el sentido crítico, especialmente hacia aquello que pueda ser tenido por lo más sagrado.

—No es tu guerra, Miguel. Nunca lo olvides. Eres un recluta, un puto recluta. La guerra, para los generales. Da igual el número de cadáveres que queden sobre el campo, que al final sellarán la paz y se estrecharán las manos. Los muertos los ponen otros; ellos nunca pierden.

—Paso de discutir, y menos en un día como este. Además, en cuanto tomas dos copas no se puede hablar en serio contigo.

Repentinamente, movido por ese ambiente de supuesta confianza, le había atacado por la retaguardia:

—Oye, ¿tú crees que he sido un mal padre?

—Es la decimosexta vez que me haces esa pregunta —me miró directamente a los ojos—. Ya sabes la respuesta.

Creo recordar que la respuesta era algo parecido a no. Pero no exactamente. Lo mismo me había contestado (—Ya sabes la respuesta.) las catorce veces anteriores. Tampoco la primera vez que se lo pregunté, poco antes de irse a Valencia, pronunció la palabreja, ese monosílabo con poder absolutorio que podría hacer de mí un hombre medianamente satisfecho de sus virtudes paternas. No, aquella primera vez (— No digas chorradas, papá.) se había limitado a escabullirse.

No es de extrañar que tras aquella doble sesión de psicoterapia llegase a casa deseando tirarme sobre la cama. Pero, a pesar de las criticas de tía Mónica, siempre he sido ordenado con mis cosas, así que, una vez refugiados los pies en unas cálidas pantuflas, deposité mi bolsa de trabajo en el despacho junto a la documentación, las llaves, la cartera y todos esos artificios con los que a diario llenamos los bolsillos para poder movernos en sociedad. Entonces recordé la nota, aquel folio aparecido de repente entre las páginas de *mi* volumen. Me senté al ordenador y tecleé un mensaje con el tono más neutro que pude encontrar:

De*: Ángel Casares*
Para*:*
Asunto*: NOTA MANUSCRITA*
Esta mañana hallé un texto manuscrito en un libro de la

Biblioteca Nacional: Gregorii Turonensis Episcopi Historiae Francorum Libri Decem. Es de suponer que usted se lo dejó recientemente, pues llevo consultando ese volumen durante varios días y nunca hasta hoy lo había visto, a pesar de que estaba entre páginas que ya he repasado. Como membrete del folio aparecía esta dirección que ahora utilizo, por lo que imagino que puede ser de su propiedad, o quizá pertenezca a una persona o empresa conocida por usted. Si así fuera, y si esas notas aún tuviesen algún valor, sepa que obran en mi poder, y que quedo a su disposición para lo que me sugiera: o bien remitírselo por correo ordinario a la dirección que pueda indicarme o devolverlo al volumen referido, si es que tiene intención de solicitarlo de nuevo en la Biblioteca. Tampoco tendría inconveniente, muy al contrario, de entregárselo en mano, si lo prefiere.

Un saludo,

Ángel Casares.

Seguramente por efecto de la resaca, mi segundo día de prejubilación fue muy distinto. Acallé el despertador al primer berrido, tomé el café con desusada parsimonia sentado en el sofá y, tras contraatacar el dolor de cabeza con una buena dosis de ibuprofeno, me permití el lujo de sustituir la ducha por un baño caliente. En tan placentera y dulce vagancia me halló la llegada de la asistenta, lo que me obligó a canturrear cualquier cosa para advertir de mi presencia y evitarle sobresaltos innecesarios. En los últimos seis años, mi relación con ella había sido básicamente seudoepistolar, un cruce de notitas adosadas con imán al frigorífico en las que, de vez en cuando y a modo de orden del día, dejaba caer alguna que otra sugerencia respecto a las cenas de la semana y ella me hacía ver las necesidades de compra a medio plazo. Salvo los raros episodios gripales que me obligaban a quedarme en casa, nuestros horarios hacían incompatible cualquier otro contacto, y su sueldo quedaba resuelto a través del banco. Con sistemática eficacia, ella misma se encargaba de adquirir los elementos que considerase apremiantes para el mantenimiento y depositaba sobre el microondas las facturas correspondientes, que yo abonaba con

exquisita puntualidad sobre el mismo electrodoméstico. No le había advertido acerca de mi nuevo estado laboral. Supongo que me pareció innecesario. Una familia, una esposa, pueden sufrir trágicos seísmos en sus rutinas diarias por la repentina irrupción de un marido desempleado, pero no una asistenta que asoma un par de horas tres veces por semana. Tendría que ir acostumbrándose a verme de vez en cuando por un territorio en el que siempre había campado a sus anchas. Solo de vez en cuando, desde luego, porque la conservación de las costumbres, la negativa al apoltronamiento doméstico, me parecía uno de los pilares fundamentales sobre los que asentar mi supervivencia como ser pensante.

No me apresuré, por tanto, en abandonar mi acogedora agua espumosa. Acicalado luego con parecida parsimonia, salí por fin del cuarto de baño dispuesto a explicar mi presencia en casa a horas tan desacostumbradas. Fui yo, sin embargo, quien tuvo que reprimir el sobresalto. Ella planchaba en el salón, de espaldas a la entrada, pero la metamorfosis producida en su cuerpo era tan asombrosa que apenas pude contener un gruñido de admiración. Doña Rafaela era una imponente matrona, cercana a mi edad, con un culo apoteósico y severa indumentaria más propia de la posguerra que de los tiempos actuales. Ahora, por el contrario, frente a mí se meneaba, como si bailase con la tabla, un culito leve, un cuerpecillo gracioso y casi un par de siglos más joven que el de mi fiel asistenta. Tartamudeé unos buenos días que no tuvieron respuesta. Repetí el saludo con más convicción para conseguir idéntico resultado. Aquella chica parecía sorda. Me aproximé decidido, hasta distinguir el cable. Efectivamente, bailaba. No había sido una imagen metafórica. Bailaba al compás de alguna música que, escondida entre sus ropas, la hacía inmune a cualquier sonido ambiente. Mala cosa. Lo más probable es que, como tantos otros jóvenes melómanoautistas, hubiera llegado con los auriculares conectados desde la calle, que ni siquiera hubiese escuchado mis ridículos gorjeos en la bañera y que ahora planchase convencida de que era la única habitante de aquella casa ajena. Muy mala cosa. Podía matarla de un susto de materializarme repentinamente a sus espaldas.

Quise intentarlo de forma indirecta, haciendo sonar el timbre de la puerta, pero no hubo manera. Aquella muchachita solamente

tenía oídos para su música: podría haber sonado una alarma de bombardeo aéreo y ella habría seguido moviendo el culo. Muy bien movido, por cierto. Pensé en conectar el equipo de sonido con algo poderoso, no sé, Obús, o Barón Rojo, algo con alma recia que actuase como una pedrada en la nuca, como un desafío a los hipnóticos efluvios de su *Walkman*, pero me pareció peor el remedio que la enfermedad. Así que decidí sentarme en el sofá, tranquilamente, a la espera de que ella concluyese su labor, o que, de reojo, pudiera percatarse de que no estaba sola. No había forma de evitar el susto. La verdad es que resultaba una situación bastante chusca y nada reconfortante. Durante un rato me explayé en funciones de mirón, estudiándola con curiosidad en absoluto malsana. Debía de tener unos veinte años. Un pelo brillante y negro como la antracita y facciones que la identificaban con los rasgos indígenas de un país sudamericano, tal vez ecuatoriana, o peruana. Jersey mostaza de cuello vuelto, vaqueros y unas zapatillas deportivas. Y todo un espectáculo moviéndose. Traté de imaginarme a doña Rafaela en ese papel y solo puede entrever un *Titanic* dando bandazos antes de hundirse entre la niebla.

Finalmente, llegó lo inevitable. En uno de sus giros, no sé si como paso de baile o para alcanzar una nueva remesa de ropa, me vio. Tuve que incorporarme para rescatar la plancha del suelo mientras ella se desfogaba con un par de chillidos y los auriculares, por fin, saltaban de sus orejas. Me identifiqué de inmediato para evitar malos entendidos, pero la situación parecía ir a peor, de modo que le sugerí sentarse tranquilamente y, completando mi papel de involuntario terapeuta, fui en busca de un vaso de agua. Cuando regresé de la cocina, ella seguía presa de un ataque de nervios. Los traguitos no provocaron la calma deseada, sino, por el contrario, una escandalosa tos que me vi obligado a atajar con los correspondientes manotazos en la espalda.

—Siento haberte asustado, pero no había modo de que me oyeses con esos jodidos trastos. Algún día te atropellarán y te irás al otro barrio a ritmo de merengue.

No hablaba. Parecía estar ante el mismísimo diablo. Y no era para tanto. Enfrente tenía un tipo más o menos normal, ni feo ni atractivo, entradito en años, sí, pero no para asustar: las canas, bien repartidas, suelen provocar un efecto balsámico. Tampoco mi

aspecto podía contribuir a la incomodidad de aquella jovencita. Ni me había presentado ante sus ojos en paños menores, ni siquiera en bata, sino correctamente vestido.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Y doña Rafaela?

Me miró con miedo, con ojos de gata huidiza, antes de permitirme escuchar su voz.

—Ella… está indispuesta —balbució con ese acento meloso que confirmaba sus orígenes.

—Espero que no sea grave. Pero no sabía nada, ni siquiera me advirtió de que mandaba una sustituta.

Se encogió de hombros, como quien se llama a andana.

—¿Hace mucho que vienes a esta casa?

—He venido algunas veces.

—¿Cuántas son algunas veces?

Rindió la mirada, esquivando la mía, buscando algún recoveco entre los cojines donde poder cobijarla sin peligro.

—Ella me dijo que usted nunca estaba.

—Escucha, no es culpa tuya, pero me gustaría saber qué coño sucede en mi casa cuando no estoy. Y no es que me moleste que te encargues tú. No tengo ninguna queja.

—Gracias.

—De nada. Oye, ¿cuánto te paga por las sustituciones?

—Tres euros la hora —admitió tras una indecisa pausa.

—¡Tres! La tercera parte de lo que me cobra.

Poco a poco, como si recogiese cristalitos en el suelo tras la explosión de un vaso, fui formándome una ligera idea de los hechos; cabreado, por supuesto, porque tenía la seguridad de que alguien estaba haciendo negocio a mi costa. Me llegué hasta el despacho y regresé con bolígrafo y papel.

—Escribe ahí algo —le pedí.

La chica me observó primero con desconfianza, para asumir de inmediato una dulce pero patética cara de indefensión, como la de esas criaturas que, humilladas por el destino por el simple hecho de haber nacido en un lugar equivocado, aceptan como inamovible su manifiesta inferioridad.

—Cualquier cosa, mujer. Necesitamos detergente y bolsas para la aspiradora, por ejemplo.

Obedeció con timidez, confirmando sin saberlo mis sospechas.

—Bonita, tu letra lleva paseándose por aquí lo menos año y pico.

Hubo un tiempo en que pensé si doña Rafaela estaría asistiendo a clases de alfabetización de adultos porque su letra mejoró casi de la noche a la mañana. Pero no, era evidente que ese precioso tiempo lo había dedicado a actividades más lucrativas.

—Por lo menos tendrás contrato.

Negó con la cabeza.

—Tampoco papeles, claro.

Tampoco los tenía.

—Aquí, quien no corre vuela. Maldita bruja.

Descolgué el teléfono y puse las cosas en su sitio. Doña Rafaela, cuya voz nunca había sido paradigma de lo armónico, no solo no parecía enferma sino que cuando le anuncié la ruptura de nuestro contrato barritó con la potencia de un Polifemo herido. La muchacha, testigo mudo de mi decisión, parecía haber escuchado la noticia de la muerte de un familiar.

—No te acojones, niña. Con esta gentuza se acaba a hostias. Déjame tus datos. El lunes vuelves por aquí. Te tengo preparados los papeles, firmas el contrato y después te vas a legalizar tu situación. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Wilma Lucinda —respondió con ojos como platos, la boca entreabierta, como si no creyese lo que estaba sucediéndole.

—Dios… —se me escapó. Y es que, joder, en qué demonios estarán pensando algunos padres cuando registran a sus hijos.

El inesperado descubrimiento del plan urdido por la cíclope Rafaela me llevó a reflexionar sobre las cosas que suceden a nuestras espaldas, incluso delante de los ojos, sin que les prestemos la atención que merecen. La vida transcurre en buena parte así, como difuminada en velos de gasa, en movedizos bancales de nubes que todo lo disfrazan de paisaje. Engañados por el paisaje, por el rumor del viento que nunca llegará a ser palabra, así vivimos. Demasiadas concesiones a lo que consideramos obvio, excesiva confianza en que nada se mueve si no es delante de nuestras pestañas. Sin hueco para el asombro. No, ni siquiera las voces que resuenan en el patio a pesar de las ventanas cerradas a cal y canto al frío del invierno; ni siquiera a esas voces concedemos identidad, y son solo murmullo, ronroneo anónimo, en tanto no pronuncien

nuestro nombre o nos trinquen de las solapas.

Y es que, allí sentado ante el ordenador, degustando los inéditos sabores de un día laborable, me dio por la vena meditabunda. Quizá influyeron las llamadas telefónicas de algunos compañeros, excompañeros quiero decir, interesados unos por mis primeras horas de *dolce far niente*, preocupados otros justamente por lo mismo, aunque traducido en este caso por exilio laboral. Al menos hay buena gente que piensa en ti. Ya veremos dentro de unos meses. Ya veremos dónde ando yo mismo entonces, y si esas voces se me vuelven un lejano eco de ceniza entre las manos. La distancia, como en el caso de tía Mónica, rompe con casi todo.

El caso es que me sentía extraño ocupando aquel asiento a deshora, como si no tuviera derecho a hacerlo, a mirar la calle y descubrir una paleta de colores absolutamente desconocida, a observar sin prisa el paso de un perro indolente, a contemplar el lentísimo discurrir del tránsito sin el estrés de vivir un eterno atasco. Era un sentimiento con su punto de ambigüedad, una especie de pecado; eso sí, un pecado como es debido, de esos que te proporcionan, por el mismo precio, un placer sublime y el fatal murmullo de la culpa.

Solo duró un rato. La fase introspectiva, quiero decir. Quedó superada con el trabajo en cuanto me decidí a pasar a limpio mis notas. Muchas notas, por cierto. Toda una transfusión de autoestima. A ese ritmo, antes de un mes tendría dispuesto el material y la novela comenzaría a tomar cuerpo. Pasé buena parte del día entregado a esos menesteres y solo a la caída de la tarde la protesta del estómago me aconsejó una pausa. En el intervalo necesario para calentar el alimento, repasé la bandeja de entrada del correo electrónico. Junto a una horda de *spam* que prometían en inglés fáciles multiorgasmos, pene extralargo sin el menor esfuerzo o miles de dólares al alcance de la mano, había otro cuyo título me resultaba familiar. Lo abrí con no poca ansiedad.

De:
Para: *Ángel Casares*
Asunto: *RE: NOTA MANUSCRITA*

Muchas gracias por su ayuda. Perdí esas notas, pero no podía

pensar que hubiesen quedado traspapeladas en aquel tomo. De no ser por usted, allí estarían quién sabe hasta cuándo.

Aunque signifique abusar de su cortesía, resultará más rápido y mucho más cómodo que me lo haga llegar por este mismo medio, si es que no le molesta transcribir para mí esas pocas líneas.

Breve, pero amable. Aunque sin una firma que echarse a la cara. Nada excepcional tratándose de un medio tan anónimo y ante un corresponsal desconocido. La propuesta era fácil de cumplir y decidí liquidar de una vez aquel compromiso que tan a la ligera había contraído la víspera.

***De**: Ángel Casares*
***Para**:*
***Asunto**: RE: RE: NOTA MANUSCRITA*

Allá va entonces la nota en cuestión:

Florencia. 1949.

Un improbable testigo habría narrado los hechos de esta forma:

La noche y el invierno, cómplices perpetuos, no permiten ver el Arno entre la bruma, pero se adivina abajo como una serpiente que culebrea entre vaporosos reflejos de farolas, un reptil de lomo gris cuya boca gigantesca solicita un poco de atención. Nadie en los alrededores. El entorno, vacío de ruidos si se exceptúa el monótono rumor del agua, que no es sonido sino presencia durmiente.

Dos hombres caminan sin prisa por el Ponte Vecchio: acaban de abandonar una de las joyerías que, como barandas habitadas a ambos lados, lo bordean en casi toda su longitud. Nada parece distinguir esta noche de otras excepto esa luz a destiempo, la última luz sobre el puente que ya se extingue a sus espaldas y hace de ellos dos sombras entre la gran sombra.

Se detienen ambas junto al busto de Benvenuto Cellini. Parecen conversar, o quizá no es una mera conversación porque todo se agita de repente. Los protagonistas bracean primero, se empujan luego hasta quedar unidos en una sola sombra que a veces se hace

dos para volver a ser una cuando por fin se atrapan en un violento abrazo.

Apenas es un instante, como si la necesidad de inmortalizar el crimen le hubiese incitado a desgajar las nubes: la luna revela un brillo acerado que labra el aire en un ir y venir mecánico, casi animal. Son solamente unos segundos, una rápida y precisa maniobra. Hasta que una de las sombras se desploma a los pies de la otra y esta, ahora ya sin la premura que impone la lucha, se inclina sobre la yacente y, tras notable esfuerzo, la arrastra hasta el borde de la balaustrada. Parece resollar, tomar aliento antes de decidirse, pero finalmente aúpa el cuerpo inane sobre el pretil y lo abandona a la gravedad. Ni siquiera se inclina sobre la niebla para comprobar el efecto de su gesta. Le basta con el ronco chapoteo, el sobrio eructo de la serpiente agradecida por el alimento gratuito.

Y escapa la sombra, ahora solitaria, ahora más deprisa, en dirección al lugar donde se esconde la vileza.

Hasta aquí el texto manuscrito, y permítame que le diga que, leído ahora con más detenimiento, me parece un magnífico punto de partida para una novela, o una película. Mi enhorabuena, y suerte con el proyecto.

Un cordial saludo,
Ángel Casares.

No había exagerado en el elogio. Cuando le eché un vistazo a aquel papel en la Nacional, enseguida supe que nada tenía que ver con la materia que me interesaba. Y esa era, en aquel momento, mi única preocupación. Ahora, por el contrario, obligado a transcribirlo, tenía que reconocer una sugerente fuerza visual en las imágenes. Me había impactado. Era esa emoción conocida eufemísticamente como sana envidia, que suele tener muy poquito de cabal e infinitamente más de puñetera pelusa. Al menos pude engatusar a mi ego cojitranco con una cena rápida antes de regresar frente al ordenador. Dos horas más de trabajo, una copa y un ratito de Boccherini cerraron una jornada francamente productiva.

Esa noche soñé con aquella escena. No exactamente con la

misma, pero sí con algunos de sus principales elementos. El Puente Vecchio no aparecía con el tétrico aspecto de la narración, mucho menos como proscenio de un crimen. Por el contrario, bajo sus tres arcadas discurría un apacible y bronceado Arno que robaba los colores al sol en un atardecer veraniego. Nada tenían que ver con lo sombrío sus casas encaramadas a los pretiles, sus cien ventanas y balcones, el brillo ocre, salmón y blanco de sus fachadas sobre el vacío. Tampoco los ojos de Benvenuto Cellini revelaban espanto alguno: su serena dignidad contemplaba la lejanía del agua, allá donde la ciudad se pierde en el infinito, quién sabe si buscando a su querido Perseo de bronce. Esa postal de Florencia aparecía en mi sueño tal y como la había conocido muchos años atrás. Y, sin embargo, había sido un sueño inquieto, como si bajo aquel semblante de bendito sosiego un espectro invisible susurrase un motete, una desazonadora cantinela que te penetraba, lánguida aunque inexorablemente, hasta engancharse como una garrapata al corazón.

Con ese incómodo escalofrío baje a hacer las compras de la semana. Esa servidumbre sabatina, la rutinaria relación con el barrio adquiría ahora, desde mi perspectiva, un carácter distinto. Como estar de puente. A nadie en el súper había dado explicaciones sobre los vaivenes de mi vida, y era todo un alivio no tener que darlas porque, a fin de cuentas, con nadie excepto el charcutero intercambiaba más palabras de las precisas. Y en este caso, siempre en torno al recurrente tema del Atleti. El buen hombre (—Este año, a Europa por la puerta grande.) rezumaba optimismo respecto al futuro colchonero. Yo, con el mejor humor disponible, y en mi papel de abogado del diablo sobre un asunto que me venía grande (— Pero si es un equipo hecho de retales, hombre.), intentaba descabalgarlo de sus fantasías. Y él, inasequible a la evidencia (—El Niño vale por diez.), ponía un jabugo por testigo apostando a que este año entraban entre los cinco mejores. Y como no se debe abusar de la fe del forofo, yo rechazaba el envite con una nueva descarga (— ¿Torres? Aún está muy verde.), que ni siquiera conseguía perforar el saco terrero de su ciega confianza.

Reabastecida la casa de embutidos, lácteos, productos hortofrutícolas, congelados varios y los artículos de limpieza solicitados por Wilma —por economía y estética, había decidido

llamarla, simplemente, Wilma—, arreglé telefónicamente con mi gestoría los trámites para la inmediata cancelación del contrato con doña Rafaela y el inicio de cuanto papeleo fuese necesario para el fichaje de la joven. Una vez cumplido mi rol de justiciero social, encendí el ordenador para atacar de nuevo mi trabajo de transcripción. Tenía el propósito de emplearme a fondo durante el fin de semana para regresar el lunes a la biblioteca con mi libreta limpia y los deberes bien hechos. Y lo extraordinario es que se trataba de un propósito nacido directamente de la voluntad, no una de esas imposiciones externas que llamamos obligación. Todo un descubrimiento en mí, porque, sistemáticamente, y por estricto principio filosófico, la idea de trabajar en cualquier cosa durante un fin de semana libre había sido lo más parecido a una herejía digna de la hoguera. Pero yo ya no tenía fines ni principios de semana, ni siquiera semanas. Para mí, el tiempo se había convertido en absoluta linealidad, un eterno plano sin arrugas donde el calendario era nada más que un batiburrillo de números y nombres que no iban conmigo. Podía dormir de día, vivir de noche o negarme a vivir y a dormir; podía ir cuando los demás venían; podía construir las bases de toda una revolución existencial; podía ciscarme, como mi hijo, en la madre que los parió a todos; podía reírme o llorar o escribir o leer o esconderme durante un mes en un armario sin tener que obedecer a la hora marcada por el contrato social para cada uno de esos menesteres. Adiós Hobbes y Rousseau. Adiós Gregorio Samsa. Hasta nunca, paranoia. Era un hombre libre. Por vez primera desde la crisis de noviembre, me sentía capaz de gritar esta frase sin miedo de aterrorizarme al escuchar mi propia voz. Era un hombre libre en proceso de construcción.

En el correo electrónico, junto a la caterva de virus mimetizados en mensaje publicitario, me aguardaba una sorpresa.

De:
Para*: Ángel Casares*
Asunto*: RE: RE: RE: NOTA MANUSCRITA*

De nuevo la palabra gracias debe encabezar mi respuesta. Gracias por su crédito, por sus ánimos, por interesarse. No se trata de una ficción; no, al menos en su fondo. Hasta

donde sé, narra un hecho real. Lamentablemente, nunca pasará de eso, de un inicio prometedor, pues carezco de medios para completar los datos básicos de la historia. Solo un viaje a Italia me permitiría consultar archivos y hemerotecas, y no tengo la menor posibilidad de hacerlo, de progresar en esa historia que se quedará en proyecto, en nada.

Siempre me ha perdido esta maldita manía de preocuparme por el prójimo, de meter las narices donde no me llaman.

Quizá la formación judeocristiana, aunque no creo, porque, ya antes de haber podido asimilar esa influencia cultural, mi padre me reprochaba con entrañables apreciaciones (—Es que pareces gilipollas, hijo.) lo que podría entenderse como precoz quijotismo. Tal vez la experiencia de la lucha antifranquista, y aquellas sobredosis de una entelequia llamada solidaridad que se archivó finalmente en la memoria colectiva desde el sentido común (—Ande yo caliente…) y posteriores desarrollos legislativos en esta misma línea de pensamiento. Quién sabe de dónde venía esa inclinación. Y, llegado a esta edad, es absurdo, una pérdida de tiempo, buscar la raíz de las raíces: basta con saber de qué pie cojeas y blasfemar como es debido cada vez que reincides en la metedura de pata.

En este caso, reincidí. Habría sido más juicioso decirme a mí mismo que qué pena, que vaya, hombre, qué lástima, una historia tan prometedora, que qué se le va a hacer. Pero no, mi discurso, como suele ser habitual, se disparó en sentido opuesto: que por qué no echar una mano si podía, que a mí me habría gustado que alguien me ayudase en el mismo caso. Que, en fin, mientras Ángel Casares siguiese siendo algo similar a un tipo no del todo podrido por el egoísmo, aquel anónimo remitente podría contar con mi mano tendida.

Llamé a Cris. Ella es de esas personas con las que encajas a la primera. Comenzó como becada en la emisora. Ahora, casi cinco años después, además de insobornable amiga, ya era un elemento imprescindible en la sección de internacional. Resultado de su esfuerzo y de su calidad humana, no del juego subterráneo que tan buen resultado proporciona a otros. Porque Cris no era competitiva, sino competente, términos ni mucho menos parecidos, a pesar de

sus radicales comunes y de la interesada identificación que a veces se fomenta desde las jerarquías. El competitivo quiere comerse el mundo, compañeros incluidos; el competente, por el contrario, sabe el terreno que pisa y lo hace con seguridad, ofreciendo la garantía del trabajo bien hecho. Los competitivos siempre aparecen en la foto, están a la que salta, son de esos que se acuestan haciendo recuento de sus víctimas (—¿A cuántos he aplastado hoy?) y planificando las bajas que habrán de causar al día siguiente: ese es el sentido de su existencia y no saben vivirla de otra forma. Los competentes, Cris incluida, se limitan a disfrutar del trabajo como parte de su propia vida, una parte esencial, sí, pero jamás exclusiva, pues su propósito es un resultado efectivo al margen de las coronas de laurel. El poder es el catalizador perfecto para distinguirlos, ese punto en que ambas personalidades se revelan en plenitud, y mientras en el primero descubres el autoritarismo, en el segundo anida probada autoridad. Los competitivos, en fin, actúan como prosélitos ciegos de la teoría darwinista sin ser conscientes de que son poco más que bacterias; algo creciditas, eso sí, pero en su caso incapacitadas para comprender que es la simbiosis, la colaboración, y no la rivalidad, lo que fundamenta todo salto evolutivo.

Yo, francamente, no sé si alguna vez en mi larga carrera alcancé cierta competencia profesional, aunque, y como es fácil deducir de mis previas reflexiones, jamás me he considerado competitivo. Así me lució el pelo, apartado en los últimos años de la primera línea informativa en beneficio de jóvenes y no tan jóvenes caníbales, desplazado a labores de documentación, notas colaterales de sociedad, pronósticos meteorológicos y textos de contenido publicitario. Y no, no se trata de soltar mala baba, de un desahogo íntimo contra una empresa concreta, ni siquiera una justificación ante la posible decrepitud laboral. He pasado demasiados años en este oficio para saber que en todas partes se cuecen habas y que este esquema simplón y maniqueo se reproduce sistemáticamente en todos los centros de trabajo. No, no es una pataleta. En el fondo, es el reconocimiento de que las cosas han cambiado demasiado deprisa, el humilde ejercicio de admitir que mi mundo hace tiempo que dejó de pertenecer a ese reino, y valga la transposición en la cita para no conculcar derechos de autor.

Cris estaba de guardia durante el fin de semana: uno de cada

tres, como de costumbre. Le pedí el número de Lesmes Martí, el corresponsal en Roma, y convinimos un pronto encuentro, con esas frases raramente rubricadas por fecha fija con las que uno se despide a veces de los amigos.

—Venga, y me cuentas tu experiencia de hombre nuevo.

—Para eso vamos a necesitar por lo menos una cena y un par de copas. Y no sé si será suficiente.

—Lo que necesites. Ya sabes que para ti siempre estoy disponible en las frías y largas noches.

Cris era así. Siempre bromeando en el filo de la navaja. Nunca se me había pasado por la cabeza pensar en ello, en que bajo sus frases de doble sentido pudiese esconderse algo más que un juego de palabras, un tono coloquial que de repente transformaba la más anodina conversación en la promesa de un tórrido y ambiguo instante. Pero no, ya la había visto vacilar con otros en tono parecido, y en ningún momento se me ocurrió que aquella declaración fuese más allá de los límites de una fórmula desenfadada. Por muchas razones. Entre otras, porque apenas tenía la edad de mi hijo. Cuando llegó a la emisora, la había acogido en mi rincón de apestado como a cualquiera de aquellos chicos que entraban inermes en busca de un futuro. Había dado sus primeros pasos guiada por mi experiencia, y de mí aprendió el necesario estoicismo para hacer frente al trato misógino del redactor jefe, a no caer en las trampas para osos tendidas en cualquier esquina de la redacción, a saber en qué momento y ante quién podía o no sincerarse. Y ella lo pagaba con gratitud, con un afecto que en su caso parecía absolutamente natural y que, la tarde de mi pública despedida, se había traducido en una frase (—No desaparezcas, ¿vale?) susurrada al oído en su más rebuscado acento extremeño junto a un cariñoso beso. También tenía húmedos los ojos. Pero algo parecido me sucedía a mí, con ese nudo en la garganta que no me dejaba expresarme a mis anchas. Y es que las despedidas de la gente que uno quiere, por temporales que sean, siempre sacan de ti la parte más blandita.

El caso es que Lesmes tenía desviadas a su móvil las llamadas de la oficina. Pasaba el fin de semana en algún rincón del sur de Italia que no se molestó siquiera en precisar.

—¿Cómo lo llevas, bienaventurado?

—Con toda la dignidad que puedo.

—Aprende deprisa que me tienes que enseñar cómo se hace. Pronto seguiré tus pasos.

¿Lesmes? Imposible. Él era bastante más joven que yo. Durante un largo periodo, en los ochenta, habíamos trabajado codo con codo en la misma mesa, sacando chispas de las Olivetti, y luego de los primeros ordenadores con monitor de fósforo, para hacer llegar a los oyentes las peripecias diarias de una época más que decisiva. Luego, y antes de que nos asaltaran los noventa, decidió cambiar de aires y aceptó la corresponsalía de un diario en París. Años más tarde, la emisora consiguió de nuevo sus servicios, esta vez como delegado en Washington, y desde allí había ido saltando sucesivamente a Moscú, Berlín y otros puntos críticos del mapamundi, hasta recalar por fin en la capital italiana. Yo, por el contrario, no tuve su valor para buscar nuevos horizontes, primero por no perjudicar la carrera de Mónica, y después, tras nuestra separación, momento más que propicio para cualquier cambio, por pura inercia.

—No creo que los corresponsales corráis peligro —dije, más por tranquilizarlo que por convicción en lo que le expresaba.

—Somos muy caros. Y ahora, con esa excusa de las sinergias, puede servir cualquier colega de un periódico del grupo: dos por el precio de uno. O se lo montan con una agencia.

—Exageras, hombre. No das la edad.

—Voy para los cincuenta y cuatro, Ángel. Y ya me ha llegado el soplo. No son imaginaciones.

Obviando las peores fases de mi propia experiencia, intenté explicarle que no se trataba de una tragedia, que hay vida más allá del periodismo activo y que es preciso abordar ese momento con la actitud de un resistente, convertirte en una especie de partisano y borrar la palabra derrota de tu vocabulario. Y, sobre todo, buscar cuanto antes una actividad sustitutiva que llene tus horas y te permita seguir cultivando los irrenunciables placeres de la curiosidad intelectual. Se puede conseguir, le dije, sin demasiadas cicatrices, o no muy dolorosas, y menos para él, que ya había publicado varios libros de distinto género basados en sus experiencias como reportero.

—¿Eso haces ahora, escribir?

—Lo intento, Lesmes. Y te puedo asegurar que le pongo tanto empeño como en nuestra mejor época de plumillas.

—No sabes cómo me alegro de que sigas coleando. ¿Ficción o ensayo?

—Aún no está decidido. Me encuentro en esa fase nebulosa en que los hechos caminan por su cuenta, a la espera de un autor que los oriente en un sentido u otro. En cierto modo, va a depender de ti.

—No le entiendo —soltó una carcajada—, pero, si de mí depende, elijo ficción. La realidad es cada día más previsible.

Eso mismo pensaba yo en aquel preciso momento, que la realidad es demasiado anodina y previsible; tan lejos de imaginar que mi solicitud de ayuda a Lesmes abría la puerta a un desmentido, a una perversa e inquietante refutación de esa certeza.

Las fechas siguientes fueron de absoluta dedicación a mi proyecto de novela. Las visitas a la Nacional, cada vez más productivas, me animaron a iniciar un bosquejo básico sobre el que definir la trama. Necesitaba un personaje en torno al cual articular la acción. Elegir a uno de los protagonistas principales de la historia real tenía sus ventajas porque permitiría narrar en primera persona y profundizar acerca de la singularidad de sus vivencias. Por contra, era una opción que retiraba del primer plano un buen número de acontecimientos de extraordinaria riqueza a los que no quería renunciar y que difícilmente podrían abordarse desde una mirada puramente personal. Narrar en tercera persona, elegir el modo omnisciente, convertiría la novela en una crónica, y tampoco deseaba esa perspectiva. Alternar con un juego de voces diferentes sería lo correcto, pero temía perderme en un bosque sin salida. En todo caso, definir la voz del narrador principal era clave, y mi caballo de batalla antes de arrancar en serio.

En esas estaba cuando Cris exigió el cumplimiento de mi promesa. La llevé a cenar a un buen restaurante, me invitó a una copa en un *pub* cercano y, como tantas otras veces que habíamos salido solos o en grupo, acabamos la charla en el salón de mi casa. Una charla que comenzó centrada en mí para desembocar, como era previsible, repasando hasta los últimos detalles del trabajo, sus inacabables chismes y la rumorología en torno a los planes empresariales. Siempre sucedía así en el pasado cada vez que

coincidíamos fuera de la emisora: cualquier asunto personal acababa forzosamente devorado por los acontecimientos laborales. Y yo era, como aquel que dice, casi casi, un experto en la materia a quien convenía consultar a pesar de su luciente ausencia. Aún existía mi sombra vagando por la redacción, me dijo. Una frase que no supe ni quise interpretar, por si no significaba que todavía estaba vivo en los recuerdos sino tan muerto que apenas quedaba mi fantasma.

Es fácil charlar con Cris. Por muchos motivos: por su llaneza, su locuacidad, su sentido del humor, su inteligencia y, desde luego, por su físico. Sí, su físico, porque el simple hecho de estar frente a ella es todo un premio a los sentidos. Habría que explicar cómo es Cris para entenderlo. Una delicada niña, una preciosidad de mujer en la que se funde ese aire entre ingenuo y sensual de Liv Tyler con la felina mirada de Lauren Bacall, amen de otras cualidades digamos estructurales que ofrecen un resultado final particularmente atractivo. Ella lo sabe, y no diré que hace uso descarado del encanto para conseguir sus objetivos, pero está claro que esa influencia existe más allá de sus deseos allí donde quiera que se encuentre. Ahora, sentada en mi sofá con su vestido celeste, la melena cobriza reposando sobre los hombros desnudos, sus labios levemente rosáceos parecían reinterpretar una y otra vez aquella primera pregunta que me dirigió la mañana que debutó como becaria. Que si era el jefe de sociedad. Tuve que reírme. Esa sección no tenía jefe, sino jefa, y yo me limitaba a cumplir con la mejor de mis intenciones el papel asignado tiempo atrás y eufemísticamente conocido como de apoyo documental. Muchas veces, después, habíamos glosado ese curioso episodio que ligó por vez primera nuestras voces. Y ella justificaba su infantil desliz con un rubor en las mejillas y un argumento no menos tierno: que mi edad hacía suponer *a priori* algún tipo de jefatura. Enseguida aprendió que las cosas allí no son como parecen ser, y que antes de hacer una pregunta tan directa a quien no conoces es preferible pensártelo dos veces o formularla solo en presencia de tu abogado.

De repente, y como si viniese rumiando la idea desde lejos, aprovecho uno de los escasos silencios de nuestra desahogada chachara para hacerme una pregunta que a todas luces se salía del temario.

—Tú tienes un hijo, ¿no?

Evidentemente, era una frase retórica. Le había hablado de Miguel más de una vez.

—Supongo que es una experiencia que merece la pena —más que una consulta sonaba a contundente afirmación.

—Sí, por lo que a mí respecta. Aunque habría que preguntarle a él si merece la pena tener un padre como yo.

—¿Sabes? Estoy pensando en tener un hijo.

—Vaya —argumenté aturdido—, no sabía… Nunca me hablaste de tu pareja.

—Porque no la tengo. Sigo viviendo sola.

—En ese caso… Bueno, es una decisión peliaguda. Aunque socialmente ya no sea tan insólito, eso de ser madre soltera tiene sus dificultades.

—Lo sé, pero no quiero que se me pase el arroz.

No pude reprimir una carcajada. Ella me miró con una mueca que quería simular cara de enfado y tuve que disculparme con un teatral gesto de perdón, mis manos unidas en piadosa solicitud de penitencia.

—Con veintiocho años aún tienes arroz para una tonelada de paellas, Cris. No te obsesiones con esa tontería.

—Tener un hijo no es ninguna tontería.

—Por supuesto que no. Me refiero a la obsesión por tenerlo ya. Los jóvenes vivís en estrés permanente, niña. Hay que detenerse un poco, profundizar en las relaciones y todo vendrá de forma natural. A la vuelta de la esquina, cuando menos te lo esperes, encontrarás un tipo que te guste. Y a él le gustaría que ese hijo fuese suyo, digo yo.

—Y me gustan muchos, pero no es el caso.

—No es fácil elegir. Pero llegará.

—Que no se trata de eso, Ángel. He profundizado más que suficiente para llegar a esta conclusión. Mira, los treintañeros son como niños que aún no han dejado de jugar. Creen que follar es batir récords de resistencia, y si tuviesen un ábaco en la pared apuntarían cada uno de sus polvos como carambolas de billar.

Treinta años. Quién los pillara. Aunque fuera sin ábacos.

—Los cuarentones, con eso de las crisis de identidad, parecen hormonas con patas, incapaces de pensar en otra cosa que su propio

ego y en lo mal que los tratan la vida o sus respectivas esposas. Viven de coartadas y, una vez se alivian del calentón, regresan a su mundo cerrado sin contar contigo para nada.

Devastador dictamen. Tendría que vernos a los cincuentones. Pero no, había que impedir a toda costa que completara su espantoso catalogo cronológico.

—Esos son tópicos, Cris, exageraciones —protesté—. De todo habrá, pero no creo que se pueda juzgar al género masculino por un par de particularidades.

—Es mi experiencia. Y te aseguro que no es escasa.

Eso sí que era toda una noticia. Jamás le había conocido una pareja, no ya estable, ni siquiera circunstancial. No sé por qué, la había imaginado más o menos inaccesible para los hombres. Resultaba increíble la reserva con que había llevado sus asuntos sentimentales.

—Puedes llamarme cotilla, pero ¿alguna de esas muchas experiencias que dices tiene que ver con algún conocido? Del trabajo, me refiero.

—Alguno ha habido.

—Qué calladita te lo tenías.

—Con el ganado que pasta por allí, no son cosas para ir pregonando.

—Ya imagino.

—Solo con uno, eh, y es de fiar. De los que tú también considerarías buena gente. No irás a pensar que me acuesto con cualquiera.

—No pretendía…

—Ya lo sé, hombre —pasó su mano sobre mi rodilla, como quien acaricia a un perrillo apocado—. Pues eso, que quiero un hijo y no necesito pareja para tenerlo.

—Para nada. Ahora puedes acudir a uno de esos bancos de esperma y te lo llevas, *prêt a porter*, eligiendo cualidades, color de pelo y hasta número de DNI.

—Eso es una ordinariez, Ángel.

—Lo siento, no hablaba en serio.

—Me refiero a lo de la inseminación. Lo quiero de forma natural.

—¿Natural? Ya. Con sexo de por medio, quieres decir —asintió a

mis palabras con una abierta sonrisa—. Pues no creo que te resulte difícil conseguirlo.

—Más de lo que imaginas. Me niego a que cualquiera de los verracos que conozco pueda tener algún derecho de paternidad sobre mi hijo.

—Chica, qué difícil te lo pones. Eres demasiado exigente. Alguno valdrá.

—Me pregunto… Bueno, nos conocemos desde hace cinco años y sabes que te tengo afecto… Puede que, no sé… Había pensado… Quiero decir si te importaría ser el padre.

Un bombazo en el cerebro. La vista nublada en rojo como un sanguíneo atardecer que te envolviera en una especie de bruma impermeable; los párpados, en su inaudita pesantez, derrumbados hasta más abajo del plexo solar. No hay aire en la garganta, y las sienes, esa rara amalgama de paja y acero, tan pronto parecen un casco opresor como un ventanuco por donde supura a sus anchas el humo de la explosión. Algo así, aunque infinitamente más terrible, algo que no puede ser explicado con palabras, sucedió dentro de mí en el lapso de unos segundos.

—Estás loca, Cris —me costó articular esas cinco sílabas.

Ella me miró sin un pestañeo, con esa seguridad en el color heno seco de sus ojos, ese típico ademán que te permitía distinguir, o al menos eso creía yo, cuándo hablaba en serio o simplemente te estaba tomando el pelo.

—No quiero comprometerte, Ángel —y lo dijo con absoluto aplomo, como quien lee los números premiados de la primitiva ante el micrófono—. Ya sé que suena a atraco, pero tú eres para mí algo muy especial. Siempre he encontrado en ti una acogida, una nobleza que aprecio. Y eso significa mucho más de lo que puedes imaginar.

—Pero eso… En fin, me halaga lo que dices, y no sabes como te lo agradezco, cielo, pero esas supuestas virtudes no tienen nada que ver con la genética.

—Y quién busca solo genes.

—A ver —intente razonar para mí, aunque me dirigiese a ella—, vayamos por partes… No me estás pidiendo solamente que participe en tus respetables aunque descabellados planes de tener un hijo, sino que, según se desprende de tus argumentos previos, pretendes

además que nos acostemos.

—Bueno —esbozó un ligero mohín con los labios—, si te repugna intelectualmente esa idea, si no te gusto desde ese punto de vista, podemos intentarlo de otro modo, pero preferiría hacer las cosas como es debido.

Lo que me faltaba por oír. Un día sí y otro también, como a cualquier hijo de vecino, se me iba el reojo tras ella cada vez que cruzaba la redacción. Y me hablaba de repugnancia intelectual. Coño, aquello rozaba el límite de lo soportable. Y, por si fuera poco, mientras una indulgente voz susurraba dentro de mi cabeza que aquella oferta era un regalo de los dioses que ningún hombre en su sano juicio podía rechazar, otra, con severidad de sargento chusquero, me reprochaba que pudiese considerar siquiera semejante desvarío.

—Joder, cómo no me vas a gustar —mi vaso rebotó en la mesa de un manotazo—. Pero, leche, tengo treinta años más que tú, y hay una cosa que se llama sensatez.

—Es un argumento ridículo —se rio.

Sí, realmente ridículo. Ella ya no tenía veintitrés años. Yo tampoco los cincuenta y tres de cuando nos conocimos, claro, pero ya no era una niña y, si existía atracción mutua, qué más daba la edad. Esa era la clave, la atracción. Pero ¿acaso era mutua? No, imposible.

—Todo lo ridículo que quieras, pero más que suficiente. Además, yo no te gusto. No puede gustarte un viejo.

—No eres un viejo, maldita sea.

Sus dedos esquiaban por la nieve de mi frente. Hui de ellos como quien recibe un tizón ardiendo.

—Eso mismo me digo yo, pero mis gritos de aliento no cambian la edad. La palabra te molesta a ti más que a mí, así que dejémoslo en casi viejo. Sé sincera, Cris. Nunca estaríamos hablando de follar si no tuvieras segundas intenciones.

Apuró su bebida. Se tomó su tiempo para encender un cigarro y atusarse el borde del flequillo. Parecía querer enfriar el ambiente. Tal vez cayó en la cuenta de que había llegado demasiado lejos, de que, a pesar de su proverbial aplomo, no había medido adecuadamente sus pasos, de que ciertas cosas no se pueden soltar impunemente sin haber evaluado antes sus consecuencias, de que

todo había sido una chiquillada. Bien, yo le dedicaría una paternal carantoña como cuando se sentía horrible por creer que había metido la pata en el trabajo, le recomendaría un poco de paciencia, y tan amigos como antes.

—Soy sincera. Quizá no habría forzado la situación como lo estoy haciendo hoy, pero nunca rechacé la idea. No es algo de ahora, entiéndeme, ya lleva tiempo en mi cabeza. En fin, siempre ha sido una posibilidad, ya sabes, algo que las circunstancias podían haber hecho realidad tarde o temprano.

—Ya. El tiempo y las circunstancias. Dos cómplices que solo actúan cuando decides tener un hijo. No te engañes, Cris.

—Anda, ponme otra copa y relájate. Vamos a seguir charlando, sin tensiones, ¿vale?

Sin tensiones, decía. Estaba excitado como un simio adolescente y, al mismo tiempo, los tenía de corbata. El hielo que fui a buscar a la cocina lo necesitaba yo más que la bebida.

—Escucha —me recibió conciliadora cuando le alcancé su vaso—, ya sé que no tengo derecho a pedírtelo, pero si en algún momento decides que sí, por favor, deja de lado esos prejuicios.

—Veamos —resoplé—, con tranquilidad, separemos lo separable. Al margen del sexo contigo, que en mi caso ya sería un terremoto, comprenderás que tener un hijo a estas alturas no es algo que figure en mis planes.

—No quiero ninguna obligación por tu parte. Ni siquiera tienes que reconocerlo. Sería una cosa entre tú y yo, nada más. Por el contrario, no le negaré ninguno de tus derechos si prefieres hacerlo de otro modo, Tampoco tienes por qué comprometerte a nada en lo que a mí respecta. Ya te he dicho que no estoy pidiendo una pareja. Créeme: lo último que deseo es complicarte la vida.

Ya me la había complicado. Y de qué forma.

—De acuerdo —urgía dar por zanjada cuanto antes una situación sin salida—. Si me lo pienso, prometo decírtelo.

—Eso espero —bromeó—. No me gustaría enterarme por terceros.

Sentido del humor. También en eso me pasaba por encima. Por fortuna, era muy tarde y ella tenía que trabajar al día siguiente, circunstancia que me vino al pelo para liquidar el asunto en aquel mismo instante. Como en alguna que otra ocasión en que nos

habían dado las tantas de tertulia, le ofrecí el dormitorio libre, y aceptó sin necesidad de insistirle. Aquella cama, que ya conocía, y uno de mis pijamas fueron mi único gesto de acercamiento. No quería ni tocarla, ni rozar siquiera su pelo al darle las buenas noches. No respondía de mí mismo. Y ella lo sabía, vaya si lo sabía. Cuando abandonó el comedor camino de su cuarto, dejó aquella frase flotando en el aire:

—Lo del hijo no es algo que me angustie, vamos que no hay urgencia. Quiero decir que podemos tener sexo durante una temporada, sin buscar otra cosa que no seamos nosotros mismos, no sé si me entiendes.

Claro que la entendía. Perfectamente. Tanto, que pasé la noche sin poder pegar ojo, oscilando entre si acudir a su llamada de pantera en celo, darme una ducha fría o consolarme por mi cuenta. Pudo más el dilema de saber si me deseaba como amante interino o como necesario semental. Y ambas posibilidades, tanto juntas como por separado, me causaban idéntica alarma una vez conocida la particular obsesión de mi queridísima Cris.

Lesmes Martí acudió en mi ayuda sin saberlo. Y me salvó, al menos de la fase más aguda del trastorno. Porque desde aquella noche con Cris me había enfrascado en el trabajo con intensidad desusada, casi neurótica. Como ejercicio de autoprotección ante una idea recurrente que quería adueñarse de mí, una especie de vampiro invisible de cuyo revoloteo no pudiese escapar. Se filtraba por todos los resquicios de mi pensamiento, dominando los instantes de reposo en el trabajo, invadiendo incluso esos ratos en que la cabeza parecía estar centrada en mis traducciones. En casa, me asaltaba por la noche, o en el desayuno, o durante la transcripción de datos al disco duro del ordenador; cualquier circunstancia parecía propicia para su ofensiva, y mi único sistema de defensa era pasear por el comedor como un oso enjaulado, de un rincón a otro, a veces observando incrédulo el sofá donde ella había escenificado su propuesta, intentando siempre convencerme de que todo había sido un grave episodio alucinatorio. La pobre Wilma, durante los raros momentos en que coincidíamos, tuvo que sacar la conclusión de que estaba trabajando para un chiflado.

El proceso mental, aun dentro de su complejidad, resultaba sustancialmente muy simple. Cris me atraía —y a quién no—, y la

posibilidad de catar las mieles de aquel bendito cuerpo podían quitarle el sueño a cualquiera. Basta con ponerse en mi caso, en la piel de un hombre con la colosal amenaza de los sesenta sobre la cabeza, sin compromisos, con su vida mejor o peor resuelta; un hombre a quien, de la noche a la mañana, le ofrecen gratuitamente algo parecido a un temporal elixir de juventud. Bueno, lo de gratuito es un decir, porque, en este caso, sexo y paternidad iban en un mismo paquete por el mismo precio. Pero qué es gratuito en la vida, excepto eso que llaman amor puro. No, Cris no sentía eso por mí. Ni puro, ni contaminado. Sí afecto, un afecto nacido del compañerismo. Se puede llegar al sexo por esa vía, como por otras, sin necesidad de amor. Pero, si realmente quería sexo, ¿por qué no había iniciado sus escarceos sin tapujos, reservando para sí misma su último objetivo? Ya habría tiempo después para confesarme sus maternales necesidades. Y, cómo no, para provocar en mí el correspondiente problema de conciencia. La respuesta era muy sencilla: no quería engañarme. Había que reconocerle, como mínimo, su irreprochable sinceridad. Estaba claro que yo era nada más que un medio, y el placer propuesto, mi placer al menos, el salario por los servicios prestados.

A ratos pensaba que por qué no, que yo podía darle esa felicidad que tan ansiosamente requería, que si siempre me había considerado un individuo solidario, por qué no también en este caso. Pero no, enseguida se desmoronaba mi débil coartada. Me importaba un rábano que Cris consumase o no su interés reproductivo. Simplemente, me volvía loco la idea de retozar con ella. Así de crudo. Calculaba después las consecuencias de acceder a su deseo a cambio del contacto con su carne, y entonces reaparecía aquella patética escena nacida de una pesadilla nocturna en la que algún demonio freudiano me había representado como un viejo y barbudo patriarca bíblico con un retoño en brazos, a quien Miguel y tía Mónica lapidaban con especial devoción entre sardónicas risotadas, mientras Cris repetía a voz en grito desde algún lugar entre las nubes que para nada necesitaba a un carcamal como yo.

Lesmes llamó en plena cresta de una de estas insufribles crisis. Estaba en Madrid, en escala de un par de días camino de Lisboa donde pensaba pasar las próximas fiestas navideñas. Concertamos una cita para comer y, al menos por unas horas, pude expulsar del

primer plano de mi pensamiento aquel sarampión tan bruscamente sobrevenido.

El Hu Lian era un restaurante de comida china encastrado en un entresuelo de la calle Viriato desde finales de los setenta que Lesmes y yo frecuentábamos en aquella lejanísima época en que compartíamos mesa de redacción, inquietudes y alguna que otra piedrita de hachís. Muy anterior, por lo tanto, a la oleada de establecimientos de ese género que inundaría la ciudad años más tarde. Aunque el Hu Lian no era un restaurante chino exactamente. Su propietario, un orensano llamado Julián Covelo, servía entonces una extraña aunque sabrosa mezcolanza de cocina gallega y lo que él había bautizado como apuntes pequineses. Fácil deducir que el letrero que coronaba su entrada hacía honor al patronímico de su fundador por más que sus letras pareciesen estéticamente más próximas al Yangtsé que al Miño. Tras la invasión gastronómica china, el Hu Lian siguió ondeando su bandera independentista sin ceder un ápice de terreno, a pesar de las visitas que un grupo de individuos, trajeados a la última y de ojos rasgados tras las inevitables gafas negras, giraba de vez en cuando para hacer saber al bueno de Covelo la conveniencia de integrarse en su cofradía de padrinos protectores. Probablemente se convencieron de que un propietario con quien no era posible entenderse en la honorable lengua de Mao jamás podría ser buen pagador, o algo tendría que ver la intervención de un par de polis de la comisaría de Rafael Calvo que, como clientes asiduos, enseguida se interesaron por los maniquíes orientales y sus ocurrentes propuestas. Fuera por un motivo u otro, el Hu Lian sobrevivió como tal hasta que lo hizo Covelo, allá por el noventa y cinco. Ahora, aun conservando el mismo nombre e idéntico letrero, parecía haber hallado un nuevo bálsamo de Fierabrás contra las mafias con un cartelito a mano alzada junto a la puerta: «Este no es un restaurante chino. Es vietnamita».

Así, rodeados de presuntas y solícitas camareras vietnamitas, Lesmes me hizo saber el resultado de sus investigaciones tras mi petición de ayuda. Al parecer, en aquellas fechas, en el invierno de 1949, se había producido un hecho que podría guardar cierta similitud con el texto que yo le había hecho llegar por correo electrónico. El día 12 de diciembre, el cuerpo de un hombre

apareció en el Arno, a varios kilómetros de Florencia, corriente abajo. Me alcanzó una fotocopia que guardaba en el bolsillo de su abrigo.

—El *Giornale del Mattino* se hizo eco de la noticia. Más o menos por aquella época, una bisoña Oriana Fallaci cubría la información de sucesos para ese diario florentino. Tendría gracia que fuese ella la redactora de ese suelto sin firma.

No era preciso ser un experto en italiano para, una vez las gafas en su sitio, entender la primera palabra del titular.

—No jodas —exclamé, interrogándolo con la mirada.

—Sí, señor. Un cura. El padre Viatore, Américo Viatore. Parece que fue visto por Ponte Vecchio la tarde del día 10. Ningún rastro de él desde entonces hasta que lo pescaron, así que se da por muy probable que fue allí donde se precipitó al agua. El hombre tuvo una visita bastante breve a su ciudad natal: había llegado de Oriente Medio la misma víspera.

—Ahórrame traducir el resto.

—Eso es todo, básicamente. He encontrado un par de reseñas más en diarios romanos de la misma fecha, pero tan escuetas como esa, y tan parecidas entre sí que hacen suponer un mismo origen en su redacción.

—¿Nota de agencia?

—Hasta ahí no he podido llegar, pero de ser así, estarían atribuidas a ella y no lo están —Lesmes observó con recelo la colección de platillos dispuesta sobre la mesa—. No, más bien huele al comunicado oficioso de algún portavoz.

—Eclesial.

—Es posible.

—Un intento de ahorrarle morbo a una noticia tan trágica.

—Y lo consiguieron. No hay la menor referencia al asunto en las siguientes semanas. Y el pacto de silencio, si lo hubo, no solo afectó al *Giornale*. Expurgué varias colecciones en la hemeroteca y nada en absoluto.

Elegí un arroz con gambas como opción más o menos fiable. Lesmes seguía dedicado al vino.

—Tiene su lógica que la Iglesia presionase —reflexione en voz alta—, tratándose de un asesinato.

—Eso es, precisamente, lo más curioso.

Hizo una pausa para enfrentarse a algo que parecían algas a la vinagreta, aliñadas con pequeños y sospechosos cilindros blanquecinos que nada tenían que ver con la pasta y cuya identidad me negué a averiguar. Había dejado la frase colgando, como si prolongar la liturgia de un epílogo le hiciese particularmente feliz. La pausa se me antojaba eterna y decidí interrumpir su reflexivo proceso de masticación.

—Perdona, Lesmes, pero no alcanzo a ver la curiosidad.

Se limpió los labios con la servilleta, la devolvió a su sitio, se echó hacia atrás hasta apoyarse sobre el respaldo de la silla y, desde allí, como buscando una perspectiva suficientemente alejada, aún me observó unos segundos con ojillos entrecerrados.

—¿De dónde has sacado los datos de esa historia, Ángel?

—La leí hace tiempo en algún sitio —fabulé, según tenía planeado en previsión de un lógico interés por su parte—, de esas cosas que se te quedan en el coco y resucitan cuando menos lo esperas. Aunque, por supuesto, he introducido elementos de mi cosecha.

—Oye, que las fuentes son sagradas —regresó a sus algas—. No estoy sometiéndote a un interrogatorio.

—Muy amable. ¿Me explicas qué tiene de curioso?

—Pues porque, aunque el titular de la noticia habla simplemente de un sacerdote hallado en las aguas del Arno, el texto se refiere al pobre Viatore como *annegato*, ahogado. Para todo el mundo, ese cura murió accidentalmente, no asesinado. Y no puedo evitar preguntarme en qué te basas para opinar lo contrario.

Me encogí de hombros con una beatífica sonrisa, intentando esconder mi confusión tras la máscara de un pillo que quisiera guardar con su silencio un secreto inconfesable.

—Es que resulta curioso, ya te digo —prosiguió ante mi tozudo mutismo—. Cuando vi el tratamiento que se hizo de la noticia en aquellos días, quedé más que perplejo. Cualquiera puede ahogarse, ¿no? Una sotana no protege de ese tipo de eventualidades. Y no tiene sentido ocultar el accidente de un sacerdote a la opinión pública. Quiero decir que si hubo pacto de silencio es porque había algo más, tal y como sugieres en tu texto. De no haber leído este, seguramente hubiese dado por fidedigna la versión oficial, como todo el mundo.

—¿Se lo cargaron o no?

—Tengo algún amigo en la Policía italiana. Me costó, pero el resultado fue muy interesante. Aquella nota fue pactada, pero no tanto por presión del Vaticano como de la propia Policía. Viatore había sido degollado, y prefirieron ofrecer la versión del accidente para trabajar con más libertad y sin presiones de la opinión pública. Como era de esperar, la Iglesia aceptó de buen grado un plan que evitaba escándalos y especulaciones.

—Gracias, Lesmes —le ofrecí mi copa para un brindis de urgencia—. No esperaba menos de ti. Veo que te lo has currado, y supongo que guardas lo mejor para el final. El desenlace.

Golpeó mi copa con la suya y dejó escapar una carcajada.

—Eso, Ángel, le lo vas a tener que currar tú, porque el expediente se archivó sin solución del caso, y así sigue, olvidado entre telarañas. Ni asesino, ni móvil, ni una maldita pista.

Decepción con arroz y gambas. Eso tuvo que ver Lesmes en el gesto de mis labios.

—De qué te quejas —puntualizó muy serio—. Todo perfecto para teorizar a tus anchas. Campo libre a la imaginación, sin las cadenas de la cruda realidad. A mí me parece un perfecto escenario para iniciar o cerrar una historia.

—No se te ocurrirá pisármela.

—Ni soy un buitre, tío, ni me interesan los muertos con alzacuello.

A veces me sucede en la cama, aunque no es un acontecimiento forzosamente limitado a esos instantes dedicados al sueño, sino que en ocasiones sobreviene mientras leo o me relajo en el sofá. Un estudio más o menos pormenorizado de la casuística permite concluir que aparece en los periodos de reposo. Por fortuna, no es frecuente ese espasmo muscular que se aloja por lo general en la pierna, en ocasiones en el antebrazo o en la mano, y que ni siquiera la voluntad, la conciencia de que me está sucediendo, es capaz de detener. Me niego a declamar la palabra con que en términos médicos podría ser definido el síntoma. Porque, en realidad, apenas es un síntoma que prefiero atribuir al exceso de café ingerido o a los nervios tras una jornada tensa. A cualquier cosa, menos a ese maldito y famoso apellido inglés. Los años, sin duda. Dicen que si no te duele nada a partir de los cincuenta es que estás muerto. Pero

siempre he creído que la edad no es otra cosa que el tiempo paseando sobre los otros, y que solamente marca sus cicatrices en los demás. Una rebelión ante la evidencia, supongo, una forma de sentirse joven, porque, síntomas aparte, a veces sigo creyéndome tan chaval como cuando empecé en el periodismo. La mente y el cuerpo suelen gastarse mutuamente bromas de este tipo.

Esta vez, al menos, la rítmica convulsión estaba plenamente justificada por una tarde agotadora con Lesmes. Entre risas, copas y tabaco, y como dos viejos chochos, dos reclusos de residencia geriátrica, habíamos reconstruido un pasado que ya se nos quedaba grande incluso para la memoria. Al llegar a casa, me había dejado caer sobre la cama con el peso de esa memoria bien atado al cuello. Y de ahí derivó un dormitar inquieto del que se fue apoderando poco a poco ese puñetero e invencible temblor que finalmente me obligó a devolver los pies al suelo y moverme. Moverse es la única forma de domeñarlo, la única que conozco, como si solo el agotamiento muscular del territorio invadido fuese capaz de aplacar los furores del síntoma.

Definitivamente desvelado, decidí aprovechar el tiempo y trabajar un rato hasta que el cansancio o el alba hiciesen de mí lo que les viniese en gana. Algo quedaba pendiente en mi cabeza, sin embargo, desde la comida con Lesmes. Una especie de deuda que saldé de inmediato a través del correo electrónico:

***De**: Ángel Casares*
***Para**:*
***Asunto**: RE: RE: RE: RE: NOTA MANUSCRITA*

Su segunda sombra, aquella que cayó herida de muerte ante el busto de Cellini, era un sacerdote: Américo Viatore, de 39 años, asignado a la parroquia florentina de Santa María Novella. Fue degollado el 10 de diciembre de 1949, presumiblemente en el Ponte Vecchio, y su cuerpo se encontró flotando en el río Arno un par de días después.

Oficialmente, su muerte fue el resultado de un percance accidental, y una cortina de silencio ocultó los hechos. Cincuenta y cinco años de encubrimiento que aún perdura. Ninguna pista sobre el autor y los motivos que pudieran haber inducido al crimen.

Espero que estos datos aporten un poco de luz a la historia y algo más de ánimo a sus proyectos.

Un cordial saludo, Ángel Casares.

La mañana me sorprendió dormitando sobre el teclado. Una mañana agrisada que anunciaba frío para todos y el suplemento de un sueño pegajoso para mí, del que no podría ya desprenderme hasta una incursión suficientemente seria entre las sábanas. Lo amortigüé con una ducha y un buen desayuno antes de cumplimentar las compras más urgentes para el fin de semana.

El barrio ya olía a Navidad. Sí, olía, porque esas fechas también tienen su olor, un aroma a chimenea, a humo hogareño que, entre lucecillas y colgantes, adquiere un valor distinto al del resto del invierno. Desde muy chico lo llevo grabado en la pituitaria, o donde demonios quiera que se graben esas cosas. Ese olor a astillas y carbón de las viejas cocinas, las estufas y los braseros que en la calle, durante las mañanas sin viento, se unifican en una peculiar sinfonía aromática. No es tanto una sensación física como una huella sentimental, un sello que permanece ahí como peculiar y anónimo ambientador de unas festividades que cada cual interpreta y vive a su manera. Una emoción que, sin avisar ni pedir permiso, se hace sólida en tu nariz para conducirte, en un mágico viaje a través del tiempo, muchos años atrás. Demasiados. Sí, probablemente chocheaba. Sabía hacerlo solo, sin la necesidad de un Lesmes como contrapunto a la nostalgia. Y la constatación de ese hecho me devolvió a casa más deprisa de lo previsto.

Allí me esperaba de nuevo aquel guiño, ese aviso de que el correo electrónico disponía de una nueva entrega con la cual, convencido de que mi último envío había cerrado el asunto, no contaba en absoluto:

De*:*
Para*: Ángel Casares*
Asunto*: RE: RE: RE: RE: RE: NOTA MANUSCRITA*

Efectivamente, Américo Viatore fue la primera víctima.

Y si digo primera, como podrá deducir, es porque hubo otras. Vinculadas todas a un mismo móvil, y tan silenciadas como aquella.

Usted acaba de demostrarme, de demostrarse a sí mismo, que lo importante no es conocer todas las respuestas, sino saber buscarlas.

Me gustaría conocer su disposición al respecto.

Tuve que releer un par de veces aquellos párrafos para captar, y no del todo, el mensaje que guardaban. Así que los datos que con tanto interés había buscado Lesmes en mi nombre ya eran conocidos para el anónimo o anónima corresponsal. Tenía su lógica, pues nadie habría escrito una reseña tan detallista sobre el acontecimiento de Ponte Vecchio sin una mínima información. Y por sus referencias a otras posibles víctimas y el supuesto móvil, parecía evidente que la naturaleza de esa información era muy superior a la que yo le había brindado, hasta el punto de que mi esfuerzo quedaba reducido a una ridícula e inútil ayuda. Considerando estas circunstancias, resultaba incomprensible la aparente impotencia que dejaba traslucir en alguna de sus comunicaciones anteriores. Pero, entre el caudal de incógnitas que generaba la carta, lo más peregrino era su cierre. Mi disposición al respecto, decía. ¿Respecto a qué? ¿A buscar respuestas? Respuestas que, por lo visto, quienquiera que fuese ya conocía de antemano.

De repente, me sentí víctima de un juego de subterfugios, de palabras a medias y burlescas adivinanzas en las que no tenía el menor interés. Reavivada la incertidumbre del primer día, aquel en que hallé el textito de marras entre las páginas de mi libro de consulta, decidí acabar de una vez con aquella broma, ahora mediante una larga carta en tono mucho menos amable que el de las previas. No entendía en absoluto sus insinuaciones, le dije, y no estaba dispuesto a mantener correspondencia con un comunicante tan recóndito que ni siquiera se había dignado a identificarse a pesar de que yo lo había hecho desde el primer momento. Y que el género epistolar me cansaba sobremanera, que mi buena voluntad se había agotado y que cualquier cosa que tuviese interés en comunicarme en lo sucesivo habría de ser mediante conversación directa. Una carta gélida, casi agresiva, de las que al menos dejan

clara la posición del remitente. La envié con un regusto de complacencia, aunque una extraña seguridad interior me decía que mi acto no significaba el cierre de un episodio, sino, al contrario, el inicio de una inquietante relación. No era un palpito equivocado. Apenas unos minutos después, parpadeo el icono avisando de una nueva entrada de correo. La respuesta, concisa, no dejaba de tener su gracia, aun dentro del habitual secretismo de mi comunicante.

He navegado por algunos chats. A veces, por curiosidad, sondeando opiniones en lugares más o menos especializados de literatura, ciencia o historia; otras, forzado por mi profesión, en busca de material relacionado con la actualidad. Francamente, y más allá de esas motivaciones puntuales, siempre me han parecido una pérdida de tiempo, un absurdo modo de pasar el rato para quienes no tienen asuntos importantes alrededor. Aunque entiendo su rol social de contacto e incluso la ruptura de ciertos aislamientos funcionales que esta innovación tecnológica permite, no soy de los que creen en lo virtual, ni siquiera como sucedáneo. Sirva esta proclamación de principios para explicar en cierto modo la chocante experiencia de introducirme, por vez primera, en un chat dedicado al cibersexo. Seguro que estoy un poco fuera de contexto y bastante lejos de las actuales tendencias, no lo discuto, pero siempre he creído que si existe algo reñido con la virtualidad debería ser precisamente el sexo. Sí, ya sé que la libido reside esencialmente en el pensamiento, de acuerdo, pero el pensamiento sin una piel foránea que acariciar se queda en un mero ratito de autogestión. Autogestión por autosugestión, en este caso. Personalmente, me proclamo furibundo icónico en este terreno, y hace ya mucho tiempo que se inventaron las imágenes para conformarse a estas alturas con frases en una pantalla.

No tenía precisamente el encanto de una cita a ciegas en un café, pero sí al menos significaba la oportunidad de entablar un contacto más directo con mi resbaladizo corresponsal, de charlar sin las trabas que implica un repertorio de monólogos sucesivos. Cuando recibí su invitación tuve mis reparos en cuanto a su cordura, desde luego, pero nada excepto un poco de tiempo perdía por hacerlo, así que opté por seguir el juego y cumplir rigurosamente las normas que él o ella había dictado para mí.

Allí, silenciosa como una estatua, entre un regimiento de motes

a cual más estrambótico y conversaciones medianamente subidas de tono, estaba *Dama de Picas*. A modo de saludo, le susurré la clave convenida:

Ángel C: Viatore.

Dama de Picas: ¿Ha registrado usted su *nick*?

Ángel C: Me temo que no sé de qué habla.

Dama de Picas: Salga de aquí y hágalo. No tengo ningún interés en que alguien entre con su nombre y se entere de nuestra conversación o, lo que sería peor, se haga pasar por usted. Y elija uno más ambiguo, o más acorde con el ambiente.

Ángel C: ¿Cómo se hace eso?

Dama de Picas me explicó paso a paso cada uno de los trámites necesarios para privatizar el apodo y, una vez en posesión total de mis personales y novísimos atributos cibernéticos, reingresé a la sala.

Santomé: Ya está.

Dama de Picas: No susurro con desconocidos.

Santomé: Soy Ángel Casares.

Dama de Picas: ¿Y quién me lo asegura?

Santomé: Viatore se lo garantiza.

Dama de Picas: Eso es otra cosa. ¿Quién es Santomé?

Santomé: No se me ocurría ningún nombre especial, así que elegí al protagonista de una novela de Benedetti. ¿Ha leído *La tregua*?

Dama de Picas: No recuerdo el nombre, pero sí que era un pobre viudo a punto de jubilarse. ¿Así se ve usted?

Santomé: No he entrado aquí para hacer psicoterapia.

Dama de Picas: Es cierto, parece que lo único que necesita es un poco de esgrima dialéctica. Disculpe mi descortesía.

En un momento, mi pantalla se había llenado de mensajes privados de color rosa en los que algunos de los motes presentes me proponían toda suerte de sugerencias, de esas que casi nadie sería capaz de formalizar frente a una cara de carne y hueso recién

llegada. Pronto resultó casi imposible distinguir las frases de *Dama de Picas* entre las que llegaban firmadas por *Ansialove, Zorritaperezosa, Deincóñito, Soloquierosexo* o *PeneLope.*

Santomé: Aquí no hay modo de entenderse. Ya que no quiere hablar personalmente, hagámoslo al menos en un medio más tranquilo.

Dama de Picas: Este sitio es perfecto. Ignore a quien molesta. Basta con que seleccione y anule los *nicks* que lo incomodan. Desaparecerán automáticamente. A menos que tenga interés especial en alguno de ellos, le sugiero que elimine todos excepto el mío.

Seguí el consejo, borrando del mapa las incómodas y recalcitrantes presencias y, desde ese momento y en lo sucesivo, todas aquellas incorporaciones que a lo largo de nuestra entrevista se fueron sumando a la sala. Solos *Dama de Picas* y yo. Hora de pedir explicaciones.

Santomé: Vale, y ahora déjate de juegos y dime quién eres, y de qué vas.

Dama de Picas: El nombre es lo de menos.

Santomé: Tú conoces el mío desde el primer día.

Dama de Picas: Si es tan importante para usted, si realmente necesita uno, puedo llamarme Judas.

Santomé: ¿Judas?

Dama de Picas: ¿Tanto lo desasosiega ese nombre?

Santomé: No es eso. Hasta ahora he tenido la sensación de que estaba comunicándome con una mujer.

Dama de Picas: Si le ha ido bien así, no tiene por qué cambiar su percepción. Pensé que Judas le resultaría más familiar.

Santomé: De todo, menos familiar. No conozco a ningún Judas.

Dama de Picas: ¿Está seguro?

Santomé: No es un nombre que pueda olvidarse fácilmente.

Dama de Picas: Usted escribió sobre Judas.

Cierto. En el Pleistoceno, aproximadamente. Una novela publicada allá por el 80 o el 81. Una obra objeto de la más absoluta

indiferencia, excepto por una reseña en un semanario integrista que la calificó de abominación del pensamiento humano, blasfemia digna de figurar en el cubo de la basura del mismísimo infierno, o algo parecido. Salvo los dos ejemplares que guardaba en algún cajón de casa, los novecientos y pico restantes habían sufrido la ejecución en la hoguera o en la guillotina hacía al menos dos decenios. ¿Quién podía saber una cosa así? Me vino al pensamiento aquel crítico, el único que se dignó a citarla, aunque fuera para pedir la reposición de los autos de fe en honor a mi modesta obra y mi no menos insignificante persona. No, el tal GarcíaAlmaraz —no se olvida fácilmente el nombre de quien ha sido *tu* recensor— ya llevaba más de diez años lejos del mundo de los vivos. Nadie conocía aquel frustrado episodio de mi vida. Nadie, excepto Mónica. Pero era impensable que ella pudiese estar detrás de ese *nick*, *Dama de Picas*: muy sofisticado para su gusto. Y mucho menos haber maquinado una trama así. No tenía sutileza suficiente, ni motivos para juguetear conmigo de esa forma. Imposible. No, nadie excepto ella lo sabía; ni siquiera a Miguel le había comentado que su padre se atrevió un día a publicar. Tampoco los compañeros.

Salvo que fuera Almudena. Sí, también Almudena conocía aquel punto débil de mi biografía. Por aquella época mantuvimos una breve relación sentimental; nada importante, un par de noches entusiastas y luego un huir y acercarse y huir sucesivamente el uno del otro hasta mantener las distancias adecuadas. Todo acabó en menos de un mes, pero sucedió en aquella época, y creo que fue precisamente ese ego satisfecho de autor primerizo lo que me lanzó a aquella inviable aventura extramatrimonial. De acuerdo, también Almudena, pero qué coño pintaba disfrazada de naipe y veintitantos años después una mujer a la que había estado viendo a diario, qué necesidad de bromas podía tener alguien con cincuenta y tres cumplidos, una familia asentada y éxito profesional. Resultaba absurdo, además de imposible, porque en ese mismo instante estaría en directo, como cada día, ofreciendo a los oyentes las últimas noticias culturales.

Encendí la radio dominado por una tonta premonición, como quien teme ser víctima de una inocentada. Pero no, ahí estaba Almudena, su voz inquebrantable, a lo suyo, tan lejos de mis neuras. Quien se enmascarase tras *Dama de Picas nada*, tenía que

ver con mi entorno cotidiano. Y se encargaba de mostrarlo en su inflexión, siempre distante del tuteo que yo había propuesto sin el mínimo éxito.

Dama de Picas: ¿Sigue ahí, o está atendiendo a demandas más sensuales que la mía?

Santomé: Dígame, ¿cómo sabe lo de esa novela?

Dama de Picas: Cualquiera puede saberlo. En la Nacional, a la que parece tan aficionado, hay un ejemplar. O basta con buscar por su título en el ISBN y allí aparece usted, con nombre y apellidos. ¿Cómo se le ocurrió escribir una cosa así?

Santomé: Quién sabe. El aburrimiento. Torpezas de juventud. Cuando la imaginación y la osadía avanzan de la mano, puede pasar cualquier cosa. Pero tampoco he entrado en este antro virtual para hablar de mí. Al parecer, ya me conoce bastante bien.

Dama de Picas: En absoluto. Tres o cuatro datos, aunque lo suficiente para saber que se trata de la persona adecuada.

Santomé: ¿Adecuada para qué?

Dama de Picas: Para escuchar una historia interesante.

Santomé: No necesito historias.

Dama de Picas: Y tal vez escribirla.

Santomé: Tengo la cabeza llena de historias. Lo único que necesito es tiempo y el talento necesario para darles forma.

Dama de Picas: La mía le fascinará, se lo aseguro.

Santomé: Pues escríbala usted.

Dama de Picas: Imposible. Ni soy la persona indicada para hacerlo, ni podría firmarla. Es más ético que la asuma quien la escribe.

Tenía gracia que hablase de ética quien había transgredido las normas más esenciales de la educación; alguien que, a pesar de mi insistencia, seguía oculto tras una máscara de letras e impunemente apostado en una telaraña de anonimato. Pero, por chusca que resultase aquella entrevista, no podía convertirla en un cruce de reproches. La curiosidad, esa comezón que suele instalarse de repente en el ombligo, me aconsejaba mano izquierda y no polémica.

Santomé: El texto que me hizo llegar (porque ahora sé que no hubo casualidad, que simplemente aprovechó mi rato de descanso) no era malo.

Dama de Picas: Discúlpeme por los modales, pero no hallé mejor forma de llamar su atención. Por otra parte, le aseguro que esos párrafos me costaron su trabajo. No valgo para eso. Usted, por el contrario, es periodista, especializado en investigación.

Santomé: Documentación, y gracias. Pero ya no ejerzo, como sin duda sabe también.

Dama de Picas: Claro que lo sé, pero ha demostrado capacidad para investigar. Además, tiene experiencia, parece que lo apasiona la Historia, y ya ha escrito una novela.

Santomé: Un bodrio, para ser exactos.

Dama de Picas: Al margen de cualquier debate sobre su calidad literaria, que no me interesa, le aseguro que en algunos aspectos resulta muy sugerente.

Santomé: No me diga.

Dama de Picas: Así es, y no lo tome como adulación interesada.

Solo un grillado o una fanática delirante podía decir algo así de mi vieja novelucha. Se podía argumentar que era regularcilla, o directamente mala, o discutir acerca de la coherencia de su trama, la credibilidad de sus personajes, la frescura o no de sus diálogos o las cualidades de su ambientación histórica, pero jamás que aquella entelequia narrativa resultase sugerente. *Yo fui Judas*, que así se titulaba, pretendía una aproximación más o menos psicológica a la dualidad simbolizada por Jesús de Nazaret y Judas Iscariote, las tópicas figuras del mártir y el traidor. El discípulo, que había sobrevivido varias jornadas a los acontecimientos más dramáticos, narraba en primera persona sus experiencias desde una perspectiva claramente heterodoxa. Nada original, por otra parte, teniendo en cuenta las múltiples hipótesis barajadas en torno al asunto desde los primeros gnósticos a escritores de talla, pasando por filósofos e historiadores de distinta ralea. Todos con muchísima más calidad y categoría intelectual que yo. Francamente, mi intento había sido un voluntario ejercicio provocador, una de las muchas *boutades que* en aquellos tiempos de transición salieron a la luz buscándose un

huequecito en el mercado. En mi caso, ese hueco no se halló en las estanterías sino en el olvido, y en la picota de algún furibundo fundamentalista.

Santomé: Soy incapaz de verle esos aspectos sugestivos, sinceramente.

Dama de Picas: Porque está demasiado implicado en ella. El árbol no lo deja ver el bosque, ya sabe.

Santomé: ¿Implicado? Para mí es un caso perdido desde hace muchos años. De no haberla mencionado usted, ni siquiera recordaría aquel episodio.

Dama de Picas: No importa. En este caso, como usted lo llama, es preferible partir de cero.

Santomé: Por lo que a esa novela respecta, totalmente de acuerdo.

Dama de Picas: No se subestime. Lo que quiero decir es que la verdad casi siempre exige hacer tabla rasa respecto a determinadas presunciones.

Santomé: La verdad. Bonita palabra.

Dama de Picas: La única que interesa. Un periodista debería proclamarla como el eje de su vida.

Santomé: El mejor cebo para la profesión, sí. Pero yo ya estoy retirado. Además, la verdad exige pruebas y usted es una entelequia sin rostro, una ¿mujer? improbable escondida en la virtualidad.

Dama de Picas: No se preocupe de eso. Yo le daré consistencia. Nada que no sea probado saldrá de mi boca. O de mis teclas, para mayor exactitud. Ya le hablé de Américo Viatore, el dominico degollado en el Ponte Vecchio pocas horas después de llegar de Ammán. Usted comprobó la certeza de mis palabras.

Santomé: No toda. Desconocía que fuera dominico, y que Ammán fuese el origen de su viaje.

Dama de Picas: Como desconoce otras muchas cosas, Ángel. Esto no es más que el principio. Le aseguro que, si tiene la paciencia de leerme, no se arrepentirá. Y ahora discúlpeme: tengo trabajo. Un saludo. Seguiremos en contacto.

Con la frase *Dama de Picas ha salido de la sala*, la pantalla me entregó algo parecido a la soledad. A una repentina y atónita

soledad. A una especie de convicción de que el presente se teje a menudo con hebras que dejó sueltas el pasado, quién sabe si por desgaste o por simple capricho del azar.

2

El diablo en la pupila

LA NAVIDAD pasó sin pena ni gloria, como todas las navidades en los últimos incontables años. Aproveché para escapar unos días de Madrid, para hacer ese viaje al que me animaba Mónica, aunque sin tantas pretensiones: tres días en Málaga. El mar en invierno. La luz del sur frente a la opaca gangrena de hielo mesetaria. Tres días para nada ni nadie excepto yo mismo y mis rancios anclajes de primera infancia. Un viaje para evocar viejos tiempos, muy viejos, en busca de una memoria de salitre que no hallaba acomodo ya ni entre la arena, ni sobre el puente del Perchel, ni siquiera en la sumisión de la mirada en el acomplejado cauce del Guadalmedina. Mucho menos en mi propio interior. Es cierto que todo recuerdo necesita de lugares a los que amar o aborrecer, a veces durante toda la vida; y de personas concretas bien anudadas a ellos para no limitar el sentimiento a una simple querencia u odio a los paisajes. Pero a mí ya no me quedaban personaslazo por allí y, sin ellas, los escenarios rezumaban distancias insalvables a pesar de lo que indicase el documento de identidad.

De regreso, cumplí el tradicional encuentro de fin de año con Miguel. Nada de particular, una copa de sobremesa para desearnos de corazón lo que suele desearse en estos casos y permitirle horas por delante para preparar la fiesta de Nochevieja prevista en su apartamento. Como de costumbre en los últimos tres o cuatro años, me invitó a sumarme a la jarana nocturna. Bien sé que sus intenciones respecto a mí son sinceras, y que, de haber aceptado, en ningún momento me habría hecho sentir como un trasto inútil o molesto, pero a ciertas edades uno ya debe saber dónde debe

asentar su culo y dónde no. No obstante, aproveché la ocasión para publicitar ante sus oídos las ya demostradas cualidades de Wilma y hacer hincapié en las necesidades de limpieza de su apartamento, al menos una vez por semana. Si bien, y como era de esperar, mi primer envite fracasó, tuve el buen sentido de dejar flotando una adecuada duda sobre su cabeza y mantener así las esperanzas de progreso laboral de mi reciente protegida.

El nuevo calendario se estrenó con noticias. Como si hubiese querido respetar el descanso navideño de un alumno más o menos aventajado, mi enigmático corresponsal aguardó apenas al cambio de año para volver a dar señales de vida. Sucedió el mismo día uno por la tarde, mientras yo intentaba poner un cierto orden en el material que voluntariamente había abandonado durante el paréntesis festivo. Esta vez, el correo iba firmado por un significativo *Judas* y contenía, junto a unas líneas meramente formales en las que me recomendaba reserva en el uso de la información —es *un documento de trabajo que no conviene divulgar ni compartir más allá de lo imprescindible—* , tres archivos adjuntos. El primero, una foto correspondiente a la parte superior de algún viejo pergamino, papiro o documento escrito en una lengua indescifrable, aunque de sospechosa genealogía semítica. El segundo, lo que parecía ser la transcripción sobre fondo blanco de ese mismo pasaje en caracteres ampliados y con pulcros retoques que los hacían mucho más definidos y visibles. El último archivo era un texto encabezado por un número de referencia, una especie de ficha que, según las escuetas consideraciones de mi anónimo comunicante, pertenecía al fondo del Museo Arqueológico Nacional y guardaba relación directa con el objeto fotografiado.

He de admitir que aquel envío me desconcertó. Hasta ese momento, y al margen de la lógica curiosidad que pudiera haber despertado en mí, consideraba aquel insólito contacto como una travesura urdida a mis espaldas y contra mi voluntad por alguien necesitado de extravagantes emociones; un pasatiempo, a fin de cuentas, que, lejos de implicarme, me permitía entrar o salir a mi gusto; un juego del que podía desentenderme de inmediato para dedicar todo esfuerzo a lo que únicamente me interesaba: mi novela. Mi *Judas* particular, por el contrario, parecía dispuesto a avanzar en la dirección prometida. Y no podía negarse que lo hacía

con elementos atractivos. La propuesta tenía el mismo cariz que la anterior: una simple enunciación, un muestrario desplegado en el escaparate del que yo debía extraer las posibles conclusiones. Nada que no pudiera ser probado saldría de sus labios, había dicho. De modo que aquellos tres archivos eran ni más ni menos que pruebas. Pruebas de qué, esa era la cuestión. Como en el caso inicial, el de Américo Viatore, todo quedaba en mis manos: si yo movía pieza, la partida progresaba; si decidía plantarme, nadie, excepto quizá *Judas*, podría reprochármelo. Y él no tenía capacidad moral alguna para hacerlo, así que todo se reducía a un mero ejercicio de libertad por mi parte.

Nadie me obligaba, ciertamente. Aunque hay un detalle, no sé hasta qué punto casual, que me incitó a seguir jugando. Porque se da la circunstancia de que el Arqueológico es un edificio unido, espalda con espalda, a la Biblioteca Nacional, y apenas un brevísimo paseo separa a sus entradas principales. De modo que la tentación de formalizar esa visita durante mi jornada lectora se hizo irresistible ya desde el lunes siguiente a la recepción del mensaje. Aun así, soporté estoicamente mis programadas horas de trabajo, amarrando con fuerza el pensamiento a las crónicas de Gregorio de Tours para sustraerme a una deriva que, minuto a minuto, se me iba haciendo inevitable. No sucedió lo mismo el martes. Me desplacé a la biblioteca dotado de la correspondiente documentación y dispuesto a recorrer las salas del museo tras mi obligatoria, en este caso breve, cuota de latín. Y lo más curioso es que decidí hacerlo sin el menor sentimiento de derrota. Después de todo, por qué no tomarlo como una distracción, un pequeño respiro entre tanta bellaquería, infamia y sangre franca derramada; un acto de salud mental, en definitiva, como quien echa una cana al aire con la certidumbre de que su pareja nunca tomará por infidelidad tan apremiante desahogo.

El Arqueológico es uno de esos museos que los madrileños raramente visitan por propia iniciativa, como sucede con casi todos los museos de la ciudad. Y menos durante aquella glacial mañana en que las vacaciones hurtaban a sus salas y pasillos la rutinaria presencia de turistas y grupos escolares. Debo confesar que, excepto en una ocasión durante el bachillerato, y ya me han salido canas desde entonces, jamás mancillaron mis suelas sus acrisoladas losetas

de mármol. Ni siquiera recordaba las dos esfinges de bronce que custodian su escalinata, ni la mirada un tanto torva con que las estatuas de Berruguete y Velázquez contemplan el cándido acceso de cada visitante.

Al margen de consideraciones accesorias, el museo es un dignísimo marco donde cualquier ciudadano con inquietudes puede emplear varias horas curioseando, entre multitud de piezas de todos los tamaños, elementos que abarcan desde la Prehistoria a colecciones numismáticas del siglo XX. A mí, personalmente, y por razones obvias, me interesaba solo una pequeña parte de la planta sótano, aquella referida al Próximo Oriente. Para mi decepción, lo más parecido a un texto escrito entre lo allí expuesto eran tablas y ladrillos de arcilla con caracteres cuneiformes. En ningún lugar hallé nada parecido a un documento que pudiera asimilarse a la foto enviada *por Judas* y cuyo número de inventario guardaba en mi bolsillo. Recorrí de arriba abajo las tres plantas, cada una de sus piezas, todos sus corredores, y nada. Lo más próximo, y siendo sumamente generosos, epigrafía romana. Y para complicarlo un poco más, las fichas referentes a los objetos en exposición parecían haber sido cumplimentadas al buen tuntún, con criterios tan diversos que, mientras algunas se representaban con una sola cifra, otras lucían un majestuoso conjunto alfanumérico de varios campos.

Como única salida a mi desconcierto, y con sonrisa pulcramente curtida, decidí acudir al departamento de información. Existe una creencia generalizada de que el carné de periodista suele dar buenos resultados a la hora de sonsacar al personal, sobre todo en asuntos de poca monta como este. Se supone que basta con alegar desde tu más desenvuelta caradura que preparas un reportaje o, mejor, un librito sobre los inéditos tesoros del lugar y que, en el peor de los casos, si te ves marcado por un seguimiento *a posteriori*, siempre puedes echar la culpa a un editor desdeñoso o a problemas de presupuesto para justificar el fracaso del proyecto. Esta tesis puede servir para una charla con el señor que te atiende, porque más allá de la mera tertulia se complican las cosas. Como en este caso, en que el buen funcionario no sabía darme una respuesta al galimatías de las fichas, un asunto demasiado alejado de sus competencias.

—Suponga que yo le digo un número de inventario. ¿Cómo

puedo saber a qué objeto pertenece?

—Ni idea. Si quiere consultar el archivo, puede sacarse la tarjeta de investigador o pedir un permiso temporal.

—Solo necesito saber a qué elemento corresponde una referencia. No voy a poner en marcha todo un sistema burocrático para esa minucia. Alguien habrá por aquí que sepa de eso.

—Pregunte en el gabinete de prensa. Aunque —encogió los hombros—, con las vacaciones, no sé si quedará alguien.

Quedaba alguien; por fortuna, pensé en aquel momento, aunque en fechas posteriores me tocó maldecir más de una vez aquella circunstancia que entonces tomé por halagüeña. Ese alguien era una mujer de treinta y tantos llamada Nuria, y que por sus modales podría fácilmente ser catalogada como un cruce sin demasiada solera entre funcionaría y periodista. Preferí aferrarme a esta última cualidad pensando que entre colegas siempre es más fácil entenderse. Ella escuchó mis cuitas entre artificiosos pestañeos y mohines de unos labios francamente sensuales, gestos que emborronaban una cara que, de abandonarse un poco a la naturalidad, podía llegar a ser bonita. De inmediato despejó mi primera duda:

—Cada departamento de investigación tiene su propio sistema de inventario. Y hay unos cuantos. Nada tiene que ver, por ejemplo, el de Protohistoria con los de Medieval o Moderna.

—Allá cada uno con sus gustos, pero no deja de ser un desbarajuste.

—Es muy coherente, teniendo en cuenta que disponemos de un millón de piezas. Apenas se expone un diez por ciento; el resto está en almacén o en otros destinos. Por si no lo sabes, el Arqueológico es el museo que más préstamos realiza a otras instituciones.

—En ese caso —le extendí el papel con la anotación enviada *por Judas*—, supongo que no te será difícil decirme a qué pieza corresponde esta referencia.

Entre parpadeos, observó la hoja. Superficialmente. Estoy seguro de que ni siquiera intentó leerlo.

—Hay que buscarlo en el archivo documental.

—Lo tendréis informatizado.

—Está informatizado, pero desde aquí no tengo conexión. Déjame un teléfono y te llamo. ¿Para qué medio trabajas?

Un periodista en el dique seco pierde automáticamente casi todo su crédito, incluso el respeto que se le presupone entre compañeros de oficio, así que eché mano de un estatus profesional que no era del todo falso.

—Soy *freelance*— respondí mientras le anotaba mi nombre y el número de mi móvil—. Y otra cosa: ¿seria posible obtener una foto de ese objeto? Para mi uso privado; no tengo intención de difundirla sin el permiso necesario.

—¿También una foto? Eso no es muy corriente, pero veré qué se puede hacer.

Lo que Nuria pudiera hacer con aquella ristra de números era solamente una primera parte de mi búsqueda. Porque, aun sin explicitarlo, *Judas* me había dirigido un guiño más que directo al incluir en su envío una ampliación retocada de la enigmática foto. Mi corresponsal deseaba que yo leyese ese texto, y no había otro modo de conseguirlo que a través de un traductor. Lo malo es que en mi entorno cotidiano no existía personaje capaz de desentrañar el significado de aquellos signos. Nada extraordinario, por otra parte, teniendo en cuenta que probablemente se trataba de una lengua más que muerta, y en cuestiones de idiomas extintos lo más cercano a las entendederas de mis conocidos, como a la mía, era el latín. Sin demasiada fe, dadas las fechas, decidí intentarlo en una Facultad de Filología de la Complutense absolutamente vacía de alumnado, como era de esperar. Un bedel, que cabeceaba sobre un diario de distribución gratuita antes de mi irrupción, me encaminó hacia el objeto de mis pesquisas, aunque con la consabida advertencia de que las vacaciones no garantizaban que fuera a conseguirlo.

El departamento de Estudios Hebreos y Arameos disponía de varios despachos contiguos. Uno tras otro, cerrados a cal y canto. Solo después de comprobar que la puerta del último cedía a mi presión cumplí con el formalismo de anunciarme con un par de toques mientras proyectaba la cabeza hacia lo desconocido. Una solitaria mujer, cercana a la cincuentena, parecía afanarse ante el teclado del ordenador en la única mesa ocupada. Me respondió con un gesto de extrañeza, al tiempo que deslizaba las galas sobre su nariz para obtener un mejor detalle de mi presencia. Debo admitir que mi primera impresión sobre ella, elaborada ya desde el mismo

quicio, fue bastante insípida. Parecía una mujer anodina, quizá por su aspecto ceniciento y nada llamativo, tanto por el rancio vestuario que acentuaba su delgadez como por la nula atención que prestaba a su adorno facial: ni rastro de pintura, maquillaje o lápiz de labios; ni siquiera unos pendientes o un detalle de coquetería en su media melena negra.

No abrió la boca. Me preguntó con los ojos, unos ojos grandes como lunas, e interpreté su ademán como una invitación a entrar. Avancé decidido hacia su mesa para presentarme y, sin saber por qué, lo hice como escritor. Tal vez fue su propio aspecto de seriedad, que se acrecentó al incorporarse a estrechar mi mano; puede que fuese un intento inconsciente de sortear esa imagen extendida en buena parte de los medios académicos que ven al periodista como un personajillo un tanto superficial. El caso es que el instinto de supervivencia, como a los camaleones, nos hace mutar según las circunstancias y, ante aquella especie de arquetipo de puritanismo científico que se alzaba ante mí, parecía aconsejable, al menos inicialmente, mostrar cierta pátina de rigor. Se presentó como Araceli Zúñiga de Entresotos y me invitó a tomar asiento frente a ella, con la mesa como frontera.

En pocas palabras le expliqué mis necesidades: un catedrático, o un especialista que pudiese traducirme un corto texto de una lengua que no sabía concretar, pero que, en mi modesta opinión, podría pertenecer al tronco semítico. Con voz dócil y cercana, que contrastaba radicalmente con su grisácea severidad externa, alegó que no habría catedráticos disponibles hasta que se reanudase el curso, casi una semana más tarde.

—Soy solamente —y subrayó el adverbio con una pausa— profesora asociada, pero si puedo serle útil…

Lo del catedrático era un antojo, una forma de apuntar a lo más alto. Pero *Judas* me había recomendado cautela en mis pesquisas, y no sería malo conformarse con alguien que, si bien con garantías, resultase menos llamativo. Desdoblé la hoja con el texto y lo dispuse en la mesa de modo que pudiera leerlo.

—Parece arameo —dijo al momento.

—Vaya, en mi ignorancia supuse que sería hebreo.

—No se decepcione. El arameo fue mucho más influyente. Desde el segundo milenio antes de nuestra era, por razones políticas y

comerciales, se convirtió en la lengua principal o secundaria de varios imperios que dominaron Oriente Próximo. Los cronistas clásicos la conocían como lengua siríaca o caldea porque era la usada desde siglos atrás por persas, sirios y caldeos, entre otros.

—Una especie de inglés de la época, un idioma más o menos universal.

—Algo parecido, si consideramos como universo el estricto ámbito de Oriente. Y en cada región con sus características peculiares, que perduraron hasta la era cristiana. El propio Flavio Josefo lo tenía como lengua materna, y en ella escribió alguna de sus obras antes de difundirlas en griego.

Abrumaba un poco su verborrea didáctica. En dos minutos me había puesto al tanto de la trascendencia de aquella lengua tan inútil para nuestros contemporáneos.

—¿Y me haría usted el favor de traducirlo? —ella inclinó la cara para mirarme por encima de la montura de sus gafas, y me apresuré a aclarar la situación—. Naturalmente, abonando la tarifa que corresponda para trabajos de este tipo.

—No existe tarifa para trabajos de este tipo, como usted dice. Al menos, no para uno tan breve. Traducir es un placer para cualquiera de los profesionales de este departamento.

—Le quedaré muy agradecido si lo hace —me incorporé para anotar mi número de teléfono en la misma hoja antes de despedirme—. En sus manos lo dejo, no quiero molestarla más.

Me acompaño hasta la salida, y en ese breve tránsito aprecie en ella una levísima cojera.

—Dígame —estrechábamos nuestras manos en la puerta cuando me interpeló—, ¿a qué documento pertenece ese texto?

Era una pregunta que podía haber surgido en cualquier instante. Pero, por increíble que pueda parecer, yo no tenía una respuesta preparada, así que utilicé, el recurso de las medias verdades.

—Eso precisamente me gustaría saber. Me lo envió un amigo, no sé exactamente con qué objeto. ¿Es importante el detalle?

—Un amigo especialista en semíticas.

—O simplemente juguetón. No conozco a fondo todas sus aficiones.

—Tampoco es imprescindible. Espero tenerlo en unos días. Lo llamaré cuando acabe.

En ese momento se desprendió de mi mano. De forma inconsciente, al menos por mi parte, habíamos mantenido la última charla unidos por esa fusión táctil sin la menor incomodidad. Su mano tenía algo de dulzura, una hermosa templanza que la naturaleza o su propio empeño no habían querido otorgar al resto de su físico. Quise creer que sus dedos y su voz eran territorios secesionistas, regiones en fogosa rebeldía contra el reino luctuoso que su imagen proyectaba ante ojos ajenos. No la vista, desde luego, pero el oído y el tacto eran armas suficientes para intuir, quién sabe si alcanzar, el fondo de su paradójica personalidad.

Wilma había preparado un ceviche de corvina para chuparse las yemas de los dedos, según su pronóstico. Los ingredientes quedaron listos la víspera, en una sorpresiva incursión de la peruanita, que cada día actuaba por mis pasillos con más confianza y desenvoltura. Por supuesto, en ningún momento le había hecho comentarios respecto a mi plan. Ceviche para tres fue mi única consigna para el día de Reyes. Los invitados: Miguel y ella misma. Me había empeñado en demostrar a mi hijo los beneficios de disponer de una asistenta como la que los hados habían puesto en mi camino y, en ese propósito, nada mejor que ganarlo por la vía del epicureísmo gastronómico.

Faltaba más de media hora para la cita cuando sonó el timbre del portero automático. Lejos de incomodarme por el imprevisto, y al tiempo que activaba el pulsador sin intercambiar palabra con el invitado, celebré el adelanto de Miguel como un buen augurio respecto a su estado de ánimo. Y es que sus visitas a la casa paterna solían ser, además de muy espaciadas, casi de cortesía; como si aquel cubículo en que me había refugiado tras el divorcio fuese desde siempre terreno pantanoso para él. Por supuesto, no tenía las comodidades de su casa, la casa de su madre, quiero decir. Mi pisito, de dos dormitorios, bastaba para cubrir la necesidad casi exclusivamente nocturna de un hombre solo y sin tiempo para ocuparse de otras cosas que no fueran el aseo y mantenimiento necesarios. Aunque, pensaba yo al principio, no dejaba de ser el hogar de su padre. Con el tiempo, me resigné a aceptar que más que incomodarlo la estrechez del sitio, era mi contacto lo que le provocaba urticaria. Así que el adelanto en el horario no podía significar otra cosa que un exceso de prodigalidad por su parte en

atención a nuestra primera Epifanía desde mi retiro forzoso.

No era Miguel, para mi asombro. Al abrir la puerta de casa y ver allí delante a Cris, casi pierdo el equilibrio. Mascullé algo inconexo para dejarle paso y recogí su abrigo sobre mis brazos como el mejor entrenado de los mayordomos, momento que ella aprovechó para entregarme un paquete envuelto en papel de regalo.

—De parte de Baltasar —estaba radiante, como de costumbre. Y entre su perfume y mi turbación por el inesperado presente, apenas tuve soltura para sugerirle que se sumase a un vermú como el que yo estaba tomando. Pero eligió cerveza mientras curioseaba entre los canapés que Wilma había desplegado sobre la mesa. Finalmente, acomodados ambos, conseguí desenvolver su regalo para averiguar que se trataba de una colección de cedés de BB King, toda una joya para cualquier amante del *blues*, y mientras le plantaba un par de besos, me atreví a confesarle el aprieto en que me había metido.

—Muchas gracias, cielo, pero no esperaba tu visita. Te debo un regalo.

—No seas tonto, no me debes nada. Es solo un detalle por el mal trago que te hice pasar la última vez.

—Nunca he tenido malos tragos contigo —quise disimular—. ¿A qué te refieres?

—Venga ya, Ángel. No me dirás que todos los días llegan mujeres a tu casa pidiéndote un polvo.

Sobre la frase, apareció Wilma en el comedor. No sé lo que pudo pasar por su cabeza, pero antes de pararme a reflexionar sobre su gesto entre pasmado y jocoso, me apresuré a presentarlas.

—Cris se quedará a comer —anuncié como buen anfitrión.

—Vale. Prepararé más canapés —Wilma frunció los hombros en señal de resignación y regresó a la cocina.

—¿Y esta guayabita? —Cris aún tenía las cejas en el techo.

—Una liberta. La bruja de mi asistenta le tenía subarrendada la limpieza del piso a mis espaldas.

—Y has cambiado a la bruja por la princesita. Vaya con el jubilado. ¿La tienes interna?

—Nada de jubilado, Cris. Prejubilado, que es muy distinto. Y no es lo que piensas. Viene por horas, tres veces por semana.

—Allá tú —apuntó entre carcajadas—, a mí no tienes que darme explicaciones.

—Bueno, creo que sí que te debo alguna explicación. Sobre lo que hablamos la otra noche. Aquello del hijo, en fin, ya sabes —todavía con los restos de una sonrisa en sus labios, me miraba con ademán hierático, y mientras yo iba unciendo palabras me daba cuenta de que iba a meter más la pata en lugar de sacarla—. Mira, es que olvidé decirle que yo no puedo ser padre. En los ochenta me hice la vasectomía, lo que pasa es que fue hace tanto y lo tengo tan incorporado, que olvidé decírtelo.

—Eres un cretino y un mentiroso —esta vez, esos ojos de la Bacall expulsaban fuego helado en dirección a los míos, que buscaron las bandejas de canapés como huida más accesible.

Se inclinó hacia mí e hizo un amago de bofetada que finalmente se me posó en la mejilla como un pellizco suave.

—Esto por la mentira —apuntó muy seria—. Pero la cretinez merece un beso de solidaridad —ahora no se quedó en amago y, en un movimiento rápido, tocó mi mejilla con sus labios—. Porque la última noche yo me porté contigo como una cretina.

—Muy agradable este juego de cretinos; tan agradable como desconcertante.

—No me extraña —parecía avergonzada, si es que ese sentimiento pudiera hallarse en una mujer como Cris—. Verás, es que llevo una racha fatal. Además, esa noche había bebido demasiado, y ya sabes lo que el alcohol hace con la lengua y los sentimientos. Olvida la locura que te pedí.

—Olvidada. Aunque reconozco que tenía su puntito tentador.

—Como todas las locuras, Ángel. Lo que necesito es un cambio de aires.

—Si quieres vacaciones, te presto unas cuantas.

—Nada de vacaciones. He solicitado una corresponsalía.

—¿Te marchas?

—Bueno, no vayamos tan deprisa, que ya sabes cómo funcionan estas cosas en la casa. He pedido Roma, Buenos Aires y Washington, a ver qué cae.

—Lo de Roma lo llevas crudo. Hablé con Lesmes hace poco y no parece dispuesto a renunciar a su cargo de virrey del Tíber. Salillas esta hasta el culo de vivir en Argentina; si te lo ganas como aliado…

—Sí, lo sé, ya lo tengo en el bote: sería capaz de pagar por el relevo. Parece que también quieren potenciar Estados Unidos, pero

está muy verde.

—Pues te van a echar de menos en la redacción. Y yo también.

—Aun a riesgo de que te suene a coba, puedo decir lo mismo respecto a ti.

Iba a responderle algo, con seguridad patoso o inconveniente, pero me pareció mejor idea estrenar a BB King. Sobre los primeros acordes de *Paying the cost to be the boss* volvió a sonar el timbre. Esta vez sí que era Miguel. Mientras subía el ascensor, rescaté a Wilma de la cocina para que se incorporase al grupo. Tras las presentaciones, y en tanto la peruana se encargaba de servir la mesa, llegó el momento de intercambiar obsequios. Lo habitual entre ambos, desde que Miguel comenzó en la universidad, era regalarnos libros. Para esta ocasión, yo había elegido *Ladrones de tinta*, novela de la que había leído muy elogiosas críticas, una obra sobre la anónima personalidad de Alonso Fernández de Avellaneda, y muy apropiada para el cuarto centenario quijotesco cuya sombra se proyectaba, por mor del presupuesto oficial, a todos los rincones del país. Él, por su parte, me hizo entrega de la última cagada de su director, una de sus habituales filípicas, uno de esos engendros con que cada dos o tres años suele despacharse contra cuanto tirio y troyano se resista a sus presiones, caprichos, paranoias y megalomanías; un mamotreto, en fin, destinado a morir de aburrimiento en el estante más sórdido de mi librería.

—No sé si te lo había dicho, Cris, pero es que aquí, Miguel, trabaja para la competencia —le expliqué para justificar el regalo filial.

—O vosotros para la mía —repuso él, no sin cierta prevención ante la tenaza que imaginaba en torno a sí.

—Hay muy buenos profesionales en la competencia, Ángel —ella medió con sonrisa afable—. Seguro que Miguel es uno de esos.

Wilma y su ceviche irrumpieron en el comedor acaparando toda atención. Y a partir de ese momento, consomé, canapés y pescado se hicieron los dueños de la mesa. Las características del plato, los detalles sobre las adecuadas proporciones de jengibre, ají o cilantro, mis interesadas glosas sobre las múltiples cualidades de la cocinera, alternaron con más o menos cáusticos comentarios sobre la actualidad política y mediática, hasta convertir el almuerzo en

escenario de bromas compartidas sobre un modoso fondo de *blues*. Y, como era de esperar, aunque absolutamente en contra de mis planes, tanto durante el refrigerio como en la afable sobremesa que siguió, Miguel solo tuvo ojos, oídos y boca para Cris, cruzando con mi fámula siquiera cuatro frases que, aunque elogiosas respecto a sus habilidades, apenas traspasaban la línea de una mera cortesía.

Entre cafés y copas, ya a solas los tres, liberada Wilma de su papel en mi frustrada farsa, surgió de Cris la idea de completar la fiesta con una buena película en su sesión de media tarde, antes de que Miguel se incorporase a su turno en el diario. Idea suscrita por unanimidad y que, en mi caso, quedaría frustrada por un nuevo reclamo del portero automático. Mi imaginación ya no admitía más visitas, aunque las sorpresas lo son precisamente por eso, por imprevistas.

Era Lucas, el marido de mi ex. Se expresaba con voz opaca, casi ceremonial, y no precisamente por el efecto distorsionador del artilugio electrónico.

—Hola, Ángel. ¿Tienes un par de minutos?

—Pues claro, hombre. Te abro.

Aguardé en la puerta observando el desplazamiento del marcapisos del ascensor e interrogándome sobre el motivo de tan inédito visitante. Jamás Lucas se había acercado a casa, a pesar de que nuestras relaciones eran todo lo educadas que pudiera exigirse a dos hombres que, aun en distintos periodos de la vida, han compartido una mujer.

—¿Vienes solo?

—Sí, Mónica se quedó en casa.

—Adelante. Estoy con Miguel y una compañera.

—¿Miguel? —dio media vuelta en dirección a las escaleras—. Mejor vuelvo en otro momento.

Lo agarré por el hombro antes de que iniciase el descenso. Algo no iba bien si evitaba así la presencia de mi hijo, es decir, de su hijastro. Y por su cara de disgusto no parecía muy generoso dejarlo ir así. Los motivos para visitarme deberían de ser suficientemente serios como para responderle con un portazo en las narices.

—Tranquilo, hombre, no te vayas. Podemos hablar en privado, si lo prefieres.

Se resistió, pero al fin logré convencerlo de que pasase a mi

despacho, una habitación cuyo acceso no exigía atravesar el comedor.

—Chicos, disculpadme un ratito que tengo una visita —me justifiqué ante la pareja—. Un vecino con problemas personales.

De regreso, instalé a Lucas en una butaca de espaldas a la puerta, protegido de cualquier irrupción imprevista. No podía negar que su presencia allí me intrigaba.

—Tú dirás.

—¿Tienes algo de beber?

Volví al comedor en busca de un par de copas, una botella de Cardhu y la cubitera.

—El hombre necesita un trago —volví a disculparme con Miguel y Cris, que conversaban animadamente sin prestar demasiada atención a mis ires y venires.

—Problema serio, entonces —apuntó ella, y yo le respondí con un gesto resignado camino del estudio.

Cumplida la demanda de Lucas, arrellanados en nuestras respectivas butacas, ansioso por escuchar las tribulaciones de mi huésped, ni siquiera me esforcé por elaborar un nuevo prefacio.

—Tú dirás.

—No debería haber venido.

—No me jodas, Lucas…

—Chssst. Baja la voz, por favor. No quiero que Miguel se entere de que estoy aquí.

—Lo siento. Venga, hombre, al grano. Te veo muy alterado. ¿Sucede algo?

—Mónica. Mónica es lo que sucede.

No pude evitar un pequeño bufido de perplejidad. Mónica nunca sucede, Mónica está, Mónica es. Desde siempre. La perpetua presencia.

—¿Habéis discutido?

—Ni siquiera. Ojalá pudiera decir que hemos discutido, pero ni siquiera de eso soy capaz.

—Traduce, hombre, que no avanzamos.

Los ojos de Lucas, vidriosos como espejos húmedos, acentuaban si cabe su expresión de batracio bajo las lentillas; un batracio afable e infantiloide, pero batracio al fin. Parecía refugiarse en la sotabarba, en los pliegues de una papada conseguida, como su

pancita, a lo largo de años de buen comer, y merced a un distanciamiento práctico de todo conflicto.

—Me he pasado la vida haciendo méritos. De niño, con mis padres. En la escuela, con los compañeros, con los amigos. En la universidad. En el trabajo. Con mi mujer… Mis mujeres. Con mis hijos. ¿Y de qué coño me sirve tanto mérito?

—Has hecho una buena carrera.

—Eso sí. La Fundación es el único sitio donde pinto algo. Pero con Mónica no hay forma de vivir.

—¿Tan mal están las cosas?

—No la soporto, Ángel. Cada día es más atosigante. Puede que tú, que has vivido casi veinte años con ella, lo entiendas.

—Dieciséis. Solo dieciséis. Los que pasó en Valencia no cuentan. Y tú apenas cumples la decena. No te toca protestar.

Ríete, pero estoy pensando en el divorcio.

Entendía perfectamente al pobre Lucas y su dilema, si es que era parecido al mío, que probablemente sí. Por una parte, la necesidad de Mónica de controlarlo todo desde su maternal atalaya. Por la mía, al menos, una aversión, que admito como casi patológica, a ser controlado.

Unos repentinos golpes en la puerta hicieron encogerse a Lucas hasta el fondo de la butaca, como si alguien le hubiese atizado con un martillo en la cabeza. Miguel me reclamaba desde el otro lado sin atreverse a pasar.

—Oye, papá —comentó en voz baja al asomarme—, no llegamos al cine. ¿Te queda mucho?

—Me temo que sí. Mejor os vais vosotros y yo me apunto después, si puedo.

Como era de temer, no pude. Lucas reclamaba toda mi capacidad como paño de lágrimas. Ahora, más liberado por la ausencia de testigos y repanchingados ambos en el sofá del comedor, con el Cardhu bien a mano, le dio por la vena filosófica.

—Mónica siempre te consideró un insensato, Ángel. No digo que tuviera razón en su juicio, pero a mí me eligió por mi extrema sensatez. ¿Dónde está el punto justo para complacer a una mujer?

—No te voy a hacer un chiste fácil. Mira, yo tengo muy poquitas ideas al respecto. Y las que tengo son fijas; mejor dicho: siempre giran en torno a los mismos ejes, y en órbitas que los años no han

logrado desviar. Así que no soy precisamente un buen consejero.

—Sí —admitió con resignación—. A veces, las palabras solo ayudan cuando no hay nada que decirse.

—Coño, esa frase es más propia de un poeta que de un científico. Todos los días se aprende algo nuevo de la gente.

—¿Y de qué me sirve ser meritorio, sensato o poeta de pacotilla si no tengo los arrestos necesarios para ponerla en su sitio? Te callas, empiezas por morderte la lengua y, cuando menos te lo esperas, te descubres mordiéndote la yugular.

Por no mordérsela a ella. Sí. El mundo está lleno de cobardes como él. Como nosotros. Como ellas, que también se muerden lo suyo.

—Atrévete a decir que no. O aprendes a decirlo o tendrás que asumir un no borrascoso y definitivo. Eso, o anestesiarte la lengua y la yugular para vivir planamente feliz.

—¿Plenamente feliz? Estás de coña.

—Planamente, Lucas. Una sola letra marca la distancia entre el cielo y el purgatorio. O el infierno, según qué casos.

—Si es que está mal de la cabeza. Lleva dos años dándome la paliza con que adoptemos. Uno de esos rusitos, o una negrita. Una nueva ilusión para la pareja, dice la muy lela.

No pude reprimir una sonora carcajada. ¿Qué extraño efluvio se había apoderado de repente de las mujeres de mi entorno para que todas quisiesen emular las virtudes de la Venus de Willendorf? ¿Habíamos entrado en el año chino de la maternidad?

—¿Adoptar un nieto? Esta Mónica…

—Ya te digo. Imposible razonar con ella.

El cenicero me vibraba sobre la pierna, como a saltitos más o menos rítmicos y absolutamente incontrolados. Un nuevo aviso del innombrable. Ni puto caso. Recto en el sofá, como un marcial centinela; tumbado, sí, pero firme frente a las insinuaciones de una musculatura que parece conjurarse contra toda orden de mi voluntad. Que aprenda quién manda aquí. Todavía me quedan manos para escribir y una cabeza que recuerda la tabla de multiplicar, a pesar del Cardhu y del sueño que, a destiempo, quiere arrebatarme las últimas horas de esta inusual fiesta de Reyes.

Quizá estaba soñando. Pero no. Había pasado poco más de una hora desde mi charla con Lucas, un palabreo que finalmente derivo

en chistes y divagaciones del todo ajenas al grave asunto que lo había llevado hasta mi casa. Cosas del alcohol, que abrasa y cauteriza heridas, y afila el ingenio antes del inevitable mazazo del sopor. Cuando lo despedí en la puerta, no pude evitar imaginarme la cara de Mónica al recibirlo en tal estado. Seguramente sería la primera vez, sin duda un buen comienzo para una nueva vida entre ellos, si es que aún existía tal posibilidad.

Quizá estaba soñando, o rumiando en la modorra los acontecimientos de las últimas horas, cuando sonó aquella llamada. De momento no asocié el nombre de Nuria con nadie conocido, hasta que ella misma pronunció la palabra mágica: Arqueológico. Sí, Nuria, la de frenéticas pestañas y labios sinuosos.

—¿Trabajas en una fecha como hoy? —farfullé—. Y a estas horas.

—Hoy no ha abierto el museo, es festivo. Y como comprenderás, prefiero hablar desde casa sobre un asunto así. Te confieso que me he estado pensando hasta ahora mismo si llamarte o no.

—Le agradezco la molestia, pero no acabo de comprender.

—Es que es un poco raro. Lo que me pediste, quiero decir.

—¿Y has tardado dos días en llegar a esa conclusión?

—No. La misma tarde de tu visita ya tenía los datos. Desde entonces llevo dándole vueltas al asunto.

—Mira. He tenido una fiesta en casa y no estoy demasiado lúcido. Puedo pasarme mañana a por esos datos y la foto.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Un silencio que se parecía bastante al denso eco de la desconfianza. Hasta que por fin se arrancó:

—Los datos los tengo. La foto, imposible.

—Bueno, menos es nada. ¿De qué se trata?

—Ese número de inventario corresponde a un rollo de cobre.

—El rollo es el que me estás metiendo tú —reí con desgana—. O el que te han metido a ti. Es imposible.

—Lo que tú digas, chato.

—¿Un rollo de cobre escrito en arameo?

—¿Escrito? De eso no dice nada, y si no lo dice la ficha, es que no hay texto.

—Te digo que tiene que haberlo. ¿Qué más cuenta la dichosa ficha?

—Poca cosa. Que ingresó en el archivo del museo en 1962, procedente de una donación de la Casa de Su Excelencia el Generalísimo.

La noticia superaba todas las presunciones. Me quedé sin respuesta.

—Supongo que sabes a quién se refiere. Es de tu época.

Seguro que había dicho esa tonta frasecita pestañeando como loca.

—Mi época, mientras siga dando guerra, es tanto aquella como esta, chata —me apoyé a conciencia en el apelativo—. ¿Nada más? ¿No explica de qué va, en lo que consiste el rollo ese ni de dónde procede?

—Nada más. Es de suponer que se arrumbó en el almacén a la espera de que alguien le prestase el debido interés para una catalogación más precisa.

—¿Seguro que no puedes conseguirme una foto? Tengo que contrastar lo del texto.

—Imposible. No puede fotografiarse lo que no existe.

—¿Cómo que no existe? —vacilé—. Me estás tomando el pelo.

—No figura entre mis aficiones eso de tomar el pelo —estaba seguro de ello. Qué pena de mujer. Con un poquito de humor, con alguna sonrisa de vez en cuando, esos labios ganarían un concurso de sensualidad—. No existe. Lo he comprobado personalmente. Y eso es lo raro.

—Estará en préstamo. Según tú, es muy habitual.

—Tan habitual que jamás sale una pieza sin haberlo reflejado previamente en su ficha correspondiente, donde queda para la eternidad. Se puede seguir la trayectoria turística de cada una de ellas a través de su ficha informatizada. No. Ese objeto no existe en el museo.

—Pero si tiene número de inventario.

—Saca tus propias conclusiones.

—Se perdió. Lo robaron. Alguien se inventó una ficha acerca de una pieza ficticia.

—Las tres son buenas. Y ahora déjame sacar las mías. Tú estabas al tanto. Y no me digas que elegiste por casualidad un número de inventario entre un millón porque serías líder mundial de bingo.

Elaboré como pude una explicación medianamente creíble. Le

dije que era por eso, por lo de Franco. Que estaba persiguiendo datos sobre el patrimonio del dictador para un proyecto editorial. Que alguien me habló de esa donación y me puso sobre la pista. Y que no pensaba que aquella ficha fuese falsa.

—Y yo me chupo el dedo. Mira, tengo que notificar esta incidencia a mis superiores para que la trasladen a quien corresponda. Cuando me pregunten cómo he conocido la sustracción, porque solo puede tratarse de eso, tendré que hablar de ti.

La niña quería apostar fuerte. Por mera dignidad personal le aguanté el envite.

—No veo necesario que notifiques nada, pero si debes hacerlo, adelante.

—A menos que me des una explicación algo más creíble.

—A ver, chata —redoblé el recochineo con la palabrita—. ¿Pretendes hacer a mi costa periodismo de investigación? ¿No tienes bastante con un gabinete de prensa? Seguro que ya eres funcionaria.

—Tengo un contrato temporal, besugo. Y lo que quiera hacer de mi vida es cosa mía. Yo me limito a avisarte: si en una semana no me has contado de qué vas, paso el informe.

El clic del teléfono me puso de muy mala leche. A estas alturas no iba a aceptar las presiones de una niñata. En el peor de los casos, la posibilidad de que transcendiese el asunto tampoco tenía por qué crearme mayor problema que unas indeseadas molestias. ¿Quién podía acusarme de nada? Aunque si Nuria se empeñaba en hacer carrera a mis expensas o en seguir por su cuenta la pista de una noticia así, podría reventar la necesidad de cautela exigida por *Judas.*

Judas. Él me había engañado, lanzándome por una rampa que, como mínimo, podía complicar mi apacible vida de parado. Tenía que pedirle explicaciones. Mejor ahora que mañana. Me senté al ordenador y redacté un correo que expresaba mi decepción, tanto por la pifia en el resultado de las pesquisas como por haberme inducido a dar ese paso. Le dije que nada tenían que ver la foto y el texto que me había enviado con el supuesto objeto correspondiente al número de inventario, un absurdo rollo de cobre que, por si fuera poco, ni siquiera existía en el museo. En tono más que subido, le

exigí una audiencia inmediata en nuestra particularísima sala de tertulia.

Y en ella estuve por espacio de veinte minutos, bajo mi habitual disfraz de *Santomé*, entre un hormiguero de *nicks* cuya presencia me iba encargando de anular para ahorrarme leer animaladas y sandeces seudoeróticas. Hasta que titiló el icono de correo entrante:

De: *Judas*
Para: *Ángel Casares*
Asunto: *RE: ME HA MENTIDO*

Estimado Ángel:

En ningún momento le hablé de pergaminos, ni de papiros. Si es usted sincero consigo mismo y hace memoria, o simplemente se molesta en repasar mi correo correspondiente, reconocerá que ese extremo es obra exclusiva de su imaginación, error probablemente inducido por la presencia de unos textos.

Por lo que respecta al rollo de cobre, debo decirle que ya conocía su ausencia del museo. Olvídese de este detalle hasta que obtenga la traducción. Y, mientras tanto, podría echar un vistazo al archivo que le adjunto. Avanza usted rápido y seguro. Enhorabuena.

Cordialmente, Judas.

Regresé al mensaje referido. Y tenía razón: nunca había hablado de pergaminos ni de nada que se le pareciese. Se limitó a enviarme esa foto con el texto y el dichoso número de inventario del museo. Ambos aparecían relacionados, pero en absoluto hablaba de identidad. Todo había sido una errónea asociación de ideas por mi parte.

Con la certidumbre de que había vuelto a embaucarme, abrí el archivo. Era un recorte de periódico. Antiguo. Por tipografía y maquetación podría corresponder perfectamente al viejo *Ya*. En el suelto, dos fotografías encabezaban el texto. La más destacada encuadraba un coche al borde de una extensión de agua, junto al que un par de individuos, con indumentarias que sugerían los años

cincuenta o sesenta, evolucionaba a su aire, sin actitud de pose, en torno al vehículo. La segunda, obtenida probablemente de un carné de identidad, pertenecía a un varon mayor, setentón, que, aun chupado de cara y casi calvo, ofrecía una cierta pátina de elegancia. Bajo ellas, la noticia:

CADÁVER DE ANTICUARIO EN UN PANTANO

Ramiro Miravalles desapareció hace dos meses

Madrid, 16 (Cifra). —El cadáver de Ramiro Miravalles, de quien no había referencias desde hace casi dos meses, ha sido encontrado en el interior del coche de su propiedad, que apareció hundido en las aguas del embalse de Puentes Viejas, junto a la localidad de Buitrago del Lozoya.

El señor Miravalles, conocido anticuario del madrileño barrio de Salamanca, respetado por profesionales de su gremio dentro y fuera de España, contaba con la Gran Cruz del Mérito Civil entre otras distinciones honoríficas. Las últimas noticias sobre el fallecido se remiten a finales de noviembre, cuando unos vecinos dieron aviso de su desaparición tras observar durante varios días que permanecía cerrada la sala de antigüedades que aquél regentaba en la calle Columela.

Por el momento, y a la espera de las correspondientes pesquisas policiales, se ignora si tan trágico desenlace se debió a un desgraciado accidente, o bien a un acto delictivo.

El archivo de *Judas* se cerraba con un texto:

Es una noticia de enero de 1964. Dos personas podrían hablarle de ello:

Hipólito Alenza, anticuario burgalés.

Samuel Banon, rabino en la gran sinagoga de Madrid durante los años sesenta.

También podría hacerlo el padre Arsenio Grebas, pero no merece la pena que pierda un minuto buscándolo porque,

desgraciadamente, hace más de quince años que murió.

En las fechas posteriores hubo madrugadas de carámbanos en las fuentes y palomas congeladas en las ramas. Salir a la calle sin necesidad era puro exhibicionismo. A estas alturas, mi proyecto de novela había pasado ya a segundo término y me dedicaba a anotar ideas y dar vueltas en la cabeza a los últimos datos sobre el asunto que *Judas* me había hecho llegar. Parte de mí se sentía como un sucio desertor digno del paredón; la contraria, excusaba cualquier abandono en virtud de una historia que, sinceramente, cada vez me atrapaba más.

Mis primeras gestiones en los buscadores de Internet fueron un fracaso. Había tecleado *auticuario+Burgos+Alenza* sin obtener ningún resultado. Y el cambio de *anticuario* por *antigüedades* ofrecía siete entradas que nada tenían que ver con el objeto de mi interés. Tampoco Ramiro Miravalles rendía fruto alguno, ni Arsenio Grebas. En cuanto a Samuel Banon, las únicas referencias aparecían en inglés y francés, sin la menor relación con un hombre a quien había que suponer un respetable anciano a aquellas alturas. Decepcionante.

Gasté la siguiente pólvora en uno de los innumerables operadores de información telefónica, intentando averiguar algo sobre Alenza. Pero no había nada con ese apellido en la ciudad de Burgos relacionado con antigüedades. Y nada más que tres comercios: una ferretería, una imprenta y otra de alquiler de maquinaria pesada. Lo intenté luego simplemente con el apellido, hasta conseguir un Alenza Suárez
H.
que por la inicial del nombre de pila podría corresponder a Hipólito. Llamé de inmediato, sin obtener contestación.

Hacía un frío de perros, pero ante la ausencia de resultados sobre Alenza me decidí a visitar la gran sinagoga. La primera impresión al llegar a sus alrededores resulta un tanto paradójica, casi sarcástica, por el hecho de que el templo hebreo se halle casi al lado de la calle Santísima Trinidad. Solo unos pocos pasos entre el dios uno e innombrable y el dios trino y plurinacional. A medida que te acercas al final de una corta perpendicular sin salida, la de

Balmes, pareces dirigirte a una de aquellas iglesias de barrio obrero de los setenta instaladas en los bajos de un bloque de viviendas o en un antiguo garaje. Luego, al entrar en el portal, que de hecho pertenece a una finca de vecinos, el portero, a cuyo cargo queda un sistema electrónico de acceso, te niega el paso. Tiene varias kipás sobre la mesa, encajadas unas sobre otras como cuencos de arroz boca abajo, y destinadas a cubrir la coronilla de visitantes gentiles o desmemoriados. Pero no se puede entrar allí, a no ser que lo hagas acompañado por algún miembro de la comunidad hebrea. Motivos de seguridad. El nombre de Samuel Banon, afortunadamente, no resultó extraño a los oídos del portero, y me permití dejarle una tarjeta para que, en cuanto hubiese ocasión, le hiciera llegar al rabino mi interés por hablar con él.

También visité la emisora, por primera vez desde mi forzado exilio, con la intención de escarbar en sus archivos. Cuando aparecí en la redacción, la mitad del personal me recibió más o menos como a un héroe. La otra mitad hizo que no me había visto o cumplió el expediente con un gesto a distancia. Tampoco había pasado tanto tiempo como para esperar que el panorama hubiese cambiado. Cris, en particular, me saludó con un par de sonoros besos que restallaron como latigazos para envidia de los desafectos.

—¿Qué tal la película que me perdí?

—Renunciamos al cine. Estuvimos casi tres horas charlando.

—Cuidado, que aquí te pueden acusar de colaboración con el adversario. ¿Y qué te pareció Miguel?

—De tal palo, tal astilla: encantador.

—Espero que no me haga la competencia contigo.

—Tú no tienes competencia, cielo —y salió pitando hacia el locutorio antes de que el director del informativo demandase su nombre a voz en grito.

Alonso era un tipo largo, con perfil de buitre y cresta de gallo. Asequible, y con la autonomía que se le presupone a quien lleva casi media vida en la casa, me facilitó el acceso al archivo sin la menor pega. En la consulta informática reclamé el nombre de Miravalles. Había tres archivos, entre ellos el que me había enviado *Judas*, que, efectivamente, pertenecía al *Ya*, y otros dos, casi calcados, de *PUEBLO* y *ABC*. Nada nuevo, teniendo en cuenta que la noticia era de agencia y había sido fielmente reproducida por los

diarios. Más tarde, en la hemeroteca, directamente con los volúmenes, hice un minucioso seguimiento hasta finales del mes de enero sin obtener ningún dato de relevancia. Tan solo *PUEBLO* se preocupó del caso con tres reportajes de color que incluían fotos, más antiguas que recientes, del propio Miravalles y su negocio, alguna declaración anónima de vecinos y conocidos de la víctima, y un inventario de sus muchos méritos profesionales y patrios. En cuanto a la investigación policial, vaguedades demostrativas de que el reportero no había logrado el menor soplo en su rastreo, si es que lo intentó.

A la espera de que la peculiar profesora asociada Araceli Zúñiga de Entresotos me llamase con noticias sobre su traducción, harto de llamar al tal Alenza Suárez
H.
, que no descolgaba el teléfono ni de día ni de noche, y antes de que se cumpliese la anunciada semana de tregua, me llamó la mosquita cojonera. Nuria y su ultimátum: al día siguiente pasaría la notificación. Le di largas con el argumento de que aún lo estaba investigando, que seguía una buena pista, y que en cuanto tuviese la menor confirmación la pondría en sus manos. Y le juré por las dos hijas que nunca tuve que no publicaría nada hasta que ella se apuntase la medalla institucional, de forma que, incluso, podría citarla como la sagaz sabuesa que descubrió el pastel. Tragó, no sin amenazarme previamente con que, si en algún momento el asunto saltaba a los medios sin su previo conocimiento, me la iba a cargar.

La mañana siguiente Burgos era noticia. Trágica noticia. La radio informaba de doce víctimas por una explosión de combustible en los bajos de un edificio de viviendas. Dramática coincidencia. Llevaba varios días con Burgos rondándome los sesos y, repentinamente, la tranquila ciudad castellana saltaba al primer plano nacional, a los oídos de millones de oyentes. A veces sucede. Seguro que todo el mundo ha vivido parecida situación. Eso de pensar en alguien a quien no ves durante años y que raramente ha ocupado el menor hueco en tus reflexiones y, de pronto, te llama por teléfono o te lo encuentras en el lugar más inopinado. Para mí, Burgos jamás había significado otra cosa que un nombre en un mapa; de hecho, nunca había visitado la ciudad. Y en cuestión de días se había convertido en una presencia casi omnipresente. Con el

malgusto de la tragedia en la boca, volví a llamar al dichoso Alenza Suárez, y esta vez sí que descolgaron el teléfono. Pero no era ningún Hipólito, sino un tal Hugo Alenza, quien dijo no tener ningún pariente llamado así, ni la menor idea sobre antigüedades. Había que empezar la ronda de nuevo. Pero de momento me tiraba más Ramiro Miravalles.

Excepto que topes con un cenutrio, que pudiera ser, como lo demostraba el caso de Nuria, los currantes de oficinas de prensa suelen ser diligentes y amables con los colegas, al menos cuando estos acuden desde un plano de humildad tal que a ellos les permita ejercer magnánimamente la virtud de enseñar al que no sabe. La de la Dirección General de la Policía no es una excepción, por eso no me extrañó en absoluto la disponibilidad de quien pasaba por allí cuando mi llamada sonó. Tras identificarme como documentalista de la emisora, el joven al otro lado de la línea hizo lo propio con su cargo: redactor de a pie. No viene al caso su nombre, pero le debo todo mi reconocimiento por sus prestaciones de lazarillo en un terreno que nunca antes había pisado.

—En fin —intenté ganármelo con buen tono—, teniendo en cuenta que eres de la poli, no voy a engañarte, por si las moscas. Me acabo de prejubilar.

—Dichoso tú. ¿Y a qué te dedicas?

—Pues chico, ahora sopitas y buen vino. Escribo novelas.

—Déjame adivinarlo: policíacas.

—No exactamente. Bueno, no estoy muy seguro. El caso es que me gustaría saber si se puede consultar un expediente de 1964.

—¿Se cerró en esa fecha?

—Supongo. Se trata de la muerte de un tal Ramiro Miravalles.

—Si no hay problemas secundarios, es un caso de libre consulta porque el expediente se cerró hace más de veinticinco años.

—Buenas noticias.

—Pero tienes que pasar por el trámite burocrático. Dirige una instancia al secretario general técnico del departamento describiendo con detalle qué expediente deseas consultar y con qué finalidad. En una semana o poco más tienes acceso.

—¿No podría ser antes?

—Siempre para ayer. Venga, dame detalles y te lo muevo, a ver si puede acelerarse. Pero no te olvides de la solicitud oficial.

Esa misma mañana, como probo ciudadano, acudí a cumplimentar mi instancia con la esperanza de que el enchufe funcionase allí como funciona en otros ministerios. Y dediqué la tarde a las páginas profesionales de Internet, buscando directamente salas de antigüedades en Burgos. Había seis. De arriba abajo, y una por una, ataqué la lista. La primera no respondía al teléfono. La segunda, agua: ni idea de Alenza, y lo mismo con la tercera. A la cuarta, y en una sala llamada LA PIEDAD, una voz cascada me ofreció esa frase (—Yo soy.) con la que venía soñando desde días atrás. Me presenté a él como investigador del patrimonio de los Franco. En apariencia confuso, me aseguró que no disponía en su catálogo de nada que pudiera servirme. Insistí en mi interés por charlar con él al respecto. Huidizo esta vez (— No creo que pueda ayudarlo.), consideré más atinado no forzar la situación.

—Tengo que ir necesariamente a Burgos un día de estos. Le haré una visita.

Por fin podía brindar por algo tras una semana de decepciones. Y el brindis se hizo doble cuando, esa misma tarde, Araceli Zúñiga de Entresotos me llamó para, entre excusas (—Siento no haber podido llamar antes, pero he dispuesto de poco tiempo.), comunicarme que había terminado su trabajo.

La noche me trajo cosas extrañas. Sueños indefinidos, ni siquiera recordables como una sucesión de secuencias coherentes. Apenas un paisaje lúgubre donde entraban y salían la profesora, el elegante cadáver del pantano e infinidad de murciélagos y seres supuestamente nocturnos.

La profesora de ilustres y sonoros apellidos me había citado a la salida de misa de doce en la iglesia de los Sacramentinos, en el arranque de la calle Sainz de Baranda. Lugar de cita tan inusitado como la propia convocante, pero no estaba para poner pegas cuando el precio de mi destemplanza era la tan ansiada traducción. Aun así, y por exceso de celo en mi puntualidad, hube de refugiarme en un bar cercano desde donde se divisaba la puerta del templo. Entre sorbo y sorbo de un reconfortante café con leche, dispuesto a correr hasta allí en cuanto la avalancha de fieles inundase las escaleras, sonó el móvil. Era un tal Jacobo Banon, hijo del rabino.

—Dejó usted su número en la sinagoga. ¿Qué desea de mi

padre?

—Gracias por responder. Escribo sobre el patrimonio de los Franco en los años sesenta, y creo que él podría ayudarme con sus recuerdos, si es tan amable de recibirme.

—No está en Madrid. Pasa con nosotros una temporada.

—Podría desplazarme yo.

—¿Hasta Viena?

—Un poco lejos —admití, desconcertado—. Aunque, si su estancia allí va para largo, estoy dispuesto.

—Aguarde un momento.

A su petición le siguió un largo silencio. Finalmente, recuperó el habla para anunciarme que Samuel Banon me recibiría a su vuelta, en su casa de Madrid, el martes 25 a media tarde. Aún quedaban nueve días, pero unos minutos antes el plazo era infinito, todo un progreso. El nuevo paso adelante me animo a salir y afrontar la fresca hasta el final de misa. Fue ella quien me abordó, tendiendo su mano en busca de la mía. Apenas había cambiado su aspecto desde el día que la conocí. No tan opaco merced a una diadema de plástico azul que le protegía un poco el pelo de los efectos de la ventolera, pero igualmente mustio, como si el descuido de su propia imagen fuese un acto minuciosamente diseñado.

Tras las primeras y formales salutaciones comenzó a andar, con ese levísimo aunque apreciable bamboleo hacia la izquierda que, a pesar del zapato bajo, denunciaba su cojera. Seguí sus pasos hasta el Retiro, y solo cuando hubimos franqueado su acceso y nos aventuramos en los jardines habló del asunto que nos había unido.

—Efectivamente, es arameo. Por su estructura lingüística, arameo palestino de entre los siglos primero antes y después de Cristo. Por su contenido, y aceptando que no se trate de la falsificación de un gran experto, de nuestra era. Rarísimo, porque quedan muy pocos testimonios de aquella época en esa lengua.

—¿Y qué dice?

—Lo tengo por escrito, en mi bolso, pero antes tiene que explicarme a qué se debe esta broma de mal gusto.

¿Una nueva sorpresa de *Judas*, como me sucedió con Nuria? Hacía un viento que pelaba los huesos, y discutir en aquel escenario de ramas ululantes y nariz húmeda no parecía lo más apetecible.

—Demasiadas molestias, para usted y para mí, si se tratase de

una broma.

—¿A qué documento pertenece? ¿O se trata de uno de esos ridículos jueguecitos entre académicos?

—Tengo las mismas dudas que usted, Araceli, por eso pedí su ayuda. Me lo envió un amigo que ha tenido acceso al original.

—Usted me entregó una reproducción retocada.

—Dispongo de una foto que se supone pertenece al texto originario.

—¿Será tan amable de ensenármela?

Sí, exactamente. Como la mosca cojonera del museo. Quería saber, exigía su cuota. Con una diferencia, a pesar de todo, pues mientras de Nuria podía prescindir sin complejos, los conocimientos de Araceli me eran indispensables.

—Y usted —sorteé su pregunta—, ¿sería tan amable de entregarme esa traducción?

—Después de ver la foto y charlar un rato. Me gustaría reservarme ese derecho como premio.

—Tendrá que acompañarme a casa —acepté con resignación—. Está en mi ordenador.

—No quiero ser una molestia para sus planes familiares de fin de semana. Tal vez en otro momento.

—No existen. Ni familia, ni planes. Vivo solo.

Tomamos un taxi hasta casa. Durante el trayecto cambio radicalmente de tema, explayándose en los muchos compromisos sobrevenidos con la reanudación del curso y su asistencia a un máster celebrado en Salamanca. Y, por supuesto, del retraso que el excesivo trabajo había causado en el cumplimiento de su compromiso de traducir para mí aquellas inextricables líneas.

Al entrar, y contraviniendo ese tópico femenino de innata curiosidad por lo doméstico, ni siquiera se tomó la molestia de echar un reojo a la casa. Me siguió como un perrillo faldero hasta el ordenador, frente al que dispuse de una silla para ella. Cuando se calzó las gafas y vio la foto, quedó embobada ante la pantalla, observándola en silencio al principio, para pedirme después sucesivas ampliaciones hasta donde fue posible conservar la nitidez.

—O’Callaghan habría disfrutado con esto —musitó.

—¿Un irlandés?

—Catalán. José O’Callaghan, jesuita. Uno de nuestros más

ilustres papirólogos, falleció hace cuatro años, pero durante los últimos treinta revolucionó las teorías sobre la antigüedad del Nuevo Testamento.

—¿Esa foto corresponde a un texto del Nuevo Testamento?

—No, en absoluto.

Aún contempló durante un rato el monitor. Sin pronunciar palabra, empeñada quizá en obtener de él algún tipo de información complementaria, como si no existiera nadie a su lado reclamándole explicaciones.

—Supongo que habrá oído hablar de Qumrán —dijo, por fin.

—Poca cosa. ¿Se refiere a las cuevas junto al mar Muerto?

A esas me refiero. Desde 1946 se han hallado en ellas casi mil manuscritos redactados en hebreo, arameo y griego, cuya antigüedad abarca un periodo de trescientos años desde el siglo segundo antes de Cristo.

—Un pelotazo arqueológico.

El más importante del siglo, aunque parte del material está muy deteriorado. Pero le hablaba de

O'Callaghan.

En 1972, y basándose en fragmentos de aquellos papiros escritos en griego, aseguró que se trataba de versículos del Evangelio de Marcos, Hechos de los Apóstoles y diversas epístolas. De ser cierto, y todo parece indicar que sí, la fecha de redacción de esas copias tiene que ser necesariamente anterior en varios decenios a la oficialmente considerada hasta hoy.

En fin, no se lo tome a mal. Admiro su erudición, pero se supone que estamos hablando de esta foto.

O'Callaghan trabajaba con trocitos de papiro. Pero esto, si no se trata de un fraude, es muy diferente. Tiene todo el aspecto de un documento de cobre.

—¿También usted? No me irá a decir que se trata de un rollo de cobre.

En su origen. Parece un rollo seccionado y unido después para formar un plano. ¿Ve esas líneas rectas que parecen subrayar parte del texto? No son guías caligráficas, sino junturas artificiales.

Así que *Judas* tenía razón: rollo y texto estaban directamente relacionados, pero no se trataba de papiros ni pergaminos. Ni me había mentido, ni todo lo contrario. Tan sutil como de costumbre.

—¿Por qué escribir en un material tan caro? Es como si ahora alguien decidiera editar un libro en láminas de titanio en lugar de papel.

—Ha puesto un ejemplo perfecto: porque, por caro que sea, es mucho más resistente que el papel. Escribirían en cobre aquello que considerasen de vital importancia. Y así lo hicieron en algún caso.

—Sea más explícita, si no le importa.

—Uno de los hallazgos más llamativos de Qumrán es, precisamente, un rollo de cobre. En puridad, se trata de dos rollos, pero al pertenecer a la primera y segunda parte de un mismo documento se consideran como uno. Los autores, tras escribir sobre aquellas finas placas, las enrollaron como si de pergaminos de cuero se tratase. Cuando se descubrieron, en 1952, estaban muy oxidadas y el riesgo de romperlas si se intentaban desplegar era máximo. El profesor Henry Wright, de la Universidad de Mánchester, ideó una máquina para trocear en tiras el material y acceder así a su contenido, perfectamente legible.

—¿Y qué tesoro guardaba?

—Exactamente eso: la lista de un tesoro y la descripción de los escondrijos donde habría sido repartido. Hasta hubo quien organizó excavaciones clandestinas en su busca, pensando que se trataba del tesoro del templo de Jerusalén, puesto a salvo antes de la destrucción de la ciudad.

—Ahora es usted quien bromea.

—No, por favor. La literatura de Qumrán y, dentro de ella, el llamado Rollo de Cobre, forma parte del programa oficial de asignaturas para licenciarse en filología hebrea. La hipótesis más aceptada es que fueron los zelotas, el partido extremista que tomó el poder antes de la última y definitiva guerra, quienes redactaron ese inventario para la posteridad y lo depositaron, junto con otros muchos documentos religiosos, en algún lugar a salvo de la rapiña romana.

—Y usted piensa que esa foto corresponde a un documento similar.

—Me resisto a creerlo. Al menos, por dos razones. La primera, porque no está catalogado. La segunda, por su contenido.

Araceli Zúñiga de Entresotos parecía disfrutar compartiendo, o al menos divulgando ante mis atónitos oídos, sus conocimientos

respecto al mundillo bíblico y arqueológico; aunque, como si de la lista de un tesoro en molde de cobre se tratase, guardaba para sí la revelación del texto que yo le había confiado. Lo cierto es que, en parte por interés y en parte por caballerosidad, esa moratoria que parecía haberse impuesto hasta el momento justo de entregarme lo prometido no acentuaba mi impaciencia. Bien al contrario, engendraba en mí una especie de mórbido placer el hecho de escuchar aquella voz entonada, sin estridencias, con los altibajos necesarios para hacerte creer que estabas disfrutando de algo parecido a la música. Y como, por otra parte, no podían negársele cualidades pedagógicas, se nos vino encima la hora de comer sin que nos diésemos cuenta. Le ofrecí bajar a un restaurante del barrio donde podríamos seguir la charla, si es que no tenía compromisos. No los tenía, pero sugirió que preparásemos un par de sándwiches.

Entre bocado y bocado, me detalló los controvertidos trabajos del papirólogo catalán y las mil y una maravillas arqueológicas de la zona. Cuevas sembradas de manuscritos a lo largo de la costa del mar Muerto, desde Qumrán, pasando por el Wadi
Murabba’at,
hasta Masada, la última plaza de resistencia judía, que cayó el año 73. La propia Qumrán, defendida por zelotes, fue arrasada por los romanos en el 68, durante la campana contra Jericó, y estos la convinieron en plaza militar durante los veintitantos años posteriores.

—Estuve allí durante mi curso de posgrado en la Universidad Hebrea de Jerusalén —confesó con comedido orgullo—. En las cuevas y en las ruinas del enclave. Y en su cementerio, donde se alinean, casi con perfección geométrica, más de mil enterramientos, la mayoría de varones.

—Un sitio inolvidable.

—No sabe hasta qué punto. Me despeñé por uno de aquellos riscos para cabras y me rompí una pierna. Menos mal que tengo la cabeza dura. Me intervinieron en Tel Aviv y, dentro de lo que cabe, no salí mal parada, si obviamos la cojera.

—¿Cojera? —fingí—. Apenas se le nota.

—La galantería es la mentira más gratuita e innecesaria, señor Casares. Y, hablando de franqueza, vamos al grano. Mire, tengo sumo interés en este peregrino asunto, y le solicito, desde mi más

cabal profesionalidad, participar de él hasta las últimas consecuencias.

La profesora abordaba la segunda fase de su ofensiva. Contemplar la foto había sido solo el primer peldaño para escalar la torre, vencer las defensas y hacerse con el estandarte. Mi cabeza barajaba todos los argumentos a favor y en contra de su propuesta cuando ella me presentó, con aplastante nitidez, el resumen de la situación:

—Piense que si alguna vez dispone del texto completo tendrá que pedir ayuda a alguien, y ningún filólogo serio renunciaría a meter la nariz en un asunto aparentemente tan jugoso. Al fin y al cabo, mi nariz ya la tiene dentro.

La observé, rumiando su propuesta. Era evidente que había prendido en ella un fuerte interés por el asunto, que no iba a aflojar su presa, que ese brillo en sus ojos de luna los tornaba casi bonitos y hasta podría descubrirse en ellos algo parecido a la pasión. Pero, en fin, esas eran apreciaciones que no venían al caso.

—De acuerdo. Formamos equipo —extendió su mano y la estreche en un gesto de compromiso que tenía sabor a lealtad—. Pero usted y yo solos. No quiero más narices dentro que las suyas. Ni movimientos por su parte sin contar conmigo. Y ahora, de una puñetera vez, ¿quiere mostrarme esa traducción?

Abrió su bolso y extrajo un par de folios doblados. Me entregó el primero, aquel que yo le había dado en su despacho universitario. Mantuvo el segundo en vilo, a media distancia de ambos, como si hasta el último segundo calibrase el alcance de lo que iba a hacer.

—Es una traducción —comentó antes de depositarlo en mi mano— lo más ajustada posible a nuestro castellano actual, ahorrando arcaísmos y giros estilistas que complicarían su lectura. Ya le digo que, de ser auténtico, este texto pertenece al siglo I, aunque sin un análisis científico del soporte no podemos descartar que se trate de un fraude.

Asentí sin prestar mucha atención a su exordio. Estaba deseando leer aquellas líneas redactadas en ordenador.

Yo, Jonás, hijo de Judas el Iscariote, cumplida ya la trigésima Pascua desde que Jesús, el Rabino nazareo, fue colgado del madero, pongo la palabra en nombre de mi padre muerto.

Yo hablo en su nombre desde el desierto donde su cuerpo yace y

donde habrá de yacer el mío cuando mis últimos días se cumplan.

Yo tomo su palabra, por mí y por otros escuchada, para decir verdad y no mentira.

Yo hablo en su nombre después de haber guardado el luto que le debo, y de no comer sino migajas y no beber sino agua como la regla exige a los que buscan la pureza.

Yo pongo la voz en nombre de mi padre muerto por separar el grano de la paja, y para ofrecer aquel al hombre íntegro como higiénico alimento, y arrojar la otra para sustento de las bestias.

Yo, Jonás, hijo de Judas el Iscariote, pongo la palabra en nombre de mi padre, y en nombre de cuantos discípulos de la Ley sufrieron con él por la justicia.

—Sorprendente —es lo único que pude decir.

—Parece ser un preámbulo.

—Pues si esto es el preámbulo, es de suponer que el resto merecerá la pena. Aquella gente tenía una afición desmedida por el desierto. ¿A cuál de ellos se refiere?

—Según la convicción más actual, cada vez que lea usted en los Evangelios la palabra desierto, debería apuntar, con un noventa por ciento de probabilidades, a lo que hoy conocemos como Qumrán y los alrededores del mar Muerto, hasta Masada, en el sur. Extensivamente, el desierto de Judea.

Un texto del año 63, más o menos. Desde luego, anterior al 68, y según el cual Judas no consumó el suicidio, sino que vivió casi treinta años más y fue enterrado, quizá, en esa necrópolis que Araceli había conocido. Revolucionario.

—¿Se imagina que entre aquellos restos que usted vio estuviera la osamenta de Judas?

—Pues no, no puedo imaginarlo porque no creo en la autenticidad de ese texto. Tiene que ser un montaje. No sé con qué objeto, pero un montaje.

—En ese caso, ¿a qué tanto interés por meter su nariz en este asunto?

—Precisamente por eso, para poder confirmar su falsedad. Contraviene todo lo que se ha venido aceptando desde hace veinte siglos.

Así que quería desempeñar el papel de abogada del diablo. Para eso estaba yo, ni más ni menos. Le reproché, en buen tono, que

adoptase la misma postura de quienes, sin argumentos y basándose en los convencionalismos de la ciencia, atacaron las fundadas hipótesis de su admirado José
O'Callaghan.

—Quiero encontrar esos argumentosrepuso.

—¿Y en caso contrario; si, finalmente, fuera cierto?

Ahora meditó la respuesta. Y salió por donde yo no esperaba.

—Soy creyente. ¿Sabe lo que significa eso?

—Me hago una idea bastante aproximada: que su fe puede más que la verdad.

—Verdad es una palabra demasiado grande en la que caben millones de verdades de andar por casa.

—No intentaba filosofar. Exponía un hecho más que simple: si Judas no se suicidó tal y como se ha venido admitiendo, sino que murió en la vejez y dictó algo parecido a sus memorias, los primeros escritores cristianos mintieron.

—O desconocían el hecho.

Acepté de buen humor su frase de descargo: siempre hay que partir de la presunción de inocencia. Pero, así entendido, objeté, de considerar como error involuntario el origen de aquella tradición, su fe quedaba a salvo. Después de todo, ¿qué problema podría derivarse de admitir que el traidor sobrevivió?

—Realmente, no afecta a ningún planteamiento dogmático —convino—, pero el coste del debate público sería muy alto.

—¿Y a usted qué? No será monja —y me apresuré a aclarar ante su gesto—. Monja seglar, quiero decir.

—¿Lo parezco?

—Bueno, por su aspecto más que austero. Por su contumacia en vestir así. Parece empeñada en no arreglarse para evitar una imagen…

—¿Menos misántropa, menos antipática?

—O más atractiva.

—Me importa poco la imagen. Vivo para mi trabajo, es lo único que me interesa.

—Disculpe, no quería entrar en terrenos personales.

—Mejor así. ¿Podría darme una copia de esa foto?

—Ni lo sueñe. Una cosa es que la haga partícipe, y otra muy distinta que distribuya un material que hay que conservar en el

ámbito de lo privado. Me ha prometido que no actuará por su cuenta sin previo acuerdo.

—Y así será. Pero, para ser justos, al menos deberíamos compartir información. Hábleme de su amigo, de cómo obtuvo esa foto y de cuanto sepa al respecto. A lo mejor puedo orientarlo.

Sin profundizar en exceso en detalles sobre la personalidad de mi *amigo*, le confié los rasgos más generales: lo del rollo de cobre que no existía en el museo, su presunta pertenencia al patrimonio de Franco y los cuatro nombres que, supuestamente, habían tenido relación con los hechos y me traían de cabeza. Los de Miravalles, Alenza y Banon no le dijeron nada, pero sí el de Arsenio Grebas.

—Grebas me suena por referencias. Era un dominico de la Escuela de Estudios Bíblicos de Jerusalén.

—¿Un organismo oficial judío?

—Ni mucho menos. Depende la de Congregación para la Doctrina de la Fe.

—Leches, la Inquisición. ¿Ese negociado no lo llevaba últimamente Ratzinger?

—Sigue llevándolo, como usted dice, pero no tiene nada que ver con la Inquisición.

—Pues el Santo Oficio, qué más dará el nombre. Lagarto, lagarto.

—De todas formas —se desentendió de mis diatribas—, Grebas falleció hace mucho, así que no puede ayudarnos.

—Eso parece, pero sí los otros dos. Con el rabino tengo una cita el día 25. Y conecté con Alenza, que vive en Burgos. Me acercaré mañana a saludarlo —ella hizo un mohín de desagrado—. La mantendré al corriente, palabra.

—¿No sería posible posponer esta última visita? Por favor, me gustaría participar en esas entrevistas, pero de lunes a viernes se me hace difícil dejar las clases, y el fin de semana próximo tengo que asistir a un seminario en Córdoba.

No me hacía gracia retrasar los planes: cuando tienes la fuente al alcance del micrófono, cualquier dilación puede espantarla y dejarte con un palmo de narices. Pero acepté.

—¿El 24, entonces? De acuerdo, dedicaremos lunes y martes a nuestros dos personajes. Pero con una condición en ambas visitas: prohibido el color negro en su atuendo.

Los usuarios del chat de cibersexo no parecían especialmente madrugadores. En aquellas tempranas horas de lunes apenas asomaba algún *nick* de tarde en tarde, para desaparecer casi de inmediato, como rapaz que planease durante unos segundos en busca de presa y, defraudado, aleteara rápidamente en dirección a valles más promisorios. Porque mi *Santomé*, todo hay que decirlo, aguantó imperturbable sus asechanzas. La noche previa, apenas Araceli abandonó mi casa poniendo fin a una tarde de larguísima e interesante plática, había anunciado a *Judas que* ya disponía de la traducción, solicitándole el resto del documento. Y él, a través de un correo, me había dado cita en nuestro nidito de confidencias.

Por fin, *Dama de Picas* apareció en la sala. A pesar de mi necesidad de respuestas inmediatas, mantuve mis dedos quietos hasta que ella o él —cada día se derrumbaba un poco más mi presunción inicial acerca de su feminidad— diera señales de vida. La sintonía del móvil, sin embargo, se adelantó a ambos. Lo alcancé maldiciendo la inoportunidad del comunicante, y el fastidio se tornó en inquietud cuando leí el nombre de Mónica en la pantallita. Sin perder de vista el monitor, respondí con una desganada frase que resumía mi sorpresa tanto por su llamada como por recibirla tan a deshora.

—Lucas está muy raro —dijo sin preámbulos.

—Llama a urgencias.

—No está enfermo. Está distinto.

—¿Distinto a qué?

—Pues a qué va a ser. A sí mismo.

—Explícate.

En ese momento, el monitor reclamó mi atención:

Dama de Picas: Enhorabuena, Ángel. ¿En serio ha logrado esa traducción?

Santomé: Desde luego.

—Lleva unos días que no hay quien lo aguante —Mónica impostaba la voz para alcanzar su acostumbrado tono de anciana tía airada—. Por toda protesta, gruñe como nunca lo había hecho. No sé, muy raro.

Dama de Picas: ¿Por qué no me la envía?

Santomé: ¿Pretende conseguirla a costa de mis esfuerzos?

—¿Le has preguntado qué le pasa?

—Claro, pero sus explicaciones son ridículas. Anoche mismo, por ejemplo, se empeñó en cambiar de sitio el reloj del tocador. Lleva allí desde que nos casamos, y de repente decide que está harto de verlo ahí, que ese no es lugar para un reloj de pie.

—Ya.

Dama de Picas: No sea crío. No lo necesito como traductor. Hace mucho que leí ese texto.

Santomé: Tengo una llamada telefónica. Un minuto y estoy con usted, no se vaya.

—El otro día habíamos quedado a cenar en casa de unos amigos, una familia que conozco de toda la vida y con la que nos llevamos muy bien. Pues media hora antes de salir, justo cuando nos estábamos arreglando, decide que no va, que se queda. ¿Por que? Porque le apetece tirarse en el sofá y enchufarse a una película de gánsteres, de esas de los cincuenta, que debe de haber visto un millón de veces. Así, de este tipo, son sus explicaciones.

Dejé vía libre a la sonrisa que pugnaba por asomarse. Lucas le estaba diciendo que no. A su modo, claro, pero cada uno hace lo que puede, o lo que sabe hacer.

—¿Qué has dicho? —sin duda, la sonrisa había sido algo más que un plegamiento muscular, una expresión sonora que ella percibió como inconclusa respuesta a su desasosiego.

—Nada, nada… Pues no sé, supongo que estará pasando una mala racha, replanteándose cosas, su vida…

—Sí, hombre. A la vejez, viruelas.

—Eso suele suceder, ¿sabes? Y la edad no cuenta. Somos muchos nacimientos y muertes sucesivas, no columnas de granito.

—No empieces con tus ideas gloriosas. A ver, ¿por qué te separaste de mí?

La frase me dejó aturdido. Era una pregunta que jamás había aparecido en su boca y, formulada después de diez años del momento propicio, tenía sabor a naftalina, a conserva caducada.

—Creo recordar que fue por mutuo acuerdo.

—Sí, pero tendrías tus motivos.

—Como tú los tuyos. ¿A qué viene ahora ese interés?

—Necesito saberlo.

—Mira, estoy seguro de que hicimos muy bien, y de que lo hicimos muy bien. La prueba es que seguimos siendo amigos, ¿no?

—Por eso te lo pregunto, Ángel. Por favor, dímelo. ¿Qué te separó de mí?

—No sé… A estas alturas no te voy a explicar cómo son estas cosas. Se muere la pasión, falta chispa, la rutina se te queda a vivir dentro y te fosiliza…

—Sí, sí, los argumentos universales, pero para llegar a eso, forzosamente tienes que ver en el otro algo que no te gusta.

—Pequeñas cosas que se acumulan día a día, como el polvo en los muebles. No son grandes en sí mismas, pero juntas pueden formar una costra bastante jodida.

—Y por lo que a mí respecta, ¿qué pequeñas cosas?

Santomé: Sigo hablando. Enseguida acabo.

—Mira, Mónica, palabra que ni me acuerdo.

—Mi matrimonio se viene abajo. Por segunda vez. Y, aunque en ambos casos los dos seáis para echaros de comer aparte, yo soy el factor común. Me gustaría saber qué hay en mí que pueda provocarlo.

Bastante era haber experimentado un proceso de degradación afectiva con ella como para vivir otro, ahora desde el papel de involuntario consejero. No explicitar esos quizá minúsculos pero decisivos detalles que nos fueron separando había sido la garantía de una irreprochable relación posterior: a nadie le gusta ver las fotos de su lado oscuro, y menos si son aireadas por manos ajenas. Pero en sus palabras había un deje de sinceridad, la punta de un ignoto iceberg de autocrítica que me conmovió. Y piqué como un idiota.

—Creo que deberías dejar un poco de espacio a los demás y permitirles que respiren de vez en cuando.

—¿Me estás llamando posesiva?

—No te estoy llamando nada. Me has pedido una opinión y te la he dado.

—Explícalo como quieras, pero lo has dicho. Posesiva,

atosigante…

—No vamos a discutir —alcé la voz—. Y además te voy a dar un consejo: permítele a Lucas creerse al menos un poco dueño de su vida.

—¡Qué tontería! Su vida sería un desastre si fuera dueño de ella en este momento, si yo no estuviese a su lado para poner un poco de orden.

—¿Tú crees? Me parece que ahí está el problema.

—El problema es que está mal de la cabeza —aquella frase me recordó que Lucas había dicho exactamente lo mismo de ella en la tarde de Reyes—. No para de soltar disparates. El último, que nos tomemos un año sabático.

—¿Los dos?

—Está emperrado con que alquilemos una casa costera en el sur y nos vayamos a vivir allí una temporada. Imagínate… dejar el trabajo, y a Miguel. ¡Qué ocurrencias!

—El trabajo no se va a escapar y Miguel ya cumplió los treinta. Dile que sí, Mónica. Por una vez en tu vida, déjate llevar.

—No sé por qué te he llamado, si eres tan insensato como él.

Colgó sin más explicaciones. Me llevó su tiempo hacerme a la idea de que no acababa de sufrir una regresión. Y no es que me sintiese diez años más joven, precisamente. Pero allá ella con sus historias personales. Por su culpa, había dejado colgada otra mucho más interesante.

Santomé: Disculpe la tardanza. Así que ya ha leído ese texto. Pertenece entonces a ese reducido grupo de los que saben arameo.

Dama de Picas: Eso lo ha dicho usted. Bien, en todo caso, parece que este Judas que hemos encontrado es un poco más consistente que el que usted concibió hace veintitantos años.

Santomé: Eso parece. Aunque está por demostrar que no se trata de un fraude. Demasiado increíble.

Dama de Picas: Le aseguro que la plancha de cobre es fidedigna, tanto como su contenido.

Santomé: En ese caso, permítame completarlo.

Dama de Picas: Por fin se ha enganchado con la historia. ¿Está dispuesto a escribirla?

Santomé: Yo no escribo de encargo.

Mentira. Durante treinta y cinco años no había hecho otra cosa que escribir de encargo. Desde el primer día en que comenzó mi carrera periodística, y exceptuando aquella desastrosa incursión en la novelística, solo había escrito de ese modo, a las órdenes del jefe de turno. El primero de ellos, Buadas.

Mateo Buadas, que se tenía por maestro de periodistas, solía sentenciar que si la realidad no existiese, habría que inventarla; y a ese afán dedicó su casi medio siglo de profesión, a inventar la realidad y pasar el testigo de su experiencia a generaciones posteriores. Mi primera gacetilla, allá por los finales sesenta en que él había alcanzado un rango de redactor jefe que jamás abandonaría, fue sobre una asamblea ordinaria de la Cruz Roja: señoronas encopetadas, militares de fajín, discursillos hueros y un aluvión de datos estadísticos que adormilaban a una sala casi vacía. Obedeciendo sus órdenes, tuve que redactarla tres veces con enfoque diferente, una detrás de otra, hasta que consideró que el rito había sido cumplido. Por fin, eligió la primera versión, la introdujo en un ataúd cilíndrico de plástico y lo envió por un tubo neumático que caía a capón junto al cogote del linotipista.

«Mira, chico —me dijo, sin que nadie le pidiera explicaciones, y yo menos que nadie—: la primera versión es objetivista; en la segunda especulas y te metes de patas en la crónica de sociedad; la tercera es casi un cuento, pura ficción. En este oficio te van a exigir siempre la primera, la más pedestre y la que mejor se adapta a la efímera y corrediza tinta de un diario, pero yo que tú, y si quieres expresar lo que de bueno tiene el mundo, me quedaría siempre con la última».

Ya no existen tubos de aquellos, ni cogotes de linotipista: las gacetillas brotan y se evaporan como espectros en los monitores, sin el respetable honor de convertirse al menos en materia destinada a la papelera. El maestro Buadas terminó hace muchos años en un cilindro opaco tras breve tránsito por un centro de reciclaje que lo metamorfoseó en un montón de cenizas no mucho mayor que las que se obtienen de unos cuantos dominicales a la parrilla. Por mi parte, le hice suficiente caso como para guardar aquella tercera versión, bien grapada a mi memoria, como si se tratase de un manual de primeros auxilios.

Dama de Picas: ¿Dónde anda, Ángel?

La intervención de *Judas* me expulsó de mis ensoñaciones. Había perdido el hilo, y tuve que releer su respuesta a mi jactancioso embuste:

Dama de Picas: No escribirá al dictado, si es lo que le preocupa. Yo me limito a ofrecerle datos. Es usted quien está construyendo la historia. Usted los confirma. Usted le dará forma. No pretendo meterlo en un callejón oscuro. Cada dato que le ofrezco puede comprobarlo. Me limito a indicarle el camino.

Santomé: Como el viejo Garganta Profunda.

Dama de Picas: No comprendo.

Santomé: Aquel fulano del asunto Watergate. Solo ofrecía datos verificables por segundas fuentes.

Dama de Picas: Algo así.

Santomé: Pues mándeme el resto del documento. Puede que entonces me anime.

Dama de Picas: Se está moviendo bien, muy bien. Pero por ahora ya tiene suficiente trabajo por delante.

Santomé: Facilíteme, al menos, un número de teléfono para poder conectar en caso de necesidad o urgencia.

Dama de Picas: Olvídese de las urgencias en este caso. No hay mayor apremio que la verdad, y esta debe tejerse con la paciencia que exige un buen tapiz.

A pesar de la paciencia sugerida por *Judas*, tras aquella conversación todo sucedió muy deprisa. Demasiado deprisa para mi gusto.

Mi contacto en la oficina de prensa de la DGP me llamó el martes, con el nombre de quien habría de atenderme en el archivo. El enchufe me había ahorrado tres o cuatro días de espera. Sin pérdida de tiempo, esa misma tarde me desplacé a las instalaciones policiales de la calle Federico Rubio y Gali. El funcionario me invitó a tomar asiento en la sala de consultas. Como si constituyese un problema por el que debiera disculparse, me explicó que el expediente aún no había pasado por el necesario proceso de informatización, y que ni siquiera estaba microfilmado, así que

tendría que conformarme con expurgar directamente en los informes. Mejor, pensé. Nada comparable con el roce del papel, el contacto con un original que conservaría las huellas de los investigadores, quién sabe si el chorretón de chorizo de un bocadillo o la mancha en forma de mariposa de unas descuidadas gotas de café.

Una vieja carpeta de gomas. Eso es lo que el funcionario me confió, depositándola directamente en la mesa. Sobre ella, una pegatina, con lo que podría ser el número de expediente, el nombre de Ramiro Miravalles Roca, y dos fechas que sugerían ser la de apertura, el 24 de noviembre de 1963, y la de cierre, separadas exactamente por dos años de diferencia. La abrí con una mezcla de gozo y aprensión, como quien profana un arcaico santuario y se marca un taconeo en sus baldosas secularmente desiertas. Contenía un buen fajo de cuartillas membreteadas con el sello de la Brigada de Información Criminal de la extinta Dirección General de Seguridad.

Antes de entrar en detalles, les dediqué un primer vistazo general. Mecanografiados en aquellas prehistóricas y monumentales máquinas de escribir, algunos informes aparecían por duplicado, con sus correspondientes copias en papel de calco grapadas por detrás. Otros, por el contrario, habían sido parcial o totalmente inhabilitados con un enorme tampón negro que, con la palabra «Censurado» en huecorrelieve, anunciaba sin tapujos la influencia de órdenes superiores. Puede que fueran conclusiones algo heterodoxas, o bien apuntes referidos a personajes demasiado afectos a la dictadura como para que sus nombres sufrieran la inaceptable ofensa de figurar en un expediente policial.

El relato cronológico de los hechos se iniciaba con la denuncia de desaparición de Ramiro Miravalles, presentada de forma conjunta por tres vecinos de la finca en cuyos bajos se ubicaba su sala de antigüedades. Inmediatamente después, una breve reseña con los datos más significativos del personaje, que lo definía como varón de 72 años, soltero, sin antecedentes penales ni políticos y demostrada afección al Movimiento Nacional. Una ficha modelo, como tantas otras de aquella época. Tras ella, un balance de las inspecciones policiales realizadas en el domicilio y el establecimiento del desaparecido. Registros inútiles, pues ambos

lugares presentaban un absoluto aspecto de normalidad, sin que se hallase el menor rastro que hiciera sospechar un delito de robo o un repentino viaje del propietario. Seguían luego varios informes redactados tras los inevitables interrogatorios. Parientes lejanos, conocidos, vecinos, clientes… Curioso: ninguno de ellos se definía como amigo.

De repente, en una de esas cuartillas reconocí un nombre que me hizo botar sobre el asiento. Hipólito Alenza. Así que ese era el vínculo sugerido por *Judas*: Alenza había sido interrogado acerca de la desaparición de Miravalles. Lo conocía. En la ficha policial, Alenza figuraba como restaurador, con destino de funcionario en el Museo Arqueológico. El museo, el rollo de cobre, un restaurador, un anticuario. Aquello tomaba cuerpo. Me felicité por haber aceptado la petición de mi sombría traductora de arameo para retrasar el viaje a Burgos. No era lo mismo visitar a Alenza con una venda en los ojos que con la información que tenía delante. Tan decisivo es el conocimiento como el orden en que se adquiere.

El peso de las respuestas de Alenza, salvo triviales pormenores personales, apenas difería de las de los demás declarantes. Conocía a Miravalles de cuatro o cinco años atrás. Su relación era esporádica y meramente profesional. Solo acudía a la sala de Miravalles cuando, necesitado de alguna labor de restauración, este lo requería. Cobraba su trabajo y no volvían a verse hasta la siguiente llamada. El ultimo contacto entre ambos se había producido entre una semana y diez días antes de los hechos investigados, y en él Miravalles le había comentado más que satisfecho, aunque sin ofrecerle pormenores, que tenía entre manos una venta importante a un desconocido y notable personaje.

Tras las declaraciones de los posibles testigos, y con fecha casi un mes posterior a la última de ellas, aparecía el atestado de la Guardia Civil referente al descubrimiento del automóvil, su rescate del agua y el hallazgo del cadáver en su interior, datos coincidentes en líneas generales con lo publicado en la prensa de aquellos días. Luego, el informe forense, según el cual la muerte de Miravalles no se produjo por inmersión, sino por estrangulamiento manual. La imagen me devolvió al primer plano de la memoria el caso de Américo Viatore. Un asesinato, el agua como coartada. Un escenario distinto, quince años de distancia, pero elementos similares. Las

casualidades existen, aunque a veces las utilicemos como excusa ante nuestra propia incapacidad de deducción. Pero aquel no era momento de deducciones más allá de los datos objetivos, y el informe del forense no aportaba elementos de mayor relieve, excepto que el cuerpo estaba en avanzado estado de descomposición y muy devorado por los peces, lo cual eliminaba las pruebas de superficie corporal practicables en los casos habituales.

Después de esta fecha, la de aparición del cadáver, nuevos historiales de interrogatorios. Los mismos nombres, igual balance. El último documento llevaba fecha de diciembre de 1964. Desde entonces, o nadie se había preocupado de Ramiro Miravalles, o esa preocupación había obtenido resultado cero hasta su definitivo archivo, casi un año después.

Repasé de nuevo, de principio a fin, cada una de las cuartillas. Todos los informes, excepto el del forense y el atestado de la Guardia Civil, estaban firmados por las mismas personas: un comisario de la BIC y un inspector subalterno. Calculé que el primero, de seguir vivo, tendría ahora ochenta años o más.

Puede que el inspector, algo más joven, estuviese en condiciones de hacerme un hombre feliz.

—Tío, das más guerra que un director general. Espero que por lo menos me cites cuando publiques la novela.

—Dalo por hecho. En página preliminar y con caracteres góticos.

Mi contacto en la DGP tardó menos de cuarenta y ocho horas en confirmar los datos solicitados. El comisario Camacho había fallecido poco después de cumplir los ochenta. El inspector Adolfo López Pachón seguía vivo, o al menos no había constancia de que hubiese dejado de cobrar su jubilación.

Llamé al número de teléfono que figuraba en su ficha de la mutualidad. Por la mujer que me atendió supe que el expolicía, ahora con 73 años, estaba ingresado en una residencia de ancianos del extrarradio. Según su presunta nuera —resultaba difícil creer que una hija pueda hablar tan mal de su padre como ella lo hacía con un extraño y a las primeras de cambio—, López Pachón padecía demencia senil. Yo pensé que, dada su edad, no habría de ser tan

senil y, al comentárselo, la señora lo puso a caer de un burro.

—Es lo que dicen los médicos, pero su problema es otro, que es un cabrón.

Áspera como una lija, despectiva con mis buenas formas, vertió sobre mi oído tal listado de agravios personales respecto al viejo, tan increíbles acusaciones, que me apresuré a conseguir cuanto antes su permiso y escabullirme de aquel monólogo insoportable.

—Me gustaría pasar a verlo mañana, sábado. ¿Irá usted?

—Ni lo sueñe. Por mí, como si le pisa el cuello.

Visité la residencia con la lógica reserva que un currículo como el del antiguo inspector había provocado en mis expectativas. Era aquel, sin embargo, un lugar apacible, al menos ese manso aroma podía respirarse en el deshabitado jardín que marcaba la distancia entre la valla de entrada y el acceso principal. Sosiego también en un vestíbulo que conducía directamente a un amplísimo salón donde ancianos sometidos a la dictadura del sofá recibían sin rechistar los hipnóticos efluvios de un televisor. Los había que miraban al techo, o al suelo, con la estatuaria paciencia de pescadores de recuerdos que nunca cobrasen pieza. Otros, simplemente, estaban allí porque habían sido colocados, como el jarrón de la mesa o el cubo con la fregona olvidado en un rincón. No pude evitar fijarme en un par de ellos que mostraban avanzados síntomas de párkinson. Por un momento, imaginé que un hado cruel me estaba permitiendo contemplar una imagen del futuro, de mi propio futuro, temblando y confinado en una jaula parecida. Y se me revolvió el estómago.

Pero no había llegado hasta allí para acojonarme, precisamente, y solicité ayuda a una de las asistentas que hormigueaban por los alrededores para encontrar lo que había venido a buscar.

—Tengo que ver al señor López Pachón, pero no lo conozco personalmente.

—¿López Pachón? —elevó los ojos en busca de inspiración divina—. ¡Ah!, don Adolfo —escudriñó ahora por los alrededores, y cuando dio con el objetivo me hizo una seña en dirección al pasillo de los ascensores—. Aquello que se mueve.

Aquello se movía en su silla de ruedas con la provocadora audacia de un motero macarra, a velocidad desusada y fomentando la histeria de cuantos transeúntes y sedentarios hallaba a su paso.

Una cuidadora tuvo que mediar antes de que alcanzase el salón para impedir males mayores.

Aquello, a pesar de la energía que desplegaba, era un tipo famélico de catadura torva y alopecia tan generalizada que incluía cejas, pestañas y, probablemente, barba. Lo observé unos segundos antes de decidirme. Él me sostuvo la mirada, con expresión desafiante.

—Qué pasa —tenía la voz pastosa, aunque perfectamente audible—. ¿Es que no puede uno moverse sin que protesten las estatuas?

Lo abordé, identificándome simplemente con nombre y apellido.

—Su nuera me dijo dónde podía encontrarlo.

—No tengo nuera —ignoró la mano que le tendía.

—Sería su hija.

—La muy puta. ¡Qué coño hija! Hijastra. La muy puta de mi hijastra. Puedes decirlo sin miedo, merece que le llamen cosas peores. ¿O es que después de verme aquí aún crees en la bondad humana?

Su tuteo tenía un inconfundible cariz de menosprecio. Aun así, opté por mantener las distancias, tratándolo de usted como muestra de un respeto que su actitud no merecía en absoluto.

—Don Adolfo, ¿le importa que hablemos en privado? —señalé hacia una de las salas accesorias e hice ademán de conducir su silla hacia allí, pero se revolvió contra mi brazo en una especie de coz que me hizo renunciar.

—Y de qué cojones voy a hablar contigo.

—Del comisario Camacho. ¿Se acuerda de él?

—No estoy gaga, para que te enteres. Claro que me acuerdo.

Ahora tomó la iniciativa en dirección al lugar que yo le había indicado. Lo seguí hasta un solitario rincón de la sala donde dos sofás se unían en ángulo recto. Una vez allí, y ante mi pasmo, se incorporó con toda naturalidad, dejó a un lado la silla de ruedas y tomó posesión de uno de los asientos alisándose los pantalones. Luego cruzó las piernas, dispuesto a escuchar. Aún perplejo, le hablé del comisario Camacho; fabulando, naturalmente, pues salvo un par de detalles facilitados por la oficina de prensa, no tenía la menor idea al respecto. Él me corregía cada dos por tres, hasta que, en medio de una de mis peroratas, me señaló con el dedo, como

quien apunta con una pistola, y efectuó un disparo entre ceja y ceja.

—Tú no has conocido a Camacho en tu jodida vida.

—No lo conocí —acepté en tono amigable—. Solo quería confirmar su buena memoria, don Adolfo. Seguro que recuerda el caso de Ramiro Miravalles.

López Pachón movió el índice, el mismo con el que me había disparado, en giros espirales frente a sus ojos, hasta que lo hizo aterrizar en su sien. Respeté su silencioso proceder con paciencia infinita, pero cuando intentó repetir la liturgia por tercera vez, decidí ayudar.

—A principios de los sesenta. El que encontraron en el embalse de Puentes Viejas.

—Sí, coño, sí. El anticuario de la calle Columela.

—Muy bien —lo alenté—. Ya sabía yo que podría ayudarme.

—¿Ayudarte a qué? —me dirigió una espantosa mueca de recelo—, si eres un solitario, como yo. No hay ayuda para nosotros.

Su afirmación me azoró. Tardé en responder que no me tenía por tal.

—Falta una hembra a tu lado —explicó—. Y le tienes pánico a la vejez.

—Hombre, exactamente pánico —callé en medio de la frase. Las reflexiones sobre ese asunto eran una actividad ilícita desde hace años en mi cabeza—. En lo de la mujer, sin embargo, acierta. ¿Cómo lo ha sabido?

—Lo dicen tus ojos. Las dos cosas.

Acaso había quedado en ellos alguna mácula que delataba mi reciente desasosiego en el salón, cuando me enfrenté al insoportable rostro de la enfermedad que sospechaba amaneciendo en mí.

—Parece un buen psicólogo —dije, por darle coba y devolverlo al origen de la conversación—. Mejor así. Estoy escribiendo una novela basada en aquel caso, el de Miravalles. Cambiaré los nombres para que nadie se sienta aludido, pero quería consultar con usted porque firmó los expedientes junto al comisario Camacho.

—Una novela —las comisuras de sus labios se elevaron dejando en libertad una sonrisa casi desdentada—. Joder, qué idea más cojonuda. ¿A mí cómo me vas a llamar?

—No sé —conteniendo la risa, opté por seguirle el juego—. ¿Tiene preferencia por algún nombre?

—Adolfo me gusta, pero el apellido deberías cambiarlo. Para no ofender a nadie, como dices. Me suenan bien los apellidos vascos, de esos largos, como Iruretagoyena o Zarraonaindía.

—Demasiado futbolísticos.

—¿Qué tal Iruarrizaga? Es más musical. Fue un compositor de música sacra. ¿A que no lo sabías?

—No lo sabía.

—Eres un ignorante. Como los de aquí dentro, que ninguno lo conoce —su cuerpo se tensó repentinamente, un rojo sanguíneo se le acumuló en la cara asediándole los ojos, y la voz devino en un afónico berreo apenas inteligible—. Ni yo mismo lo conoceré si sigo aquí por mucho tiempo. La imbecilidad ambiental es contagiosa.

Me asusté. Aquel hombre parecía a punto de un colapso. Pero antes de que pudiese reclamar el auxilio de alguna encargada, y con igual rapidez que llegó el trastorno, regresó a su estado normal.

—Adolfo Iruarrizaga —dijo con su voz de antes—. Suena bien, ¿no?

Aún temblando, saqué mi libreta e hice ademán de anotarlo.

—Irua… ¿cómo era?

—Iruarrizaga.

—Lo estudiaré.

—A Camacho deberías llamarlo Cagancio dijo con desenfado.

—¿Y eso?

—Se llamaba Venancio, pero en la brigada, y a sus espaldas, todos lo llamábamos Cagancio. Se le caían las bolas a plomo en los momentos difíciles.

Le brindé una dudosa sonrisa.

—Bueno, dejemos los nombres para el final, si le parece. Hábleme del caso, por favor, de cómo lo vivió usted.

—Muy desconcertado. No hubo modo de meterle mano, y eso que estuve dos años dedicado en cuerpo y alma al fiambre de ese trapero de lujo.

En ese momento, una pareja de ancianas paseantes, asidas del brazo, se acercó a nuestra altura. Mi compañero, que desde el primer momento vigilaba sus inestables pasitos por la sala, las increpó en tono más que subido.

—Ea, mocosas, a tomar por culo de ahí —mi gesto de reprimenda pareció obligarle a una explicación—. Esos dos zorrones

siempre están cotilleando. Mejor lejos que cerca.

Hablamos durante largo rato, más del que yo esperaba cuando entré en aquel edificio. Pero las opiniones de López Pachón acerca de los detalles de sus pesquisas no proporcionaban novedades respecto de lo expresado por escrito en sus informes. Por otra parte, sus frecuentes episodios de ausencia durante la conversación, su agresividad más o menos contenida, hacían difícil mantener una línea indagatoria coherente, y en no pocas ocasiones sus palabras contradecían lo firmado por él mismo cuarenta años atrás. Tal vez era esa demencia senil que le había sido diagnosticada, seguramente algo más grave, el caso es que arrancarle un bloque de respuestas con la ilación necesaria se hacía prácticamente imposible. Le informé, no obstante, de que varios de los partes suscritos por él habían sido censurados.

—No sé si usted lo sabía, o se hizo más tarde.

Con expresión mefistofélica movió su índice, como para atraerme hacía sí. No sin cierta prevención, me acerqué a la turbia fisura que se abría entre sus labios y, una vez a su lado, me habló casi al oído:

—Había un par de marquesetes entre los sospechosos. Ya sabes, ese Miravalles se codeaba con la crème de la crème. Un tendero en la corte.

—Peces gordos.

—De los que rompen la red. No me extraña que lo borrasen.

—¿Podría decirme sus nombres?

—No —repuso tajante—. Con esa gente hay que tenérselas muy tiesas, y en cuanto lean la novela, aunque les cambiemos el nombre, sabrán que yo te lo conté.

—Puede que hayan muerto ya.

—La venganza de los muertos es peor que la de los vivos. ¿Conoce al director?

—¿A qué director?

—Al de este saladero. Un fulano con barba blanca y ojos de saltamontes.

—No, don Adolfo, no lo conozco —descubrí en mi interior una profunda conmiseración por aquella especie de despojo mental. Y esto no es una cárcel, hombre, es una residencia.

—Mal tipo —bajando la voz, miró alrededor para comprobar

que no había testigos—. Proxeneta, violador, chapero, pederasta, camello… De los peores. En cuanto mejore de mis pobres piernas, lo trinco.

—Volvamos a Miravalles. Hábleme de los marquesetes. Supongo que no pudo demostrarse nada contra ellos.

Repitió los tirabuzones en el aire con su índice, pero esta vez alcanzó a responder antes de tocarse la sien.

—Ellos no fueron. Tenían buenas coartadas, aunque seguro que pagaron para fabricarlas. Si sus expedientes están censurados, será por razones políticas. Ya sabes que el Régimen es muy muy estricto con estas cosas.

Me reproché seguir allí sentado. ¿Qué valor tenía el testimonio de un hombre que ni siquiera podía discernir el paso del tiempo, que no era capaz de saber el siglo en que le tocaba vivir? A pesar de ello, me impuse seguirle la corriente hasta completar las preguntas que había venido a hacerle.

—Supongo que, si Miravalles estaba bien relacionado, recibirían presiones de las altas esferas para resolver el caso.

—Muchas. Cagancio no podía dormir. A mí tampoco me dejan dormir, ¿sabes? Vienen cada rato a mi habitación, encienden la luz. Luego me llevan a la bañera y me meten de cabeza. No puedo respirar. Me ahogo. A veces vomito. Pero no sacan una palabra de mi boca.

—Sí que debe de ser duro. Hábleme de Alenza, ¿lo recuerda?

—Lo apretamos bien, pero era un marica sólido.

—¿Marica?

—Maricón, invertido, julay, bujarrón…

—Vale —lo detuve con un gesto de la mano—, ya lo he entendido. Pero no consta que Alenza estuviera fichado. Ni por eso ni por cualquier otro delito.

—Tampoco lo estaba Cagancio.

—No me diga que el comisario también era homosexual. ¿Está seguro de que recuerda a Hipólito Alenza?

—El bailarín. Le rompimos el culo y no pudo actuar en medio año. Pero no habló. Ese tampoco habló.

—Ya, el bailarín. O sea, que nada de nada. Que no tuvieron éxito con la investigación sobre Miravalles.

—Ni con él ni con nadie.

Aquello avanzaba a zancadas hacia el caos. Me juré que sería el último intento.

—Pero usted, don Adolfo, tendría su sospechoso favorito.

Me clavó su mirada. Quieta y fría, parecía de obsidiana. Una sonrisa oblicua empezó a diseñarse muy lentamente sobre las arrugas de su barbilla.

—Siempre lo he tenido.

—Necesitare saberlo si queremos que la novela tenga un buen final.

—Te lo diré —blanqueó los ojos en una torsión inverosímil de las órbitas y ahora fue él quien se me acercó—. Aunque me cueste la vida, te lo diré.

Tras un silencio que se hacía interminable, con su siniestra respiración achicharrándome la cara, dijo:

—A ese pobre viejo lo mató el diablo.

Un etéreo escalofrío me cruzó la espalda, de arriba abajo, y salté hacia atrás para poner distancia entre ambos. Algo irracional, desde luego. Debería haber sonreído con benevolencia ante la lastimosa fragilidad de aquella mente enferma y arrojado la toalla en aquel momento. Pero insistí.

—¿Y cuál fue el móvil?

Dejó escapar una risotada estremecedora. Nunca antes había oído una cosa igual. Entraba en el cuerpo por un lugar distinto a las otras risas, como aguijones que taladrasen los poros.

—¿Desde cuándo el diablo necesita un móvil para serlo?

Rendido a la evidencia, me levanté para irme. Desde la puerta, aún me atreví a preguntarle.

—¿Por qué sabe que fue el diablo?

Giró su cabeza sin dejar de reírse para responder entre ahogos.

—Alenza lo dijo.

—Alenza no habló —le grité, irritado.

—Estaba escrito en sus ojos.

Y seguía riendo cuando abandoné la residencia.

3

La prueba

LA PIEDAD. ANTIGÜEDADES, era un pequeño establecimiento en la calle Sombrerería, frente a la catedral. Su fachada de madera negra revelaba no solo vetustez, sino la desidia de un propietario que ni siquiera se había preocupado de lustrar sus incontables y notorios desconchones. El mismo escaparate habría necesitado un buen limpiacristales para que los transeúntes pudiesen apreciar desde la calle aquel cúmulo de objetos cuyo desorden sugería más un cementerio de recuerdos que un almacén con fines mercantiles.

La primera vez nos topamos con el cartel de cerrado. Araceli y yo habíamos llegado a la hora de comer. Así que decidimos cumplir con el horario y almorzar en el primer restaurante que vimos en la zona. Allí siguió nuestra conversación, una animada tertulia que había comenzado a las once de la mañana cuando, según lo convenido, fui a recogerla con el coche frente al portal de su casa. Lo primero que me llamó la atención al verla es que había cumplido mi exigencia. Efectivamente, ninguna de las prendas que vestía, exceptuando los zapatos, era de color negro. Las había sustituido por azul marino, de modo que, salvo la camisa blanca, el efecto general que producía su visión era más o menos invariable en cuanto a su deslucido hábito. La oscuridad no es un color, sino una gama, le dije. Y ella alegó que yo solo había vetado el negro. No pude reprocharle nada. Al contrario, sonreí admitiendo que era una mujer de principios y, al tiempo, inteligentemente adaptativa.

Durante el viaje, y después en el restaurante, comentamos mis últimos progresos y fracasos. Entre los primeros, el haber podido leer el expediente sobre la desaparición y muerte de Miravalles, y el

indiscutible vínculo profesional que se establecía con Alenza, el entonces funcionario restaurador del Arqueológico. Coincidimos en la alta probabilidad de que este último hubiera sido el autor de la sustracción, aunque a partir de ahí divergía nuestro criterio. Mientras ella aventuraba que la muerte de Miravalles guardaba relación con el robo, a mi juicio convenía detener en ese punto toda conjetura sin las pruebas pertinentes. Nada hacía pensar que el suceso del museo y la muerte de Miravalles estuvieran directamente conectados. Y, aun admitiendo esa improbable conexión, tampoco obligaba a pensar en Alenza como culpable. Una cosa era acusar a alguien de hurto y otra muy distinta de asesinato.

Por lo que respecta a mis fracasos, el último de ellos se llamaba López Pachón. Un hombre preso de sus obsesiones, posible consecuencia de un arraigado complejo de culpabilidad; un tipo habitando un tiempo inexistente y heredero de una agresividad apenas contenida contra el mundo y contra sí mismo. Con el máximo detalle de que fui capaz, sin ahorrar anécdotas chuscas ni patéticas coyunturas, había relatado a Araceli aquella enloquecedora entrevista, y ella destacó el hecho de que el expolicía acusara finalmente a Hipólito Alenza. Y a su propio jefe de homosexual, alegué, y de mil maldades al director de la residencia, lo que no demostraba nada, ni siquiera que estuviese hablando del mismo Alenza, el del caso Miravalles. Y que lo que aquel viejo demenciado había dicho no era precisamente que Alenza lo hubiese hecho, sino que este conocía al autor. Un autor, por otra parte, cuya declaración se me antojaba más que difícil de obtener. No, nadie concedería el mínimo crédito a aquel pobre hombre ni a favor ni en contra de cualquier tesis.

Todos estos detalles, sin embargo, resultaban del todo secundarios para mi acompañante, cuya máxima inquietud era recibir novedades sobre el documento en arameo. Estaba impaciente por volver a traducir, quién sabe si por hallar cuanto antes esas necesarias pruebas de fraude que le habrían de devolver al sosiego de su fe. Pero en ese aspecto, por desgracia, no podía ayudarla, pues todo dependía de una iniciativa ajena. Ambos compartíamos la misma curiosidad, aunque yo era consciente, por las palabras de *Judas*, de que en este asunto el orden de los factores era tan importante como el producto mismo. A pesar de todo, la

profesora me había felicitado por el esfuerzo, comparándolo con la investigación arqueológica. Para encontrar, hay que picar antes, dijo: muchos directores de excavación funcionan como capataces de obra, y solo después de ejercer a conciencia ese papel pueden dedicarse a la actividad intelectual. Así que eso era yo, un peón picador que desbrozaba el terreno para que ella pusiese la materia gris. Una metáfora poco afortunada de la que no quise hacer sangre.

Ahora, y de nuevo frente a la puerta de LA PIEDAD, me disponía a desembalar pico y pala para abrir una nueva cata en el calloso terreno del pasado. Ya había expuesto con claridad a mi arqueóloga el papel de cada uno, y que, en virtud de su alegórica frase, yo era el encargado de sacar la tierra que Alenza pudiese guardar en su interior. Ella ya tendría ocasión de opinar una vez a la vista el material, si es que lo había.

Entramos sin llamar. Un campanilleo melancólico anunció nuestra visita. Un hombre de sesenta y muchos, quizá ya setenta, que leía tras un mínimo mostrador, salió a nuestro encuentro. La primera impresión al verlo es que uno se encontraba frente al profesor Franz de Copenhague, aquel personaje del
TBO
a quien se atribuían los más extravagantes e inútiles inventos. Al igual que aquella creación de Ramón Sabatés, tenía la cabeza con forma de bombilla, casi calvo, con apenas unas aceradas ristras de pelo sobre las orejas. Un cráneo calavérico y, como en el dibujo, gafas redondas. Al recibir su mano en la mía durante las presentaciones, comprobé que eran rudas, callosas, de trabajador. No había llevado una vida regalada, precisamente.

A pesar de la corrección de sus modales, se notaba que no había encajado bien mi visita. No obstante, invitó a Araceli a sentarse en un tresillo tan desastrado que era imposible distinguir si formaba parte del mobiliario o de los objetos en venta; solo cuando ella se hubo acomodado, me sugirió acompañarla y nos ofreció un café.

—Gracias —decliné su invitación en nombre de ambos—, pero es preferible que hablemos en privado. Un bar no es el mejor sitio.

—Nunca voy al bar a tomar café. Vivo aquí arriba.

Desapareció por una puerta lateral que supuestamente comunicaba con la vivienda para regresar al cabo con una cafetera. Colocó esta sobre una mesa baja que con el pie había empujado

hasta nosotros, y de una cómoda acristalada obtuvo un azucarero y las tazas y cucharillas necesarias.

Debo admitir que mi decidido ánimo inquisidor decayó no poco ante tal muestra de hospitalidad, y aquello que inicialmente imaginaba como un duro combate cuerpo a cuerpo entre voluntades antagónicas, devino en una plática más o menos amistosa. Sin muchos preámbulos, volví a expresarle mi interés por el patrimonio de los Franco, y él, con más cordialidad que cuando hablamos por teléfono, repitió que no disponía de nada que cumpliera con mis deseos.

—No soy un comprador, señor Alenza. Busco información sobre un objeto que perteneció a Franco, se legó después al Museo Arqueológico y, finalmente, desapareció de allí.

—Si no es más concreto… —se expresaba con una calma que presumí calculada.

—¿Querría usted hablarnos sobre Ramiro Miravalles? Creo que algo tiene que ver con lo anterior.

—Don Ramiro —no hubo reacción especial ante aquel nombre que, escuchado de repente después de tanto tiempo, debería haberle sorprendido. Como suponía, se había preparado bien desde mi llamada—. Han pasado más de cuarenta años, y la memoria hace de las suyas en cuanto al orden de las cosas.

—Inténtelo. ¿Le importa que fume?

—Si fuera a prohibir todo lo que no me gusta —me alcanzó un cenicero de exposición—. Supongo que se refiere usted al manuscrito de cobre.

La impasible Araceli Zúñiga de Entresotos arqueó las cejas y se atragantó con el café. Alenza había dicho manuscrito. No rollo. Manuscrito. Lo que significaba un salto cualitativo en nuestras suposiciones. El anticuario se incorporó hacia ella para ofrecerle su pañuelo.

—No se moleste, gracias —la profesora buscó el suyo en el bolso.

—No es molestia —repuso él, regresando a su asiento sin apartar la vista de mi acompañante—. Me recuerda usted tanto a mi difunta esposa. Tan delgada, siempre umbría. Escondiendo la belleza quién sabe dónde.

Un destello de turbación se asomó a los ojos de Araceli, que los

refugió de inmediato tras la frágil barrera del lienzo.

—Lamento lo de su esposa, señor Alenza —intervine como cortafuegos.

Hurgué luego con calma en el bolsillo de mi chupa y le extendí una copia de la foto enviada por *Judas*, aquella que Araceli había identificado como la parte superior de un documento de cobre y cuyo presunto texto ella había traducido. El anticuario la contempló sin inmutarse.

—Nos hablaba usted del manuscrito de cobre —añadí—. Supongo que se refiere a eso.

—Todavía no les hablaba —me devolvió el papel—. Y, sinceramente, no sé si merece la pena hacerlo.

Tenía que atajar sus dudas, aun presintiendo que no era necesario, que Hipólito Alenza, quizá ya desde el mismo día que lo llamé, había decidido hablar, y que todo aquel preámbulo solo era un entremés bien preparado.

—Nos ayudaría.

—¿Piensan escribir sobre ello?

—Si usted no tiene inconveniente.

—Ninguno, si son fieles a mi versión. Ahora bien, si son de esos que ultrajan la memoria de los muertos, esperen a que me una a mi mujer —había en su voz una carga de tristeza, de desapego hacia la vida, que movía a piedad—. Tampoco creo que el plazo sea muy largo.

—Le queda mucho por delante, don Hipólito —intervino Araceli.

—Seguro —remaché—. Y le prometo que, en cualquier caso, me atendré fielmente su versión.

—Bueno —pareció conforme con esa garantía—, de todos modos, nadie puede demostrar que lo que voy a contarles sea cierto. Ni tampoco lo contrario. Pero estarán conmigo en que no les queda otra opción que creerme o largarse por donde han venido. El caso es que ese rollo de cobre llegó a mis manos en 1963.

O sus manos a él, estuve a punto de corregirlo. Pero me juré no interrumpir su relato:

No referiré los pormenores sobre el modo en que llegó a mis manos aquel rollo de cobre perteneciente al Arqueológico. En todo caso, en aquellos días, con treinta y cinco años, una mujer y un hijo pequeño que mantener, yo necesitaba un suplemento económico a

mi insuficiente salario de restaurador. El vicio del juego, saben, destroza hombres y familias enteras. Yo lo arrastraba desde que hice la mili, universidad de todos los vicios que puedan ser imaginados. Primero malogré la vida de mis padres que, como hijo único, me tenían por exclusiva esperanza de su vejez. Arruiné su patrimonio y a disgustos aceleré su muerte. Al conocer a Piedad, la que luego sería mi mujer, y por eso de que el amor todo lo puede, pensé que había dejado atrás los malos tiempos. Pero no es cierto que el amor todo lo pueda, y ni siquiera ella ni el hijo que nos nació después lograron apartarme de aquel exceso que se imponía siempre a mis mejores propósitos de enmienda. Y es que uno, por bueno que se tenga, es capaz de lo peor.

En tales circunstancias recibí aquel extraño rollo de verdín y se lo llevé a don Ramiro Miravalles para que lo tasara. Acudía a él cada vez que podía conseguir una pieza interesante. Porque don Ramiro, a pesar de su apariencia de respetabilidad, era uno de los peristas más reputados de Madrid y, saben, traficaba con todo tipo de material sin preguntar por su origen si la pieza lo merecía. Pero no vayan a creer que yo era un simple suministrador, de esos que cobran al contado por la entrega. No. Don Ramiro y yo siempre íbamos al cincuenta por ciento de las ventas, así que podía pasarme meses sin cobrar, pero cuando llegaba el momento, valía la pena.

Al principio, cuando supo de dónde había salido aquel objeto, don Ramiro tuvo miedo. Luego, y ya con más calma, tras varias charlas en que sopesamos los pros y los contras, decidió seguir adelante, convencido de que podría dar un buen pellizco con él. Para evitar el remoto riesgo de que fuese identificado y, sobre todo, movido por la curiosidad congénita de todo marchante de este oficio, ideó un sistema para acceder al contenido del rollo. Un sistema que, según dijo, había leído en no sé dónde y que permitía, mediante finas secciones verticales, convertir lo curvo en plano y unirlo luego como si de una sola plancha se tratase, devolviendo la pieza a su forma original. Y así lo hizo, aunque no con total habilidad, pues parte del objeto, ya de por sí muy deteriorado en algunas de sus zonas, quedó parcialmente dañado.

Una vez lo consiguió, pudimos apreciar que se trataba de un manuscrito. Don Ramiro completó en él un magnífico trabajo de artesanía, engarzando el conjunto en un noble estuche de cuero de

un palmo por tres que, previamente tapizado de terciopelo rojo, adquiría una presencia mucho más sólida y valiosa. Por otra parte, el cambio era tan espectacular que podía ser exhibido sin el peligro de que nadie lo identificase con el original.

Y se expuso, se expuso en su sala durante varias semanas, y hubo algún cliente interesado en adquirirlo, pero don Ramiro nunca vendía. Se limitaba a escuchar ofertas con la vaga promesa de que incluiría aquella joya en su próxima subasta. Llegó la subasta y el manuscrito de cobre no entró en catálogo. Lo interrogué sobre el motivo de esa decisión, y me confesó que estaba a la espera de varios peritajes, que había consultado su valor con algunos expertos para apurar todas las posibilidades y no partir de un precio de salida demasiado bajo. Como comprenderán, le mostré mi disconformidad porque estaba jugando también con mi dinero. Pero don Ramiro era sumamente persuasivo, y me convenció de que merecía la pena la espera si eso significaba duplicar nuestras mejores expectativas hasta el momento.

Pues bien, los informes sobre datación, origen y valor arqueológico resultaron decepcionantes. Un fiasco, vamos, pues el más generoso no llegaba más allá del siglo XVIII, así que decidimos incluirlo definitivamente en la planificación de la subasta siguiente. Una subasta que nunca llegó a celebrarse. Semanas antes de la fecha, don Ramiro me comunicó que había recibido una oferta extraordinaria. Nada menos que dos millones de pesetas, de las de entonces. Y que iba a llevar personalmente el manuscrito al interesado, un hecho por completo inusual desde que yo lo conocía. Ante mi extrañeza por tanta disponibilidad, me respondió que con tan señalado comprador había que hacer excepciones; se trataba, según sus palabras, de alguien con categoría a quien no podía exigir desplazarse hasta su sala. Se negó a revelarme su identidad. Yo entonces sospechaba que quería darme gato por liebre, que en una operación tan forzada al secretismo seguramente sacaría bastante más dinero que el que me había dicho. Pero un millón era una suma tan golosa, tan inaccesible, que no puse objeciones.

Es de suponer que la mañana siguiente acudió a formalizar la entrega. Y no volvió. Nada se supo de él hasta casi dos meses más tarde, cuando descubrieron su coche en las orillas de aquel embalse, con su cadáver dentro. Como podrán imaginar, ni rastro de aquella

pieza que le había costado la vida. Porque don Ramiro había sido asesinado, según la Policía, antes de que lo arrojasen al agua.

Como me temía, la investigación llegó hasta mí. Yo me limité a explicar desde el principio las cosas tal y como me las había contado él, aunque, para protegerme, difuminando un poco las fechas y haciéndome el longuis sobre el objeto que pretendía vender. Salí bien librado, pero aquello me revolvió las tripas. Y no solo por la horrible muerte de un hombre a quien tenía afecto. A fin de cuentas, yo era el proveedor y, tanto la Policía como quien hubiese asesinado a don Ramiro, podían asociarme tarde o temprano. Decidí cambiar de aires y solicité mi traslado aquí, a la ciudad donde había nacido mi mujer, que en paz descanse; traslado que obtuve meses después. Abrí una ebanistería, que compaginé con mi sueldo de funcionario hasta poco antes de mi jubilación, fecha en que aquel taller pasó a convertirse en la modesta y abandonada sala de antigüedades que ustedes ven, y cuyo dueño es lo más arcaico del catálogo. Y esto es todo lo que puedo decirles sobre ese supuesto patrimonio de los Franco.

Hipólito Alenza desentumeció el cuello, afirmó las lentes sobre el caballete de su nariz, e hizo ademán de servir más café. Araceli rechazó la oferta y preguntó.

—¿Superó ya su vicio?

El anticuario la miró con aire perplejo. Yo también.

—El juego —puntualizó ella.

Alenza esbozó una tristeza que quería ser sonrisa.

—La vida te va enseñando que hay cosas más importantes —dijo lentamente, con solemnidad arciprestal—. Aunque te lo enseñe tarde. Sí, aquello terminó cuando terminó Madrid.

—¿No tiene ninguna sospecha respecto a la autoría del asesinato del señor Miravalles? —intervine.

—Claro que la tengo. Desde el primer día. Aquel comprador. Lo que no sé es quién demonios era.

—Es de suponer que usted conoció el contenido de aquella plancha de cobre.

—Nunca he entendido el arameo.

—¿Cómo sabe entonces que estaba escrito en esa lengua? —apuntó rápidamente Araceli.

—Lo dijo don Ramiro.

—Si Miravalles sabía que estaba escrito en arameo, ¿cómo es que dio por buenos los peritajes que lo dataron en el XVIII? —mi compañera apretaba sin compasión sobre el aparente titubeo de Alenza.

—Él era un entendido. Yo, en ese terreno, un ignorante. Si él decía que era arameo, sus motivos tendría.

—¿A qué expertos consultó Miravalles? —tomé el relevo.

—No puedo decirle. Don Ramiro llevaba esos contactos personalmente y no me daba cuenta alguna de sus gestiones comerciales.

—¿Le dicen algo los nombres de Samuel Banon y Arsenio Grebas?

—Nada en absoluto.

—El primero, rabino. El segundo, sacerdote católico —amplió Araceli.

—Nada en absoluto.

Cuando fuimos a visitar a Samuel Banon, yo ya vivía exclusivamente para esta historia. No es solo que hubiera abandonado por completo mi proyecto de novela, que Gregorio de Tours y sus francos hubiesen pasado a formar parte de un archivo desahuciado y sin interés, sino que había desatendido por completo el resto de mi vida personal, cualquier cosa que no fuera pensar en aquel proceso que, de forma paulatina, pero con la eficacia de una inyección intravenosa, se había abierto paso en mi cerebro. La sandunguera Wilma había dejado de ser para mí una alegría a tiempo parcial en la casa para convertirse en una sombra de colores que, día sí y día no, vagabundeaba por los pasillos sin atraer la atención de mis ojos. Ni a mi hijo, ni a Cris, ni a la dudosamente estable pareja MónicaLucas les dedicaba durante un segundo mi pensamiento; tampoco ellos el suyo a mí, la verdad, y en aquel momento era de agradecer que me hubiese convertido en un nombre inexistente en su lista telefónica. Y por lo que se refiere a Nuria, despachaba sus llamadas, que no fueron pocas, con presurosa indiferencia.

Inmerso en aquel juego de muñecas rusas, de cajas chinas. Así vivía. Intentando pelar una cebolla que dejaba al descubierto nuevas capas bajo la recién levantada. Como aquel cuentecillo que aprendí de mi padre cuando apenas sabía leer:

Los apóstoles rodeaban la cabaña. Jesús se levantó, tosió y dijo:

—Pedro, cuenta un cuento de esos que tan bien sabes y tan mal dices.

Pedro se levantó, tosió y dijo: «Los apóstoles rodeaban la cabaña. Jesús se levantó, tosió y dijo: Pedro, cuenta un cuento de esos que tan bien sabes y tan mal dices. Pedro se levantó, tosió y dijo:

—Los apóstoles rodeaban la cabaña…».

Y así, hasta el infinito.

O hasta que el hartazgo ponga fin a la espiral.

Araceli y yo no estábamos precisamente hartos a aquellas alturas. Por el contrario, con paciencia franciscana habíamos desmenuzado cada pormenor de nuestra visita a Burgos y cuanto había dado de sí la entrevista con Alenza. No podía negarse que había significado un avance, una piel menos en el viaje hacia el corazón de la cebolla: llegamos buscando un rollo de cobre y salimos con una pieza de gran valor económico. Metafóricamente hablando, por supuesto, porque ni uno ni otra eran sino conceptos, palabras en nuestra boca y en la del interlocutor. Pero ambos nos habíamos marchado de aquella tienda con un regusto de insatisfacción. Y no era tanto por haber sabido que la antigüedad del objeto reducía su presunto valor arqueológico hasta convertirlo en una anécdota dieciochesca, de lo que se deducía que el texto, por muy arameo que fuese, había sido inscrito en época muy distinta a la que revelaban sus características léxicas. Tampoco podían obviarse ciertas contradicciones, como el hecho de que el material se hallase tan deteriorado con poco más de dos siglos de existencia. No, ni en mi caso ni en el suyo había motivo concreto para ese sentimiento. Era como haber tenido al alcance de la mano algo cuya importancia nos había pasado inadvertida. Quizá el ambiente que allí se respiraba, la historia misma, los efluvios personales transmitidos por el propio Hipólito Alenza.

—Un hombre solitario —había apuntado ella cuando repasamos los pormenores de la reunión. Exactamente así me había definido días atrás López Pachón, y, frente al ejemplo de Alenza y del suyo propio, quise creer que también la soledad admite grados.

—Y triste —agregué por mi parte—. Mana de su cuerpo una amargura que te impregna, que resulta hasta molesta.

Solitario y triste. Como ella, pensé de inmediato. No, en lo de la soledad podíamos coincidir ambos con otros muchos, pero Araceli no era exactamente triste, solo un poco cabezota. O tal vez yo estaba elaborando una nueva mentira piadosa respecto a la singularidad de mi traductora.

—Puede ser, si aislamos su actitud de sus palabras —objetó—. Al menos, cuando nos refirió el episodio Miravalles había en ellas un deje de desenfado, hasta de ironía. Un cierto distanciamiento.

—Culpable —concluí—. La palabra es culpabilidad. Como si penase una grave falta.

Una falta que no tenía por qué estar relacionada con el caso, había apuntado ella con aparente buen criterio. Al final, y aunque todo lo acusaba como autor del robo en el museo, Hipólito Alenza había sido una víctima más: con el asesinato de Miravalles perdió al mismo tiempo su parte en el negocio y a su perista de confianza. Por otra parte, cuarenta años dan para muchas decepciones, y su vida de entonces acá nos era prácticamente desconocida. Excepto el episodio de la muelle de su esposa, con suficiente carga emocional para justificar una personalidad depresiva, nada nos había dicho de su experiencia después de abandonar Madrid.

—Habló de un hijo. Podríamos intentar dar con él.

La propuesta de Araceli me había parecido entonces un riesgo innecesario, y no solo porque significaba actuar a espaldas de nuestro servicial confidente, sino por las consecuencias de nuestra intromisión en el propio hijo.

—Lo mismo no sabe nada de aquel episodio de su padre y le jodemos la vida.

Y nosotros no queríamos joderle la vida a nadie. Solamente queríamos saber; tanto cuando visitamos a Alenza, como ahora, frente al domicilio del rabino, una casa de planta única ubicada en un barrio al noroeste de Madrid batido por el gélido aliento de la sierra.

Samuel Banon arrastró sus ochenta y cinco años para recibirnos personalmente en la puerta. Caminaba a pasos cortos, la cabeza y los hombros vencidos hacia delante en un ángulo inverosímil, como buscando la tierra, esa tierra que ya reclamaba el abrazo de un

encuentro definitivo. Con voz más que firme en una persona de su edad, se disculpó por no haber podido atendernos antes, pero había llegado desde Viena la misma víspera. Un viaje obligado, un adiós necesario a los rincones de juventud, una despedida de un hijo y de la extensa familia con que el Altísimo había tenido a bien honrarlo.

—Porque con esta edad, en cualquier momento…

—Nunca se sabe, señor Banon —Araceli asumió de nuevo su papel de consolar a los sufrientes—. Mi abuela cumplió los cien.

—Vaya si lo sé. Por mucho que nos empeñemos, siempre llueve hacia abajo.

Con esa máxima en la boca, nos había acomodado en un pequeño recibidor. Apareció entonces una mujer de cuarenta y tantos con aspecto de recién salida de la ducha a quien nos presentó como su hija y que, tras los pertinentes saludos, se atrevió a regañarlo con un acento de ternura en la voz por haber abierto la puerta sin su conocimiento. Cuando nos dejó a solas, Banon, que había seguido la traza de aquellos pasos por la antesala con una mirada que parecía una bendición paterna, declaró para sí, o como si enviase una petición al cielo:

—Por ella debo irme cuanto antes. Me ha dedicado su vida, y ya va siendo hora de que le pertenezca.

A través de la ventana se veían copos del tamaño de motitas de polvo revueltos por un ventarrón cada vez más atrevido. La luz del crepúsculo jugaba a sombras chinescas con las arrugas de Banon y, al posarse en sus gafas, devolvía un reflejo amarillento que distorsionaba la percepción de unos ojos presumiblemente glaucos y sin duda sometidos a la tiranía de las cataratas. Araceli rompió el silencio creado por las últimas palabras del rabino para interrogarlo sin preámbulos respecto al manuscrito de cobre, y yo apoyé sus palabras con la consabida foto. El viejo rechazó mi papel por inútil.

—Solo veo sombras, señor Casares. Sombras sin perfil. Tendrán que conformarse con la memoria.

Por fortuna, su memoria parecía fresca, y admitió que en cierta ocasión se le había requerido como experto en lenguas semíticas para peritar un material que concordaba con el de nuestro interés.

—Fue poco antes del primer simposio de estudios sefardíes que se celebró en Madrid. Lo recuerdo bien porque comenté el caso con algunas personas que asistieron a aquellas reuniones.

Banon se detuvo y guardó silencio mirando al techo, como si intentase rebobinar la película de su vida hasta llegar al punto exacto.

—Así que tuvo que ser a primeros de 1964 —concretó— o, como mucho, a finales del año anterior. No puedo precisar más. Haría cuatro o cinco años que se había inaugurado la antigua sinagoga de la calle Pizarro.

—Parece que otro experto —dije—, el sacerdote católico Arsenio Grebas, fue consultado también en aquella época respecto al mismo documento. ¿Trabajaron juntos?

—Grebas era un gran entendido con quien coincidí en algún simposio. Pero ignoro si él intervino en aquel caso. Si lo hizo, fue por su cuenta, porque yo trabajé solo.

—Por lo que sabemos, su informe fue bastante negativo.

Samuel Banon inclinó ligeramente la cabeza, como si no entendiese el alcance de la pregunta.

—¿En qué sentido?

—Respecto a su antigüedad, por ejemplo.

—Por su análisis paleográfico, pertenecía al siglo primero de la era común. No sé si en su opinión eso es negativo o positivo.

—Pero su informe de aquel caso, ¿no fue desfavorable?

—Todo lo contrario —pareció sonreír, pero solamente fue una mueca—. Era un documento de inequívoco valor arqueológico.

El testimonio del rabino contradecía la versión de Hipólito Alenza. O, al menos, la que él había recibido de Ramiro Miravalles. Estaba claro que el anticuario mintió a su socio con la innegable intención de sustraerle parte de ese cincuenta por ciento que le correspondía.

—¿Está seguro de que no se trataba de una falsificación del siglo XVIII? —insistí.

—Por lo que se refiere al texto, no. Aunque no tuve oportunidad, ni medios, para confirmar la datación del soporte.

—¿Pujó por él?

—¿Yo? Pobre de mí. No, no. Me limité a dar mi parecer, y a informar de su existencia a quienes pudieran estar interesados, recomendando su adquisición.

—¿Al gobierno de Israel, por ejemplo? —se interesó Araceli, que tomó la iniciativa del interrogatorio.

—No exactamente al gobierno, pero supongo que mi opinión llegaría a sus oídos.

—¿A Yigael Yadin?

En aquel momento, ese nombre no significaba nada para mí. Por lo que Araceli me explicaría después, tras la entrevista con Samuel Banon, se trataba de un militar, político y arqueólogo israelí que impulsó decisivamente las investigaciones sobre los documentos del mar Muerto y que, en aquella época, entre 1963 y 1965, estaba empeñado en las excavaciones de Masada, la última fortaleza judía que sucumbió ante las legiones romanas. El propio Yadin se había encargado personalmente de la adquisición de varios manuscritos de Qumrán que, en los primeros años tras el descubrimiento, quedaron en manos de marchantes cuyo máximo interés era obtener una buena suma por ellos. Concretamente, en 1955, y a cambio de un cuarto de millón de dólares, Yigael Yadin obtuvo para su país una serie de documentos que se unieron al resto en un museo construido al efecto en Jerusalén y llamado Santuario del Libro. Aunque la actitud oficial israelí no había sido en absoluto exclusivista, poniendo aquel material a disposición de expertos internacionales, Yadin figuraba entre los investigadores más prestigiosos, con varias traducciones y comentarios sobre algunos de los textos.

—Supongo que el señor Yadin intervendría —admitió Banon—. Al fin y al cabo, Israel tenía que estar forzosamente interesado en un material de su propiedad que había salido ilegalmente del país.

—En aquella época —puntualizó Araceli con visible énfasis—, al menos cuando se hallaron los primeros documentos, no existía el Estado de Israel. En todo caso, pertenecería a otros países.

—No creo que precisiones geográficas de ese tipo aporten nada al asunto —tercié de inmediato, antes de que el rabino aceptara una polémica que podría derivar en un repliegue de su buena disposición—. Lo que interesa es si finalmente lo compraron o no, señor Banon.

—Lo desconozco. Yo me limité a informar, y desde entonces no he sabido nada más al respecto.

—¿Pudo traducirlo íntegro?

—Apenas una sexta parte, pero fue suficiente para valorarlo.

—El preámbulo.

—Eso parecía, un preámbulo.

—¿Podría referirnos sucintamente su contenido?

—Lo siento. Actué como perito y debo respetar la confianza que su propietario depositó en mí.

—Como la respetó cuando fue con el cuento a Yigael Yadin —soltó ella con un deje de sorna en sus palabras.

—Por favor, Araceli —le rogué tranquilidad con mirada doliente—… Sigamos, señor Banon. Debo entender que trabajó usted con una copia.

—Con el original. Pasé diez horas encerrado, con el propietario encima de mí, sin quitarme ojo. Hasta cierto punto era lógica su desconfianza, tratándose de una joya.

¿En la sala de la calle Columela o en casa de Ramiro Miravalles?

Samuel Banon torció el gesto, como si un dilema le emborronase la mente.

—¿Miravalles? No guardo ese nombre entre mis recuerdos.

—El anticuario Ramiro Miravalles era el propietario.

—No, no. Quien entró en contacto conmigo, quien solicitó mi informe se llamaba… A ver… Tenía un nombre griego.

—¿Hipólito? —preguntó Araceli tras un largo silencio.

—Hipólito, eso es.

—Hipólito Alenza —recalqué.

—El mismo. Así se llamaba.

Hipólito Alenza nos había engañado como a un par de tontos. Aquella sensación que nos impregnaba al salir de su establecimiento no era otra cosa que el indefinible tufo de la mentira. En aquellos primeros instantes de incertidumbre, e imponiéndose a cualquier otro razonamiento, las incongruentes frases de Adolfo López Pachón me retumbaban como timbales en la memoria. Alenza y el diablo. Lo había visto en sus pupilas. El policía, desde su turbulencia mental, me comunicó una corazonada que ahora los hechos parecían corroborar, tal y como Araceli había adelantado. Si Alenza había sido el consultante, parecía obvio que también él hubiese eliminado a Ramiro Miravalles para obtener el derecho exclusivo sobre la pieza. Otra cosa es lo que hiciera después con ella, aunque lo más probable es que la vendiese al mejor postor. Araceli tenía sus objeciones respecto a este último extremo.

—No llegó a un acuerdo. Ni a través de Banon ni de Grebas. De

haber sido así, el manuscrito estaría en el Santuario del Libro. Al menos, se habría comunicado oficialmente la adquisición.

—¿De veras lo cree así?

—No hay motivo para pensar lo contrario. Mire, durante muchos años se acusó a la Escuela de Estudios Bíblicos de retener y ocultar información. Una calumnia que el tiempo se ha encargado de desmontar. Ya se han publicado cuarenta volúmenes y lo que falta está a punto de publicarse. Todo lo que se conoce está a disposición de quien quiera leerlo.

—Exactamente: todo lo que se conoce. Y una experta como usted ni siquiera había oído hablar de este asunto hace un mes. Esos tres palmos cuadrados de cobre pueden ser una bomba, al menos desde el punto de vista propagandístico, tal y como usted misma admitió. Y una bomba se almacena en lugar seguro hasta el momento justo de ser lanzada.

—¿Piensa que alguien pueda estar usándolo como elemento de influencia?

—O como moneda de cambio. O, por qué no llamar a las cosas por su nombre, como medio de extorsión.

—Qué cosas dice.

—De todas formas, no sabemos si hubo un tercer perito. O un cuarto. Ni el número ni la identidad de los postores. Ni siquiera si finalmente se vendió. Lo único que sabemos es que Alenza nos debe una explicación.

Como Araceli Zúñiga de Entresotos me la debía a mí por esas dos embestidas que le había dedicado a Banon y que habían puesto en peligro mi entrevista.

—¿Su entrevista? —explotó al escuchar mis argumentos—. Habíamos convenido que esto era cosa de dos.

—De acuerdo —me excusé—. Puso usted en peligro nuestra entrevista.

—Yo también lo siento. Intentaré que no vuelva a suceder, pero es que me subleva la hipocresía.

Por lo que se refiere a la necesaria explicación de Hipólito Alenza no podía producirse, en el mejor de los casos, hasta el día siguiente. Había quedado en recoger a mi compañera de interrogatorios en la universidad, a media mañana, una vez ella hubiera dejado resueltos sus asuntos académicos. La espera se

prolongó hasta cerca del mediodía con mi consiguiente dosis de malestar por la impuntualidad. La irritación acabo como por ensalmo al verla salir. Sorprendentemente, vestía de forma muy distinta a la habitual: pantalón vaquero, un jersey liso de lana naranja, y el pelo atado en coleta con una cinta de color parecido; en lugar de abrigo, un plumas, eso sí, negro. Sobre su piel, sin embargo, ni la más leve sospecha de maquillaje ni pintura: cutis de agua y jabón. Quise creer que su abandono del oscurantismo era un homenaje a mi persistencia y enterré cualquier reproche por su tardanza.

Cuando llegamos a Burgos nevaba con fuerza. Al tiempo que las arboledas junto al Arlanzón se iban tocando de blanco, el centro de la ciudad vivía su sobremesa en torno a la catedral con el mismo clima de plácido recogimiento que cuarenta y ocho horas antes.

Las campanillas de LA PIEDAD anunciaron nuestra entrada con un gusto a *déjà vu*. En esta ocasión, por el contrario, el local aparecía vacío de presencia humana, tan vacío como el mostradorcillo que su propietario ocupaba aquella otra tarde. Llamamos a la puerta interior, la que presumiblemente comunicaba con la vivienda, sin resultado. Estaba abierta y me asomé, gritando el nombre de Alenza varias veces. La respuesta del silencio nos animó a avanzar por la escalerilla hasta la planta superior, donde una nueva puerta daba acceso al domicilio del anticuario. Abrimos tras un nuevo intento de llamada que también quedó sin respuesta. El vestíbulo desembocaba, casi sin pasillo de transición, en una penumbrosa sala. Unas cortinas marcaban al fondo una leve línea vertical de luz proveniente de la calle. Solo penumbra. Y hedor, una fetidez que superaba todas las hipótesis respecto a un recinto sin ventilación, largamente cerrado. Araceli pulsó el interruptor y ambos quedamos paralizados por la escena. En medio de la sala, despatarrado al pie de un sofá, Hipólito Alenza buscaba algo en un lugar que no estaba al alcance de la vista. Su rostro calavérico, más escuálido ahora, jaspeada entre gamas de cárdeno, cerúleo y gris. Tenía la boca abierta en una mueca casi teatral y las manos cerradas en puños como muñones de caucho. El cordón negro alrededor de su cuello parecía una corbata de luto anudada con prisas para asistir su propio funeral.

Apagué la luz y tiré del brazo de mi compañera para sacarla de

allí. Con increíble calma, dadas las circunstancias, abandonamos la sala de antigüedades después de confirmar que la calle estaba despejada. Alcanzamos el coche, que empezaba a cubrirse de nieve, y arranqué en busca de la salida más directa. Hasta que nos vimos en la autovía, lejos de la ciudad, no acopié valor suficiente para verbalizar el mal trago.

—Lleva muerto bastantes horas. Puede que desde poco después de nuestra visita, esa misma noche.

Araceli callaba.

—Debió de encontrarse a los delincuentes en casa —quise teorizar—. Una putada, perder la vida por defender el patrimonio.

—No fue así, Ángel —dijo ella con pasmosa seguridad—. Lo asesinaron. Fueron a por él.

Ahora callé yo, aguardando su hipótesis.

—Lo estrangularon con un *guertl.*

—Con el cordón de una cortina —puntualicé.

—Las cortinas tenían cordones dorados. Era un *guertl.*

—¿Y qué demonios es eso?

—Deriva del alemán *gürtel*, que significa correa o cinturón. Es una palabra que proviene del yidis, una mezcla de alemán, hebreo y arameo que crearon los asquenazíes, los judíos de centroeuropa. El *guertl* es una especie de cinturón, un largo cordón de seda negra trenzada que los *hasidim* se ciñen a la cintura como liturgia de purificación.

—Ya. Una especie de cilicio, pero en suave. Segunda pregunta: ¿que demonios son los *hasidim*?

—Los fieles, los temerosos de Dios. Los judíos ultraortodoxos.

—¿Esos chiquitos de los rulos?

—Son tirabuzones, no rulos.

—Bueno, pero supongo que los usarán para hacérselos.

—No se ría. ¿Siempre se toma la muerte ajena con ese humor?

—No me río ni de la propia. Usted cree entonces que el autor es uno de esos *hasidim.*

—Si lo es, resultaría muy descarado, ¿no? O el autor está loco dejando pistas o, al revés, lo ha hecho para despistar.

—Quizá ni una cosa ni la otra. Quien lo hizo pudo entrar a robar y lo asesinó con lo primero que encontró a mano en una tienda de antigüedades. Podía tener ese cinto en exposición.

—Alenza estaba muerto arriba, en su casa, no en la tienda.

Tuve que admitir que sí, que se trataba de un asesinato más que raro y que, aparte de cuanto significaba de dramático, nos había impedido pedirle cuentas a aquel mentiroso. Pero, en realidad, apenas habíamos pasado unos segundos en aquella sala, y probablemente se nos habían escapado detalles que una investigación más rigurosa pondría de relieve.

—¿Cree que lo guardaba él? —me interpeló—. Ese manuscrito. Que lo han matado para robárselo.

—Cualquiera sabe.

Lo único que yo sabía en aquel momento es que no podíamos seguir sin cadenas. La nieve ocultaba por completo la autovía y el temporal arreciaba hasta el punto de que el limpiaparabrisas no daba abasto. La media hora que empleé en colocarle los auxilios a las ruedas apenas nos permitió avanzar un kilómetro, pero conseguí a cambio unos estupendos zapatos encharcados. El atardecer cayó de repente, como una sábana de satén moreno, mostrando inmóviles luminarias que, por delante y por detrás, nos ofrecían el pobre consuelo de saber que no éramos los únicos náufragos en aquel mar de copos.

Llamé a emergencias, y me repitieron todas y cada una de las normas conocidas para estos casos. En cuanto a esperanzas de rescate, tan ilusorias como confiar en la pronta llegada de las máquinas quitanieve. Estábamos a cuarenta o cincuenta kilómetros de Burgos y a triple distancia de Madrid, era casi noche cerrada y las posibilidades de dormir en una cama prácticamente nulas.

—Calefacción y paciencia —sentencié mientras me descalzaba y tendía mis calcetines al alcance de los chorros de aire caliente—. Tranquila, están limpios y no me suelen oler los pies. Lástima una buena petaquita de coñac.

Y lástima algún bocadillo, y una botella de agua. Y un cigarrito de vez en cuando, porque abrir la ventanilla era un suicidio. A pesar de la calefacción y de los acelerones con que animaba a la batería, la temperatura iba descendiendo de forma alarmante. Tampoco estaba muy seguro de que mi viejo coche aguantase muchas horas al relente. Araceli, por el contrario, parecía soportar la situación con envidiable temple espartano.

Encendí la radio en busca de información y compañía. Resultaba

casi hiriente escucharla en una situación tan particularmente difícil. Como si uno hubiese dejado de pertenecer al mundo. Todos seguían tan campantes con sus chorradas cotidianas mientras tu problema iba creciendo minuto a minuto. Era una rabiosa sensación de abandono y soledad, como una patada en la espinilla que no se olvida del todo una vez superado el escozor inicial.

Dicen que las situaciones extremas contribuyen a conocer mejor a las personas. En esos casos, el prójimo puede ofrecer su vida a cambio de la tuya o, por el contrario, devorarte para sobrevivir. Bueno, puede que sea uno de los muchos tópicos en que basamos nuestra convivencia, aunque es cierto que, al menos, tales coyunturas dan pie a fomentar la comunicación. Porque pasar tantas horas en un espacio tan cerrado como un coche, sin posibilidad alguna de estirar las piernas y bajo el grave riesgo de congelarte si sales a hacer tus necesidades, solo te ofrece dos opciones: o bien te duermes, o algún que otro comentario personal surge tarde o temprano. Y así sucedió en nuestro caso. Enseguida dejamos a un lado el tema que nos había unido, incluso el sobresalto sufrido pocas horas antes, para pasar a hablar de nosotros mismos. Creo que fui yo quien abrió el fuego, con motivo de alguna frase en la radio. El caso es que enseguida estaba en plena biografía, hablando de mi origen malagueño.

—Mejor dicho, perchelero. Del barrio del Perchel. Los malaguetos, los del otro lado del río, nos tienen por chulos intratables.

—Pues a eso no me gana, que yo nací en Chamberí. ¿Sobre qué escribe?

—He sido periodista hasta ayer mismo. Me dieron la boleta y ahora me entretengo con narrativa.

—Yo también lo intenté. Me gustaba escribir.

—¿Ya no?

—Tengo publicados algunos ensayos, pero no he prosperado en la ficción.

—Falta de tiempo.

—Y de talento. La única novela que empecé se quedó colgada hace mucho.

—¿De qué iba?

—Era una historia de terror.

—No puedo creerlo. Cuénteme. Estamos en una situación propicia.

Por primera vez vi en sus labios algo que sugería una sonrisa.

—Bueno, digamos que se trataba de la historia de una evolución, una atroz e intrigante evolución. Gema, la protagonista, descubre un día que un pequeño eczema ha brotado en su mano izquierda. Inicialmente no le da importancia, pero al ver que no desaparece, decide ir al médico. Este indaga acerca de las causas de la afección, tal vez un alimento, un roce alérgico; pero ella no es capaz de ofrecerle una respuesta: ya ha reflexionado al respecto y no recuerda nada que pueda haberle provocado semejante cosa. Le encarga una analítica y le recomienda que piense sobre qué posibles causas externas puedan haberlo inducido. Ella bucea en su memoria, intentado extraer todos los recuerdos posibles del día en que observó por vez primera aquella mancha en su mano. Todos los pormenores: con quién estaba, lo que comieron, sus actividades, con qué materiales pudo entrar en contacto, pero nada.

»En la siguiente visita al médico, este le comunica que no hay anomalías en su analítica y que la causa tiene que ser externa. Gema le va repitiendo esos recuerdos escritos, hasta que cae en la cuenta de que un detalle se ha escabullido de su percepción, lo único que podía ser calificado de extraordinario en aquella fecha: el sitio donde descubrió la mancha, el lavabo de una pequeña casita que había adquirido recientemente en una aldea de la montaña. En ningún momento se le ocurrió mencionar al médico tal detalle, pero en su interior algo le decía que el lugar estaba directamente relacionado con la repentina erupción.

»La acción avanza con diversos avatares personales de la protagonista, que observa cómo aquella marca se activa, progresa y parece cobrar una especie de vida propia cada vez que visita la casa rural. Y, al tiempo, percibe que hay algo que tira de ella, algo que la transforma cuando está allí. Solo cuando está allí. La tensión va creciendo. Quiere irse, pero no puede, como si algo se apoderase de ella. Y ya está.

—¿Cómo que ya está? ¿Y el desenlace?

—No hay desenlace. Ahí me quedé.

—No puede dejarme con la miel en los labios. Tiene que acabar esa historia.

—Fui incapaz.

—Pues ahora. Venga, avancemos entre los dos.

—Hace un frío insoportable. Congela las ideas.

Gateando hasta los asientos posteriores, conseguí acceso al maletero, donde guardaba una manta arrumbada desde la lejana época en que me daba por las excursiones campestres. No era gran cosa, pero podía ayudar. La compartí con ella y quise insistir en la frustrada historia de Gema y su mácula. Pero Araceli, acurrucada bajo el plumas y su mitad de manta, parecía haber perdido todo interés al respecto.

El informativo abrió con el temporal. Centenares de autobuses, camiones y turismos habían quedado atrapados por la nieve entre Madrid y Burgos. Al fin existíamos. Y no éramos los únicos afectados: el tráfico ferroviario estaba suspendido en buena parte del tercio norte y las previsiones anunciaban alerta en once comunidades. De nuevo, los consejos de la Dirección General de Tráfico para quienes nos hubiera tocado la china. Gracias.

—Quién le iba a decir que pasaría una noche conmigo, ¿eh?

Me miró fijamente durante unos segundos. La luz ambarina que proyectaba el panel de la radio revelaba en su perfil un matiz nuevo y sugestivo, como de esfinge antigua.

—Creo que tiene usted un concepto bastante equivocado de mí.

—¿Sí? A ver qué es falso de la siguiente ficha: Araceli Zúñiga de Entresotos. Cuarenta y tantos —desdibujé favorablemente en unos años la edad que aparentaba—. Hija de buena familia. Devotísima de su profesión. Encerrada en sí misma. Fobia a lo masculino…

—Pare, pare. Rebaje la edad. Los cuarenta y tantos se limitan a cuarenta y tres. De la familia apenas me quedan los apellidos. Cierto que mi profesión es lo primero, casi lo único, pero no vivo encerrada. Ni reniego de eso que usted llama lo masculino: simplemente, no me interesa.

—Falta de experiencia —ironicé.

—Un matrimonio, ¿le parece poco?

—No me diga que está casada.

—Lo estuve. Once años, hasta que mi marido se encaprichó de otra, seguramente mucho más divertida que yo. Me casé embarazada, así que no me puede acusar de timorata. Mis dos hijas viven con él en Canadá. Y con ella.

—Vaya. Cuando se mete la pezuña hay sacarla lo antes posible. Lo siento.

—No es para sentirlo —giró ahora su cabeza en dirección a la nada oscura, hurtándome la línea de sus ojos. Parecía hablarle a la noche—. Al contrario, el divorcio me salvó de la condena al ostracismo, me concedió una libertad que antes solo existía en apariencia. Pude viajar, estudiar y conocer a gente interesante en mi profesión. Gracias a ella soy lo que soy, y ahora esa libertad está por encima de todo.

—Ya. ¿Ha pensado alguna vez que esa novela que nunca acabó tiene un cierto aire de parábola respecto a su vida?

—Desde el primer día —admitió sin pensárselo—. El terror de una mujer frente a lo desconocido. Empecé a escribirla durante mi convalecencia tras el accidente en Israel. Hacía un año de la separación. Por eso se quedó a medias. Ya no hay terror. Ya no me interesa.

—La escritura como terapia. No está mal pensado, lo mismo me animo.

—¿Y qué hay de usted, de ese punto de cinismo con que viaja por la vida?

Era un buen golpe. Directo donde pica. En un regreso a lo biográfico, le referí a grandes rasgos mis avatares personales y profesionales hasta llegar al momento en que nos habíamos conocido.

—Y no volvió a casarse —apuntó ella como conclusión.

—Confidencia por confidencia: no sé tratar a las mujeres.

—¿Miedo?

—Respeto, más que miedo. O sí, bueno, miedo. Siempre me seducen, con cualquier detalle me seducen, aunque no esté en su voluntad hacerlo.

—Yo tampoco sé tratar a los hombres. Por el motivo opuesto: por muchos juegos malabares que hagan, nunca me seducen, aunque esté en su voluntad hacerlo.

Con aquella mutua declaración de principios, llegó la somnolencia a los ojos de Araceli. Apagué la radio y aguardé a que estuviese profundamente dormida para cubrirla con la manta completa y duplicar así su eficacia. En aquel silencio mortecino, su respiración y el mecánico soplido del aire caliente parecían inducir

a un sueño inevitable a pesar de todas las incomodidades. Dormí a saltos. Y, entre cabezada y cabezada, pesadillas y peregrinas ensoñaciones se combinaban como capítulos independientes de una suerte de tragicomedia en la que Cris y la propia Araceli intervenían como actrices secundarias.

Amanecía cuando desperté. A través del cristal, de su mínima superficie respetada por la nieve, se contemplaba un paisaje de abrumadora belleza ondulada. Me descubrí tapado por una manta que Araceli había vuelto a compartir. Y con ella misma ovillada junto a mi pecho en busca de un calor suplementario. Allí, inmóvil para no romper la aparente placidez de mi acompañante, con la vista perdida en la nebulosa inmensidad de un horizonte insólito, no pude evitar una reflexión respecto a aquella mujer. Sí, ya sabía que renqueaba un poco, que sus mejillas necesitaban bastante lustre y su pelo algo de cuidado, que aparentaba algunos años de más y que tenía la costumbre de ir a misa los domingos y fiestas de guardar. Tampoco poseía la divina perfección de Cris, ni el culito saltarín de Wilma, ni los promisorios labiazos de Nuria; comparaciones todas completamente absurdas por mi parte, pues a partir de cierta edad ya solo se peca de ese tipo de lujuria con los ojos y en los incontrolables aposentos de los sueños. No, ella era muy distinta, y mucho más cercana a mí de lo que había sospechado. Además, podía estar escuchando esa voz durante horas sin cansarme, y el tacto de sus dedos tenía la eficacia de un reconstituyente.

Entre aquellas apacibles meditaciones navegaba cuando Araceli abrió los párpados. Como si hubiese sido descubierta en un renuncio, recuperó de inmediato la verticalidad en su asiento para poner la distancia entre ambos que la vigilia le exigía:

—Estaba helada. No vaya a pensar lo que no es.

Mis ojos extraviados, mis vagabundeos sin rumbo por la casa, mi cara de poseso frente al monitor, habían llegado a alarmar a la peruanita hasta el punto de interesarse un par de veces por mi estado (—¿Se siente usted bien?), verbalizando así su inquietud por las crecientes rarezas de su patrón doméstico. Y no le faltaban motivos a la chiquilla para poner en duda mi cordura. Esa misma mañana había rechazado una nueva visita de Lucas utilizándola a ella como parapeto. Aun a riesgo de quedar como el tipo más

grosero e insociable de la ciudad, no estaba para nadie. Ni siquiera había querido atender la posterior llamada de Mónica, ni al móvil, que apagué instantáneamente, ni al fijo, que atendió la propia Wilma. No estaba para cuestiones tan triviales como peleas de familia y confidencias íntimas de dudosa gracia. Simplemente, no existía para otra cosa que no fuera aquella maldita y obsesiva historia.

Había escrito a *Judas* una larga carta. Además de referirle con todo lujo de detalles lo acontecido desde nuestro último contacto, quise dejarle bien claro que un asunto del que empezaban a formar parte cadáveres tan contemporáneos no me interesaba en absoluto. Ahora, en nuestro peculiar salón de conferencias, *Dama de Picas* se ocupaba de explicar algunos aspectos que el asesinato del antiguo restaurador había oscurecido para siempre.

Dama de Picas: Alenza, en efecto, cometió ese robo. Pero no movido por las circunstancias que le dijo. Él no era, precisamente, un esclavo del juego; más bien todo lo contrario, un ahorrador compulsivo. Y no por el deleznable vicio de la usura, sino por necesidad.

Santomé: Ninguna necesidad personal justifica el expolio del patrimonio arqueológico, y menos un asesinato.

Dama de Picas: Más despacio, Ángel, más despacio. Imagínese a usted mismo como modesto padre de familia en los primeros sesenta, con un salario que apenas da para llegar a fin de mes. Imagine que tiene un hijo a quien diagnostican una gravísima deformación cardiaca. Imagine que le dicen que no llegará vivo a los diez años y que la única forma de salvarlo es una carísima intervención quirúrgica en un país más avanzado que el nuestro. Buscaría usted ese dinero debajo de las piedras.

Santomé: ¿Por eso robó en el museo?

Dama de Picas: En un caso así, los límites de la ley dejan de ser nítidos, y saltar esa valla que separa lo correcto de lo ilegal es mera cuestión de supervivencia o de responsabilidad paterna. Ese, y no otro, fue el motivo de la sustracción. Como el de otras anteriores de menor entidad que hizo llegar a Ramiro Miravalles, un hombre que, aparte de sus trapicheos, era un informado experto en la materia. Él se encargó de hacer legible el documento con técnica

similar a la utilizada con el llamado 3Q15, otro rollo de cobre hallado en las cuevas del mar Muerto.

Santomé: Ahórrese divagaciones eruditas. Conozco ese y otros detalles.

Dama de Picas: Ha aprendido deprisa. Eso nos ahorra tiempo. El caso es que Miravalles, aunque había deteriorado buena parte del material con su manipulación, enseguida se dio cuenta de que lo que se traía entre manos podía tener un valor incalculable, y no tanto económico, que desde luego lo tenía, sino histórico. Y él, aparte de avezado comerciante, era un coleccionista. Seguro que la posibilidad de deshacerse de aquella reliquia nunca pasó por su cabeza, y eso debió de enfadar no poco a su cómplice, cuyo único objetivo era obtener un dinero que necesitaba con urgencia. Finalmente, fue el propio Alenza quien, tras varias consultas, obtuvo un dictamen más que positivo respecto a su antigüedad. Él estableció esos contactos y acordó la venta al mejor postor.

Santomé: Tras la muerte de Ramiro Miravalles.

Dama de Picas: Una muerte no prevista, todo hay que decirlo. Intentó robarlo por segunda vez; en esta ocasión, de la sala de antigüedades. Su socio lo descubrió y Alenza pasó en segundos de ser un simple ratero a convertirse en asesino. Lo estranguló. Hay que preguntarse qué mecanismo se dispara en la mente de un criminal espontáneo. No creo que fuese premeditado, pero Alenza ahorró cualquier derramamiento de sangre, quién sabe si para evitar pruebas. Aguardó a la caída de la noche para depositar el cuerpo en el propio turismo de Miravalles, condujo lejos de Madrid y lo dispuso todo para que coche y propietario se sumergieran anónimamente en las aguas del embalse de Puentes Viejas.

Santomé: Cuando leí esas precisiones en el informe policial, no pude evitar una asociación con la muerte de Américo Viatore.

Dama de Picas: Pura coincidencia. A falta de tierra, el agua oculta a los ojos lo que no debe ser visto. El caso es que Alenza, con dinero caliente en el bolsillo, solicitó su traslado a Burgos, alegando recomendaciones médicas sobre un cambio de clima para su hijo. La obtuvo en pocos meses, el tiempo necesario para hacer las gestiones con una clínica sueca y organizar la operación del niño. La intervención se realizó finalmente, aunque, por desgracia, fue inútil y el crío falleció un par de semanas más tarde.

Santomé: Habló del niño. Pero en ningún momento se refirió a su muerte. Incluso pensé en la posibilidad de localizarlo y contrastar con él la versión de su padre.

Dama de Picas: De haber sido posible semejante contacto, yo le habría facilitado la pista. Pero déjeme acabar. Tras la muerte de su hijo, Alenza, encerrado en el dolor, se volcó en su esposa y en su trabajo como funcionario para Bellas Artes. Ni siquiera tocó la importante suma que le había sobrado. Como si, consciente de que se trataba de un dinero manchado de sangre, tuviese miedo a emplearlo. Y cuando lo hizo fue para rescatar a su esposa del estado de postración en que lo había sumido la pérdida del niño.

Abrió LA PIEDAD, una modesta ebanistería en la que Hipólito ponía la mano de obra, y que ella regentó hasta su muerte, hace unos nueve años. A raíz del óbito, y por mantener al menos el recuerdo de su nombre, transformó la carpintería en una sala de antigüedades, respetando la denominación original.

Santomé: Teniendo en cuenta que no se llegó a resolver el caso, es significativo que sepa usted tantos aspectos, incluso íntimos, del asunto. No me equivoco mucho si afirmo que conoció personalmente a Hipólito Alenza, ¿verdad?

Dama de Picas: Todo lo relacionado con el asesinato es difícil de confirmar, naturalmente. La Policía solo dio palos de ciego, y Alenza soportó por su hijo todas las presiones, que no fueron pocas. En cuanto al motivo de sus actos, puede preguntar en el hospital Havergens de Estocolmo si en la fecha del 18 de septiembre de 1964 intervinieron a un niño español de cinco años llamado Luis Alenza, y cuál fue el resultado.

Santomé: Creo que sobra esa gestión.

Dama de Picas: Es todo un avance que, por fin, confíe en mi palabra.

Santomé: No me ha respondido sobre su relación con Alenza.

Dama de Picas: La tuve. No puedo darle más detalles.

Santomé: Para no variar. Así que, según usted, que parece saberlo todo, Hipólito Alenza no tenía ese documento cuando lo asesinaron.

Dama de Picas: No. Se deshizo de él hace cuarenta años.

Santomé: ¿Sabe que fue estrangulado con un cinturón ritual

judío?

Dama de Picas: Desconocía ese extremo.

Santomé: Cómo no. ¿Y qué significa para usted ese extremo que dice desconocer? ¿Acusa a alguien en particular?

Dama de Picas: Sobre eso no puedo ayudarlo. Saque usted sus propias conclusiones.

Santomé: Demasiado evidentes. Tanto, que no son creíbles.

Dama de Picas: Tiene derecho a pensar lo que quiera.

Santomé: Faltaría más. Incluso a pensar que me está mintiendo.

Dama de Picas: Nunca le he mentido. Puedo responder o no, pero lo que le digo es cierto.

Santomé: Dígame entonces por qué lo mataron. Y no me venga con casualidades, que no las hay.

Dama de Picas: Era un testigo, un testigo muerto en vida que ningún problema generaba, pero que volvía a la palestra tras su visita.

Santomé: Ahora querrá endosarme a mí la responsabilidad de su muerte. ¿Quién me envió a él?

Dama de Picas: Pero no acudió solo. Y su compañera de viaje ha destapado la caja de los truenos.

Santomé: Vaya. Así que, además de dirigir mis pasos, los vigila. ¿Sabe? Estoy a punto de cortar esta conexión y mandarlo definitivamente a hacer puñetas. Esa mujer no tiene nada que ver con lo sucedido. Y yo necesitaba a alguien que tradujera sus malditos textos arameos.

Dama de Picas: No digo que sea responsable directa. Pero quizá no fue lo reservada que debiera. Mi propio anonimato está en peligro.

Santomé: Allá usted con sus problemas. Estoy hasta las pelotas.

Dama de Picas: Cálmese, señor Casares. Nunca he pretendido que hiciera de Sherlock Holmes. Podía haberle enviado directamente la traducción, pero tenía la seguridad de que la obtendría por sus propios medios. Aun a riesgo de que ese documento se divulgara y llegase a manos inconvenientes, como parece haber sucedido, era el único modo de que confirmase los hechos y confiara de una vez en mi palabra.

Santomé: Cuénteme la historia completa o piérdase para siempre. De principio a fin.

La historia de *Dama de Picas* comenzaba a finales de 1946 y coincidía, en sus aspectos más generales, con la que ya había escuchado de boca de Araceli. En aquellas fechas, un grupo de pastores descubre casualmente los primeros documentos en las cuevas de Qumrán. A partir de ahí, y a lo largo de varios años, Israel intenta reunir todo el material. Organiza expediciones arqueológicas y paga importantes sumas para conseguirlo. Varios personajes hacen su agosto a costa del erario israelí. Finalmente, el resultado del esfuerzo se pone en manos de expertos internacionales que, con mayor o menor prontitud y competencia, y entre no pocas polémicas, divulgan el contenido de aquellos manuscritos. Todos coinciden en su importancia histórica, en la luz que proyectan, tanto sobre el proceso social y religioso de la última etapa del judaísmo antes de la diáspora como de los primeros años del cristianismo.

Hasta aquí, la versión oficial sobre el descubrimiento arqueológico más importante del siglo. Pero no todo el material obtenido en el mar Muerto había sido controlado. Al menos no un rollo de cobre que se halló a primeros de 1947 y se conservó en poder de un patriarca beduino de la misma familia que aquellos pastores que dieron con el filón. En aquella época, la fiebre por obtener material relacionado con las cuevas afectaba a todos los sectores al margen de su nacionalidad o adscripción religiosa. De hecho, varios de los primeros pergaminos habían sido adquiridos por un alto cargo de la Iglesia ortodoxa que finalmente los vendió al Estado israelí. Y, como él, otros muchos se habían lanzado a la búsqueda por zocos y campamentos de cualquier cosa que oliese a Qumrán. Uno de ellos fue Américo Viatore, dominico destinado en Próximo Oriente y que trabajaba para la tan reiterada Escuela de Estudios Bíblicos de Jerusalén. Tardó dos años en culminar su búsqueda, pero finalmente obtuvo el premio gordo del manuscrito. Lo que pagó por él y de dónde salieron esos fondos quedó para siempre en el secreto del sumario. Y para completar un marco tan enigmático, en vez de entregar el resultado de su esfuerzo a la Escuela en cuestión, viajó con él a Italia, donde perdió la vida y el

propio rollo.

Según *Dama de Picas*, cualquier presunción respecto a la autoría de aquel asesinato resultaba tan vana como teorizar sobre las causas del anómalo comportamiento de Viatore. Sea como fuere, las noticias sobre el rollo de cobre se pierden hasta poco después. A lo largo de 1950, la dictadura española negocia su rehabilitación en las Naciones Unidas. La diplomacia franquista mueve los hilos para obtener el mayor número de votos favorables, y muy especialmente el del joven Estado de Israel. El apoyo israelí a una nación castigada por su alianza con la Alemania nazi significaba un gesto simbólico de la máxima importancia que podía hacer bascular la opinión de otros miembros. Con ese objetivo, destacados representantes de la comunidad hebrea en España median ante Israel para demostrar que el régimen de Franco ayudó a miles de judíos europeos en sus intentos de escapar a la persecución nazi. Se mueve ficha por una y otra parte, pero el intento no prospera e Israel, tal y como había anunciado, vota en contra. No obstante, como gesto de buena voluntad, y con la cautela que toda buena diplomacia exige, los mediadores hacen llegar a Franco algunas concesiones que intentan paliar su mala leche por el descalabro. Entre ellos, permisos de intercambio comercial y garantías de inversión a favor de ciertas empresas españolas, además de algunos presentes personales. Entre ellos, un pequeño rollo verduzco que pasa a formar parte del patrimonio privado de Franco y permanece almacenado en El Pardo hasta que, a primeros de los sesenta, va a parar como donación a los archivos del Arqueológico.

Y ahí concluía la historia de *Dama de Picas.*

Santomé: Perfecto. Aceptemos que todo sucedió como usted dice. ¿Y después de Alenza? ¿A quién lo vendió él?

Dama de Picas: Tras Alenza, ha pasado por varias manos hasta hoy. Es una larga trayectoria de sangre y argucias. Podría inundar su ordenador de datos al respecto, pero no aportarían nada nuevo. Ya tiene la base de su historia. Con eso es más que suficiente.

Santomé: Cojonudo. Una puta aventura de dinero y ambiciones. Y contada a medias. Para eso ya tengo a Gregorio de Tours. Es mucho más interesante que usted.

Dama de Picas: Antes de hacer una afirmación tan categórica,

le conviene conocer el resto del documento.

Envié los archivos directamente a la impresora, sin examinarlos siquiera en pantalla. La conversación con *Judas* no había ayudado a mitigar mi estado de irritabilidad, sino todo lo contrario. No podía negar que aquel repertorio de camuflajes, susurros y confidencias que me había sorbido el seso en las últimas semanas había tenido su gracia, además de un creciente interés. Pero la irrupción cercana de la muerte, las insinuaciones respecto al papel de Araceli, el seguimiento del que sin duda había sido objeto, elevaban el asunto a la categoría de peligroso. En aquel momento, sin embargo, no era tan fuerte la sensación de alarma que un abstracto peligro pudiera generar como la mala uva derivada del hecho de haber sido engañado y manipulado.

Primero apareció una foto completa del manuscrito de cobre. Ciertamente, era hermoso, trágicamente hermoso si había que atenerse a lo que de su trayectoria conocía. Mucho más prosaicos los dos folios que salieron a continuación, aquella jerga incomprensible que, como en el caso anterior, tenía que corresponder a la ampliación de un texto original debidamente perfilado.

Evaluaba el alcance del destrozo producido por la oxidación y por la chapuza perpetrada en él por Ramiro Miravalles, cuando llamó Nuria. Volvía a la carga con sus preguntas y veladas amenazas. Yo me sentía muy agotado, para nada proclive a sutilezas, francamente harto de aquel juego del gato y el ratón. Le sugerí que investigase entre los funcionarios del museo, a ver quién había causado baja en su plantilla en los tres años siguientes al ingreso de la pieza. Mi propuesta significaba ponerle tras la pista de Hipólito Alenza, si es que ella tenía la habilidad suficiente para llegar hasta él. Pero ni Alenza ni nadie podía decirle ya una palabra.

—Yo que tú haría eso. Es un asunto que ha dejado de interesarme. Si quieres seguir con él, todo tuyo. Pero deja de darme la paliza, chata.

Por la tarde me acerqué a ver a Araceli. Ya no quedaba rastro de aquella súbita incursión en lo luminoso con que me premió en el último encuentro. Había retornado a su imagen tradicional, tan

oscura, tan fría, tan distante. Me costó entrar en materia, pero conseguí al fin hacerle la pregunta que desde horas atrás me alborotaba el pensamiento. La referida a su necesaria discreción.

—Soy buena —repuso—, y no es inmodestia, pero los hay mejores. Contrasté mi traducción con otras autoridades.

—¿Qué otras autoridades?

—Con mi catedrático jefe, y con un experto de la Escuela de…

—… Estudios Bíblicos de Jerusalén —bufé—. No me diga más.

Parecía desconcertada por mi reacción. Nada extraño, teniendo en cuenta que yo debía de proyectar en aquel momento una imagen de berrinche completamente inédita para ella.

—¿Dónde está el problema?

—Joder, Araceli. Le pedí cautela. ¿Se da cuenta de lo que significa haber compartido ese documento?

—Garantías para la traducción.

—Usted dijo que ningún perito dejaría pasar esta oportunidad. Me temo que ellos tampoco. De haberme hecho caso, puede que Alenza aún estuviera vivo.

Ahora fue ella quien se sumó al tono de crispación. Tampoco la había conocido así, y la mansedumbre de su voz quedó en entredicho por unos segundos.

—Está mal de la cabeza. ¿Insinúa que alguno de ellos puede haber hecho una cosa así?

—Supongo que no —me apresuré a aclarar—. Pero nadie nos garantiza que hayan mantenido la boca cerrada, y no todos los oídos son de fiar.

—Qué idiotez. Por cierto, ¿ha leído la prensa?

No había leído ni escuchado nada. Prácticamente desde nuestro episodio bajo la nieve lo único que había ocupado mi cabeza había sido aquel absorbente asunto.

—Hay una reseña sobre el crimen de Burgos. Dicen que fue un robo. Parece que desvalijaron la casa de Alenza.

—Ni usted ni yo nos lo creemos —alegué con indiferencia.

—Solo tuvimos ocasión de ver aquella sala. Puede que fuera así.

—¿Y el *guertl*?

Se encogió de hombros, como admitiendo humildemente la derrota de sus presunciones. Aproveché la pausa que su silencio me ofrecía para entregarle los nuevos documentos, y añadí la foto como

muestra de confianza. La contempló con similar asombro y admiración que aquella primera vez ante mi ordenador. El mismo brillo en sus ojos, parecida forzada templanza en las comisuras de los labios.

—Me gustaría que completase el trabajo. Pero habrá de hacerlo sola, sin ayudas de nadie, ni siquiera de sus respetables expertos.

—De acuerdo. Si eso calma su paranoia, se lo prometo. Me pondré a ello enseguida —observó los dos folios—. Pero esto es mucho más extenso. Me llevará tiempo.

—El que necesite. Y otra cosa —la tomé de la mano, en un sincero esfuerzo por hacerme entender más allá de mis palabras—: tenga cuidado.

—Por qué, con qué o con quién habría de tenerlo.

Quizá debí decirle algo más en aquel momento. Algo que nada tenía que ver con todo aquello. Algo mucho más personal. Unas frases, al menos, sobre el afecto que ella me merecía. Aunque no lo dije, y me limité a reiterar el consejo.

—No lo sé, pero tenga cuidado.

Aquella fue la última vez que vi a Araceli. El 5 de febrero, seis días después de nuestra entrevista, recibí una carta sin fecha remitida por ella. Había trabajado duro. *Para que vaya avanzando*, decía a modo de preámbulo de la primera parte de la traducción, *aunque no sé si podré seguir con esto hasta el final*. Me extrañó que hubiese elegido ese sistema para comunicarse conmigo, y aquella frase que podía interpretarse como rechazo intelectual hacia el compromiso adquirido o bien como evidencia de imprecisas dificultades externas. Y esta última posibilidad me preocupó. La llamé a casa; varias veces sin conseguir respuesta, pero era ya fin de semana y pensé si habría viajado a uno de sus frecuentes seminarios.

Con esa inquietud sorda revoloteando bajo el esternón, me enfrasqué en un documento cuyo contenido, a medida que mis ojos y mi raciocinio avanzaban sobre él, resultaba más que sorprendente:

(*ILEGIBLE POR DETERIORO*).

… entre los muros de la sinagoga.

Por aquellos días el Rabino Jesús sometía con su palabra a todos sus calumniadores, y daba vida a los muertos, y luz a los ciegos, y turbas de gentes seguían sus pasos aclamándolo como el Ungido, el que ha de venir, el rey de Israel.

Y vivíamos todos en la impaciencia por ver cumplida la promesa y el anuncio de los profetas. Porque el momento era llegado. Y el día de la liberación estaba próximo.

Mas una extraña fiebre se apoderó entonces del alma del Rabino, pues deseaba que todo fuera hecho según las Escrituras, y a ningún paso parecía dispuesto si contravenía a estas.

Y he aquí que acercándose la Pascua me hizo llamar aparte de todos para hacerme saber su voluntad. Y llegado a él, me dijo: Mira, Judas, que cuanto está escrito ha de ser cumplido hasta la última tilde. Vete, pues, y negocia secretamente mi entrega al poder de quienes usurpan el Templo y el linaje sacerdotal de Sadoc, y en pago exige treinta monedas de plata, y ni una más ni una menos.

Y esto decía para que la Ley y los profetas se cumplieran, pues estaba escrito por Zacarías que de ese modo habría de ser.

Entonces yo dije que nunca habría de hacer una cosa como esa, y que si la calentura lo conducía a semejante mal, mejor sería regresar a Galilea donde estaríamos a salvo, y guardarnos allí hasta que retornase la salud a su espíritu.

Respondiéndome con palabras tranquilizadoras, censuró mis recelos sobre tan peligroso proyecto y me envió diciendo que de ahí en adelante mi nombre sería recordado en Israel por todas las generaciones.

Así pues, me llegué hasta el infame Caifás para dar satisfacción a ese deseo y a los beneficios que el Rabino anunciaba, y con él negocié la inminente entrega.

El primer día de los Ázimos, y venido el atardecer, Jesús se puso a la mesa con nosotros. Y mostrando el vino de su cáliz, habló con palabras de esperanza, diciendo: Y os digo que a partir de ahora no beberé de este fruto de la vid hasta el día aquel en que lo beba con vosotros en el Reino de mi Padre.

Y después de haber compartido los alimentos, cantados los himnos, nos dijo: Cuando os envié sin bolsa, y sin alforja, y sin zapatos, ¿tuvisteis necesidades? Y todos dijimos: No. Entonces él dijo: Pues ahora, tomad bolsa y alforja, y quien no tenga espada, que venda su capa y la compre.

Y al punto supe que la voluntad había regresado a su espíritu y que sus palabras volvían a ser claras, pues él nos había dicho muy firmemente: No he venido a traer paz a la tierra, sino espada.

El Rabino, levantándose, me habló ante todos para decirme: Lo que tengas que hacer, hazlo ya. Y presto obedecí, pues estaba cercano el Reino y el triunfo de los hijos de la luz.

Y esa misma noche conduje a la cohorte del Sanedrín que junto con otros muchos guardias del Templo sumaban seiscientos soldados, y a su cabeza como guía alcanzamos el monte de los Olivos.

Pues sucede que en un huerto de su ladera conocido por Getsemaní nos reuníamos los trece y otros muchos discípulos, y allí habíamos convenido el Rabino y yo que se habría de cumplir todo lo acordado. Y hasta ese huerto me llegué, oculto entre la muchedumbre de nuestros enemigos, señalándoles al hombre que habían de prender.

Y quienes los mandaban llegaron diciendo: ¿Quién es Jesús el nazareo? Y el Rabino, dando un paso adelante, dijo: Yo soy.

Y he aquí que algunos de los nuestros, sabedores de los propósitos de la turba, desenvainaron sus espadas con intención de defender sus vidas y la del Rabino, y Simón el zelota atacó con la suya hiñendo a uno de los servidores del Templo.

Y al punto Jesús, protegiéndolo con su cuerpo de la furia de la soldadesca, lo invitó a mantenerse en calma, diciéndole: Vuelve la espada a la vaina, pues quien espada usa, a espada perecerá. Podría invocar a mi padre para que mande doce ejércitos de ángeles en mi defensa, mas han de cumplirse las Escrituras.

Oído esto, todos corrieron a esconderse para no ser sujetados. Y a mí me pareció que el Rabino quería protegernos de enemigos diez veces superiores, y que deseaba ser llevado a la corte del Sanedrín para mostrar allí todo su poder.

Quienes habían prendido a Jesús lo presentaron ante Caifás. Simón Barjona y Juan el sacerdote siguieron a la comitiva desde la distancia. Y lo mismo hice yo más tarde, junto con otros discípulos, a quienes quería tranquilizar diciéndoles: El Rabino ha de cumplir las Escrituras y nada ha de pasarle, pues es el Mesías y grande es su poder.

Llegada el alba, tomaron consejo todos los sumos sacerdotes contra el Rabino con la intención de darle muerte y, habiéndolo atado, lo entregaron al gobernador.

Y fue así como Jesús compareció ante Poncio Pilato, que decretó su

muerte en la cruz. Él, en tanto, callaba, por hacer cumplir las profecías. Y aun después de verlo en esa postración, mi fe seguía tan viva como siempre lo había estado, pues sabía que el Rabino tenía elegido su momento para manifestar su gloria, y que el suplicio y las mofas que venía sufriendo en su cautiverio obtendrían pronto desagravio.

Llegados a un lugar llamado Gólgota, rifaron su túnica y lo colgaron del madero entre otros reos de muerte. Hacia la hora nona, gimió el Rabino Jesús con un gran grito dirigido al cielo, diciendo: Dios, Dios, ¿por qué me has dejado solo? Y, dicho esto, exhaló su espíritu.

Y mi propio espíritu quiso abandonarme, pues hasta su último estertor mi fe me sostenía, segura de que quien había sacado de la tumba a Lázaro, aquel cuyos pies pisaron las erizadas olas sin hundirse, tendría la voluntad suficiente para revelarse ante todos como Mesías.

Y con la ruina de mi esperanza creció mi culpa como un torrente de arena cuajado en la garganta, pues si todos habíamos sido desengañados, en mí se hallaba el más necio de todos ellos. Yo, Judas el Iscariote, lo había entregado en manos de sus verdugos. Y si bien finalmente nuestro amado Rabino no había tenido el poder de un Mesías, sí que era un hombre justo.

Vencido por mi desesperanza, allí mismo, en el Gólgota, y mientras la guardia quebraba las piernas de los ajusticiados, urdí mi propia muerte, pues solo así creía posible escapar de aquella voz que me acusaba y desnudar mi alma de su putrefacción.

Mas unos brazos amigos me salvaron del segundo crimen cuando ya la cuerda tomaba rigidez. Y a ellos confié la magnitud de mi culpa. Simón el zelota y Natanael Bartholemai escucharon mi confesión, perdonaron mi pecado y planearon conmigo el cumplimiento de aquella justicia que Jesús el nazareo no pudo consumar.

Y de tal modo, después de su muerte, y confiado su cuerpo a una sepultura provisional hasta después de la Pascua…

Pasé el fin de semana dándole vueltas a aquel texto. Superaba cualquier previsión. Incluso a los teóricos que, desde la más extrema heterodoxia, habían especulado sobre la repulsiva figura de Judas, el gran villano de la historia sagrada oficial. Admito que bebí en algunas de esas fuentes para escribir mi novelucha un cuarto de siglo atrás, aunque evitando reiterar sus argumentos. Hubo entre ellos quien se aproximó, ciertamente, a la imagen que aquellos folios cincelaban con aplastante contundencia. Ya en los tiempos

paleocristianos, las corrientes gnósticas redimieron a Judas del abyecto papel que le había otorgado la tradición para concederle el privilegio de mediador necesario en el desarrollo de los planes divinos. Thomas De Quincey no se atrevió a tanto, y explicó el conflicto desde la teoría política del militante convencido de que la detención del líder provocaría la revuelta popular contra el invasor, y el suicidio final como única salida ante el fracaso de su tesis. Pero quiénes eran los gnósticos sino unos neoplatónicos trufados de orientalismo; quién era De Quincey sino un opiómano que en el XIX escribía sobre asuntos tan puritanamente correctos como el consumo de estupefacientes y consideraba el asesinato como digno de figurar entre las bellas artes.

No, ninguno de ellos había alcanzado aquella cota. Ni siquiera Borges, que hubo de inventarse al escandinavo Niels Runeberg para defender sus especulaciones. Según él, Judas habría sido el único de los doce que realmente intuyó la secreta divinidad y los trágicos propósitos de su Maestro. Y se plegó a ellos, aceptando gustoso el castigo del infierno porque su único anhelo era que aquel cumpliese su destino. Todo un ejemplo de altruismo, de amor sin tacha. En una arriesgada acrobacia dialéctica, Borges pone en boca de un terminal Runeberg la última gran paradoja: Dios, en su proyecto salvífico, no eligió a Jesús para el acto de suprema humillación ante los hombres, sino a Judas, el verdadero redentor.

Otros han barajado parecidas hipótesis para responderse a esas cuestiones que la mayoría de los teólogos zanjan con un mondo y lirondo ejercicio de fe. Al fin y al cabo, no podemos renunciar a hacernos preguntas sobre cualquier cosa porque los humanos somos duda hecha carne. Y la pregunta sobre el motivo de aquella traición ha planeado sobre las cabezas de muchas generaciones ante la ausencia de una explicación convincente. Porque la respuesta ortodoxa, aquella que asienta en la codicia el origen de la felonía, no soporta el mínimo análisis crítico teniendo en cuenta que Judas era precisamente el tesorero de la comunidad, y quien puede escabullirse con la bolsa sin problemas no necesita implicarse en una peligrosa operación a cambio de un botín irrisorio.

Efectivamente, muchos habían teorizado sobre Judas, aunque todos ellos daban por cierto su suicidio. El documento que tenía en mis manos se distanciaba cualitativamente de esa presunción

universalmente admitida. Pero si los gnósticos eran unos iluminados, De Quincey un escritor maldito y Borges un habilísimo fingidor, mi corresponsal, origen de esta tesis, resultaba toda una incógnita, un ejemplar que merecía ser catalogado entre aquellos aunque con tanta habilidad a la hora de crear sus ficciones que tal vez exigía un capítulo aparte, un espacio propio en la amplia galería de teorizantes.

Pues bien, este, a grandes rasgos, fue el discurso racional que me dominó desde que leí la primera parte de la traducción. Un discurso que, por increíble, se empeñaba en obviar la otra cara de la realidad, esa que me repetía con mostrenca contumacia que no se pueden negar los hechos tangibles: que el documento estaba escrito en genuino arameo del siglo primero, que arrastraba tras de sí una historia más o menos contrastada y, sobre todo, que nadie en su sano juicio mataría hoy por sostener una simple fábula. En su sano juicio, desde luego, porque son legión los cadáveres en la lista de víctimas de la mentira.

Ni siquiera Boccherini lograba calmar el incómodo sarpullido que aquella lectura me había provocado. Ni Boccherini, ni el adagio más excelso, ni la pacífica invasión de un par de copas en el torrente sanguíneo conseguían apartar mi pensamiento de un texto que releí no menos de una docena de veces buscando en cada una de ellas la eficacia de un pellizco que te rescate de la pesadilla.

El lunes intenté de nuevo ponerme en contacto con Araceli. En la universidad no sabían nada de ella: efectivamente, tenía previsto asistir a un congreso internacional en Basilea y hasta el martes no se reincorporaría a sus clases. Aunque tampoco el día siguiente acudió al trabajo ni atendió mis llamadas. Alarmado, me presenté en su casa, pero no hubo respuesta a mis reiterados timbrazos. De regreso, hallé una segunda carta en el buzón; con matasellos de Madrid, como la previa. Estaba fechada el jueves anterior, lo que significaba que la había enviado dos días antes de que yo recibiese la primera entrega. Era el resto de la traducción y, como prefacio, un explícito párrafo:

Bien a mi pesar, he cumplido mi palabra. Créame que cada progreso en este trabajo ha significado un nuevo frente abierto en la retaguardia misma de mi conciencia. Espero que, al menos, le sea útil. Aunque usted sabe tan bien como yo que tiene que ser falso, que esto no puede ser sino

un fraude urdido por alguna mente enferma. Hasta siempre, Araceli Zúñiga de Entresotos.

Una despedida que sonaba a funesto presagio.

Esa misma noche terminé por fin la lectura del incómodo documento. Más que leer, me parecía escuchar la tibia voz de Araceli dictándome sus palabras impresas en papel. Pero ni siquiera esa ilusión las hacía menos graves y turbadoras:

(VARIOS PÁRRAFOS ILEGIBLES).

… y aun a costa de imperdonable pecado, evitando cualquier senda concurrida durante el sábado, alcanzamos el desierto en el primer día de la semana. Y allí, entre los puros que han de resucitar en la última fecha, bajo la humilde mirada de los discípulos de la Ley, entregamos al polvo la carne del Rabino.

Y ahora, pasados más de treinta años de aquellos días, cercano yo mismo a ser entregado a esa misma tierra, miro atrás para arrepentirme de mi insensatez. Pues nuestro acto, lejos de consumar la rebelión del pueblo de Israel y su libertad en nombre de un Mesías resucitado, ha devenido en grave infortunio.

Como escuchadas ayer mismo guardo en mi memoria las palabras del Rabino a Simón Barjona, diciéndole: Cuando eras joven, ibas de un lugar a otro según tu voluntad. Llegará el día en que otros te llevarán por donde ellos quieran.

Y así ha sido, por desgracia. Pues no es el Rabino Jesús que ellos predican aquel que caminó junto a nosotros. Y quienes no tuvieron la dicha de conocerlo se cuentan entre los que hoy manejan sus palabras como hábiles alfareros, moldeando con ellas a un dios pagano que nunca pisó nuestra tierra.

Muchos fuimos quienes en nuestra juventud nos aventuramos por el camino del desierto para seguir al Bautista, y lo creímos cuando nos presentó al nazareno como el Mesías que Israel esperaba. Allí estaban Simón Barjona, y su hermano Andrés, y Felipe, y Simón el zelota, y Natanael, y yo mismo, pobre iluso.

Mas hoy, aquellos que apenas han oído un eco lejano de la voz del Rabino, incluso quienes persiguieron a los fieles y derramaron su sangre al servicio de los usurpadores del Templo, se presentan

como sumos sacerdotes de un Mesías. Y ensucian su memoria entregando un remedo de sus palabras a los gentiles.

Así pues, a nosotros, a los marcados por el estigma de la calumnia o reducidos a las oscuras mazmorras del olvido, no nos queda otra esperanza que llorar el desatino; gemir y aguardar con ansia el día en que el polvo nos cubra junto a quien nos hizo creer que no habría de pasar nuestra generación sin que el Reino se cumpliera. Y ese habrá de ser nuestro mejor y único premio.

Así ha hablado Judas el Iscariote por boca de su hijo Jonás.

Así ha hablado Jonás con la palabra de su padre muerto.

Nadie que no hubiera leído aquel texto podía hacerse idea de lo que significaba la plancha de cobre. Todo un espacio abierto a las conjeturas, al revisionismo más radical. Sí, una revolución. Por lo que a mí respecta, no tanto por sus implicaciones teológicas que, francamente, nunca me habían quitado el sueño, como por su posible trascendencia pública. Cualquier periodista, tanto premio Pulitzer como de medio pelo, habría dado parte de su vida por disponer de una noticia de semejante magnitud. La exclusiva del siglo, de los últimos veinte siglos.

Yo, sin embargo, solo era un prejubilado, laboral y mentalmente hablando, un hombre más que crecidito cuya única aspiración era disfrutar de unos años plácidamente vividos entre sus ficciones literarias. Lo digo con franqueza: en aquel momento me habría gustado estar en otro sitio. Perdido en el campo, por ejemplo; tumbado, los ojos atornillados en el azul, en el premioso deslizamiento de las nubes, en el *ballet* de los álamos movidos por la brisa, bien atento al palmoteo de sus hojas, a su rumor lejano de oleaje. Pero había al menos tres obstáculos en contra de mis deseos: uno, el invierno era demasiado crudo para encontrar a mano tales horizontes; dos, yo nunca había sido tan romántico como para eso; y tres, la pantalla del ordenador anunciaba al fin, tras casi una hora de plantón, la entrada de *Dama de Picas*.

Durante la larga espera, mi ánimo había tenido oportunidad de transitar varias veces entre la ira y una relativa calma, y viceversa. Un viaje circular en torno a una idea redundante, una impresión que podría resumirse en la simple imagen de una avispa atrapada

en un vaso de cerveza. Yo era la avispa, por supuesto. Ahí estaba, pataleando en un pozo de lúpulo y espuma, reclamando una generosa mano que me devolviese al aire antes de que fuese demasiado tarde. Y mi único deseo era morder aquella mano, castigar con rabia a quien podía salvarme, en este caso, de la duda.

Dama de Picas: Buenas noches, Ángel. ¿Todavía sigue opinando que es una simple historia de ambiciones?

Santomé: En el fondo, de eso se trata, ¿no?

Dama de Picas: Demasiado simplista. Supongo que no se le escapa el trascendental valor de ese documento.

Santomé: Viene a demostrar que las cosas no son como se nos han contado.

Dama de Picas: Amigo mío: ese manuscrito demuestra que los fundamentos del cristianismo son erróneos, que nuestra idea acerca del Maestro de Galilea nada tiene que ver con lo que realmente sucedió. Todo se vendría abajo. ¿Le parece poco?

Santomé: ¿Y qué?

Dama de Picas: Supongo que está bromeando. De hacerse público ese testimonio, provocaría un escándalo de imprevisibles consecuencias.

Santomé: Es usted quien bromea. Miles de personas mueren a diario de hambre o son masacradas en honor a creencias y banderas, la esclavitud crece bajo el auspicio de las multinacionales, arrasamos la tierra y la gente se juega la vida en busca de pan y libertad. ¿Quién se escandaliza? Se digiere todo con la naturalidad de quien bebe un trago de agua.

Dama de Picas: No es el caso. Esta noticia llegaría a todos los rincones. Cuestiona las bases mismas de nuestra civilización. Imagine lo que eso significa.

Santomé: ¿Se refiere a las creencias? Venga, vamos a imaginar. Los cristianos, mosqueados. Judíos y musulmanes, satisfechos porque sus tesis eran ciertas. Budistas, taoístas, animistas y demás *istas*, a lo suyo. Pero ¿en qué cambiaría esencialmente nuestra vida, nuestra sociedad? En nada.

Dama de Picas: Su cinismo es desconcertante.

Santomé: Simple análisis de la realidad. En serio, ¿piensa que

la publicación de ese testimonio resquebrajará el mundo?

Dama de Picas: Así sería para millones de personas cuya fe depende de ese trozo de cobre.

Me acusaba de cinismo mientras él hablaba de fe en una sociedad sin norte. En una sociedad donde lo sustancial ya no es el objeto sobre el que la fe se proyecta, sino la fe en sí misma. Una sociedad en la que símbolos y dogmas han ocupado el lugar de cualquiera que fuese la verdad primigenia, y ya no importa tanto esta como el hecho mismo de creer en ella. Qué somos sino seres cuyos principios se basan en ficciones que imaginamos más sólidas que nosotros mismos. Vivimos de mitos. La verdad es apenas una excusa. Lo que nos otorga fuerza es la convicción, no los hechos en que supuestamente se asienta.

Santomé: ¿Y usted me llama cínico? Mire, así es como yo lo veo. ¿Me permite una parábola?

Dama de Picas: Un género que viene al caso. Adelante.

Santomé: A y B gozaban del sol y lo adoraban. A veneraba al sol inclinándose hacia el este, en respeto a su nacimiento. El bueno de B, hacia el oeste, como gesto de despedida. Así que en sus oraciones siempre se daban la espalda. A enseñó a sus hijos a rezar a su modo, y B según su propia ortodoxia. Hoy, los tataranietos de A y de B sienten con todo su corazón que la única fe digna de respeto consiste en enseñarle el culo a los infieles.

Dama de Picas: Una fábula muy ilustrativa acerca de la desviación de las creencias. Pero no le he revelado todo esto para que se pierda en especulaciones místicas, seudoteológicas o metaliterarias. Mi objetivo es mucho más prosaico. No me negará que ese manuscrito es un poderoso medio de presión política.

Sí, yo mismo lo había definido como una bomba almacenada hasta el momento propicio. Y eso, sin haber conocido todavía el alcance completo de aquella especie de testamento. *Judas, Dama de Picas* o quien diablos fuese aquel personaje en la sombra, tenía razón. Por mucho que la idea me sublevase, porque significaba precisamente corroborar mi tesis acerca de la debilidad de nuestros principios éticos como sociedad, incluso como especie, él estaba en

lo cierto. En una civilización hipócrita, capaz de cerrar los ojos a los auténticos dilemas y rasgarse las vestiduras ante lo accesorio, su publicación resultaría más que incómoda para muchos.

Santomé: Me trae al fresco ese género de política. Parece que a usted no, así que la pregunta es: ¿Qué gana o qué pierde en este asunto? ¿Qué pretende?

Dama de Picas: Desde que entré en contacto con usted, he intentado actuar con toda franqueza, obviando exclusivamente aquellos datos que pudieran poner en peligro mi identidad. Llegados a este punto, debo confesarle que aquella nota que dejé en su libro de la Biblioteca Nacional junto a sus gafas, su cuaderno de notas y su bolígrafo, era una petición de auxilio.

Santomé: Sí que tiene gracia.

Dama de Picas: Lamento que lo tome así. Por resumir, le diré que hay un fuerte debate respecto al destino de esa reliquia.

Santomé: ¿Quiénes debaten?

Dama de Picas: No tendrá respuesta a eso.

Santomé: Lo olvidaba: su sacrosanto anonimato. Al menos, me dirá a qué grupo representa. ¿A los que resultarán perjudicados por su divulgación? ¿O quizá a los beneficiados, o a quienes buscan buena pesca en el río revuelto?

Dama de Picas: Eso es lo de menos. Lo importante es que mi posición en el debate es minoritaria, y por lo tanto perdedora. Lo que estoy haciendo al confiarle estos hechos es similar a lo que hizo Judas, y la palabra traición me corresponde por derecho.

Santomé: ¿A cuál de los dos Judas se refiere?

Dama de Picas: Al de los Evangelios, al que siempre se ha tenido por cierto. Ese es mi papel.

Santomé: Muy edificante. Al menos podrá explicarme el motivo de su traición.

Dama de Picas: Para transcender a la inminente catástrofe que presumo. Para que nadie pueda decir después que las cosas nunca sucedieron, para que nadie pueda añadir una mentira más al océano de mentiras donde un día naufragamos. Por eso quiero que usted lo cuente, que sea testigo, como lo fue Jonás, el hijo de Judas.

Santomé: Cuéntelo usted, que se lo sabe todo con pelos y

señales. Le aseguro que sería un superventas.

Dama de Picas: Ya le dije que no puedo mezclar mi nombre en este asunto.

Santomé: El mío sí, claro. Mi nombre es basura.

Dama de Picas: Por favor, no lo interprete de ese modo. No le estoy pidiendo un trabajo periodístico que comprometa su firma, sino una novela. Una novela basada en la realidad, en esa realidad que usted ha corroborado. Una novela solo necesita ser coherente en sí misma para generar crédito. Puede contar lo cierto como si se tratase de una ficción. Lo importante es que quede escrito.

Santomé: ¿Piensa que alguien la va a tomar en serio?

Dama de Picas: Desde luego. La fe se basa en testimonios. Así ha sido siempre desde el origen. Si hubiésemos de atenernos a pruebas, ninguna de las religiones se sostendría en pie. Todas se fundamentan en el testimonio heredado de los creyentes. Usted lo dijo. Por eso el suyo es tan importante. Yo soy Judas. Usted, Ángel, es el nuevo Saulo de Tarso, aquel que toma la verdad y la transforma en mito.

La verdad, insistía. Una palabra demasiado grande donde caben millones de verdades de andar por casa. Como un puyazo de adrenalina, el recuerdo de aquella frase de Araceli me devolvió al inicial estado de rabia. Estaba cayendo en su red. Y lo que me interesaba en ese momento no era tanto la publicidad o el secreto de aquel testimonio, ni siquiera si unos y otros se tiraban los trastos a la cabeza en defensa de sus respectivos y ancestrales principios, ni si alguien obtenía buenos dividendos a cambio del silencio o el pregón. No, lo único que yo necesitaba, como la avispa en la cerveza, era aire suficiente para mover las alas y escapar del pozo. Y morder, de paso, el dedo salvador.

Santomé: Por lo que a mí respecta, podía haber elegido mejor símil que un fanático misógino. Y nadie me garantiza que no sea todo fruto de su mente calenturienta. Déjeme ver y tocar esa plancha de cobre.

Dama de Picas: Ver y tocar. Racionalismo salvaje.

Santomé: La fe, para los creyentes. Yo no acabo de creer en su palabra.

Dama de Picas: El documento existe, ya lo sabe, y está en Madrid, a buen recaudo. Me gustaría acceder a su deseo, créame, pero no me es posible.

Santomé: Parece que todo lo tiene a buen recaudo. Su manuscrito, su identidad, su seguridad personal. No todos pueden decir lo mismo. ¿Qué ha sido de Araceli Zúñiga?

Dama de Picas: ¿A qué se refiere?

Santomé: Hace días que no sé nada de ella. Tampoco tienen noticias en la universidad.

Dama de Picas: Ni yo. Usted ha sido mi único interés.

Santomé: Mueve los hilos y lo niega. Me implica y se lava las manos. Es usted tan culpable de lo que le sucedió a Alenza como de lo que le haya podido pasar a ella. Quién sabe de cuántas barbaridades más.

Dama de Picas: Me sobrevalora, Ángel. No tengo tanto poder como el que me atribuye, ni mucho menos interés en que nadie pueda resultar perjudicado.

Santomé: Usted sí que es cínico.

Dama de Picas: Créame que lamento lo que haya podido suceder, pero comprenderá que hay demasiado en juego, y algunos de los implicados carecen de escrúpulos.

Santomé: Eso es para usted la vida ajena. Un maldito pasatiempo.

Dama de Picas: No es mi caso, pero los hay que dan por buena aquella frase de Caifás. ¿La recuerda?: «Conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca». Poco les importa si la víctima es un ser humano o la mismísima verdad.

Santomé: Ojalá este cacharro me permitiese el grito para decirle esto al volumen que se merece: ¡Métase su juego por donde guste!

Esa fue mi última frase en el chat. Extemporánea, pero sincera. Quise, a partir de ahí, olvidarlo todo, regresar a mi postergado proyecto, a mi vida de tranquilo cesante. Incluso pasé un par de veces por la Biblioteca Nacional con la voluntad de recuperar en lo posible un ritmo ya definitivamente perdido. Pero demasiadas cosas bullían en mi cabeza y apenas podía concentrarme sino en la

observación de aquellos rostros serios y formales embebidos en el estudio, por completo ajenos a cualquier sospecha de cuanto estaba sucediendo, ignorantes de que precisamente allí, en una de sus salas, empezó la inconcebible historia que me había atrapado.

No volví a saber de *Judas* hasta el jueves 10 de febrero. En un frío correo, casi telegráfico, me citaba en un despacho de Torre Picasso para la noche del sábado 12. Una cita en la que me demostraría que cuanto había dicho era cierto. La prueba definitiva. Y me pareció que, después de todo, dos días no eran excesiva demora si el premio para mis ojos, para la yema de mis dedos, era aquel testamento cincelado en cobre.

Epílogo

AL DÍA siguiente, y los tres días siguientes a aquel 12 de febrero, caminé hasta las cercanías de lo que fue el edificio Windsor. Como miles de madrileños y turistas, con parecida estupefacción en las pupilas. Pero mis motivos eran bien distintos a los suyos. Si me acercaba hasta aquella ruina era para confirmar que no había soñado esa noche, ni las noches previas. Bajo vientos helados me aposté durante horas frente a aquel coloso esquelético y negruzco con la esperanza de que todo hubiese sido mentira. Buscando quizá un milagro. Pero los milagros no apuestan a favor de los incrédulos.

Algunas cosas averigüé tras aquel inconcebible suceso. Lo primero, tal y como los medios de comunicación divulgaron, que el edificio había alcanzado temperaturas superiores a los mil grados; y, por mi cuenta, que el umbral de fusión del cobre es precisamente ese: mil grados. Hice luego mis investigaciones respecto al alquiler de aquella oficina de Torre Picasso: una empresa, Special Winds, radicada en las islas Caimán. Imposible pasar de ahí. Los paraísos fiscales defienden la identidad de sus accionistas como perras feroces a sus crías.

Las semanas posteriores al siniestro fueron propicias a las hipótesis. Agujeros en los sótanos, siluetas humanas en uno de los pisos filmadas por un aficionado, rumores sobre intereses oscuros de tramas inmobiliarias, chocantes coincidencias en el funcionamiento de las alarmas y los servicios de seguridad.

Nada de nada. Pura leyenda urbana. Los investigadores concluyeron que había sido una catástrofe casual. Casualidades oficiales. Qué diferencia hay entre casualidad y causalidad. Apenas dos letras que intercambian su posición como danzarinas en un baile de grupo. Ese mínimo detalle, que para el observador profano no significa gran cosa en la puesta en escena general de la

comparsa, determina la diferencia entre lo inevitable y lo deliberado. No. Yo sé que no fue una casualidad.

Aquel incendio se saldó sin desgracias personales. Aunque hubo muchas cosas que se perdieron además de un trozo de paisaje. Puestos de trabajo, inversiones, esfuerzos humanos. Y algunas más. Por ejemplo, a primeros de marzo, un mes después de los hechos, la empresa Deloitte anunció que los papeles de su auditoría sobre FG Valores, reclamados por el fiscal anticorrupción, habían quedado reducidos a ceniza durante el siniestro. Otros documentos tuvieron el mismo destino entre los hierros retorcidos del Windsor. Sí, claro que se perdió mucho. Pero, de creer a *Judas*, hubo algo más, algo infinitamente más valioso y de lo que nadie habló. Simplemente, porque nada se sabía de su existencia.

De creer a *Judas*. Su última y brutal prueba, anunciada con dos días de antelación, me hace pensar que cuanto dijo es cierto, que aquella inminente catástrofe que presumía no era una simple corazonada, mucho menos una bravata para reblandecer mi recalcitrante desconfianza. Lo contrario me convertiría en cómplice indeliberado de un plan cuyo objetivo se me escapa. Y aunque me niego a aceptar esta posibilidad, tampoco me atrevo a garantizar que el futuro no reserve una repetición de los hechos con distintos nombres y lugares.

En fin, han pasado ya varios meses desde aquel episodio, y un par de ellos más desde que me decretaron inútil para el servicio periodístico. Algunas cosas no han cambiado mucho en mi vida desde entonces. Otras sí. Por ejemplo, Nuria jamás volvió a llamar. No sé si habrá dado con Hipólito Alenza, o con lo que quede de su memoria. Al menos respetó mi voluntad de no escucharla más. Si algún día cae en sus manos esta novela, estoy seguro de que volverá a hacerlo para insultarme con sus preciosos y excitantes labios, pestañeando como loca de indignación.

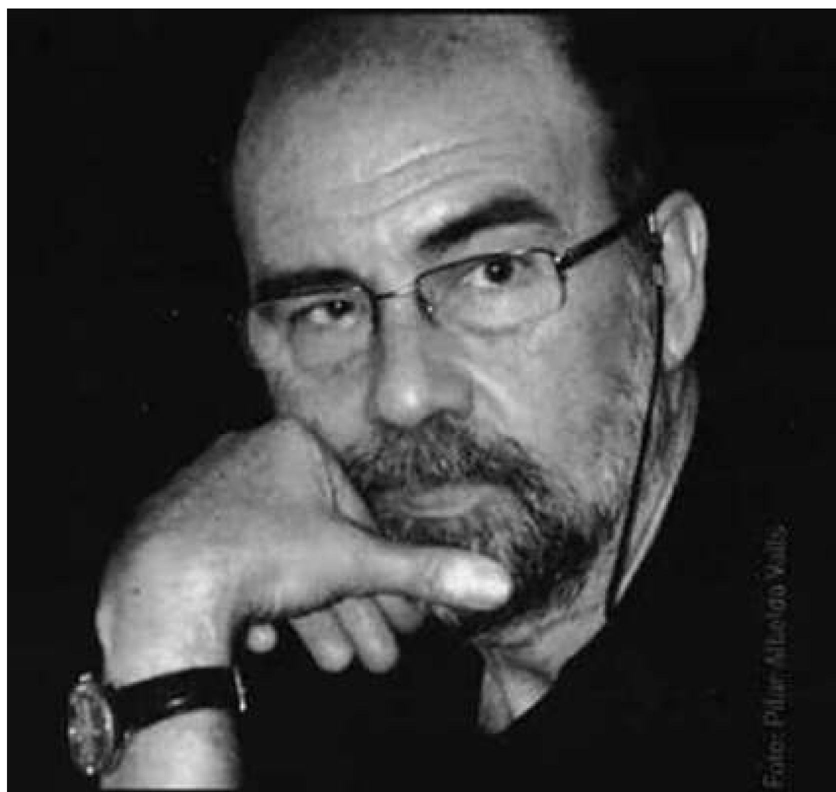
En cuanto a Araceli Zúñiga de Entresotos, la inteligente profesora de tibia voz y tacto dulce, no he vuelto a saber de ella. Tampoco en la universidad tienen noticias. Tras confirmar que nunca había asistido a aquel congreso en Basilea y concederse un tiempo prudencial, dieron aviso de su desaparición a la Policía. Pero hasta hoy nada se sabe. Ojalá siga viva, tal vez huyendo de sí misma para no enfrentarse al hallazgo de una verdad que la

destroza. Ojalá algún día tuviese la ocasión de decirle personalmente aquello que entonces me callé. Aunque a veces, y como si fuese un rito necesario para abonar mi pesadumbre, sueño con que alguien halla su cuerpo flotando en un agua tenebrosa y fría, bajo una atmósfera que recuerda vagamente a los cuadros de Zurbarán. Quién sabe si yo mismo seguiré los pasos de Viatore y Miravalles y estoy destinado a que mi foto salga en las páginas de sucesos.

Respecto a Cris, no creo que merezca la pena ofrecer mayores detalles. Se trata de un asunto privado que como tal debe quedar. Sí aclararé que no está embarazada, que no lo estaba, al menos, cuando en junio viajó a Buenos Aires para hacerse cargo de la corresponsalía de la cadena. Curiosamente, mi hijo Miguel, fascinado de la noche a la mañana por la información internacional, consiguió ese mismo puesto como delegado de su diario en el Cono Sur, y ya hace varias semanas que su firma aparece en papel impreso. Ignoro si ella lo habrá incluido en la nómina de sus verracos, pero en cualquier caso la bendigo por haberlo alejado de las faldas de su madre, quien, por cierto, aún conserva a Lucas sin chinitos adoptados de por medio, en una especie de reedición de su luna de miel, o de un tiempo muerto al menos en sus vidas del que en absoluto quiero hacerme responsable.

Yo decidí por fin escribir la crónica de tan insólitos hechos. Por varias razones. Primero, porque se trata de una historia extraordinaria. Vivimos rodeados de enredos cotidianos, y todo el mundo habla o publica sobre ellos. Si yo no escribiera ahora acerca de algo tan fuera de lo común, ¿quién se iba a enterar nunca de que existió? También por seguridad personal, porque una vez en la calle estas páginas, mis espaldas parecen algo más cubiertas que en los inseguros días que compartí con Araceli. Y, por qué no admitirlo, por dinero. Porque no me vienen nada mal esos treinta mil euros. No son exactamente treinta monedas de plata, pero es que en esta historia, al contrario de lo que se suele creer, es Judas quien paga, y cualquier parecido con la realidad puede no ser mera coincidencia.

Agosto 2005



Guillermo Galván Olalla nació en Valencia (1950), aunque su vida se viene desarrollando en Madrid, donde ha ejercido el periodismo durante treinta y cinco años desde que, en 1969, comenzó sus colaboraciones en Radio Juventud. Ha sido subdirector de la revista *En Punta* y de la emisora autonómica Onda Madrid, y director del departamento de radio de la Agencia Efe, empresa donde ha desarrollado la mayor parte de su carrera profesional en diversas actividades como el reporterismo o las jefaturas de edición, política y sociolaboral.

Comenzó su tardía actividad literaria en 1998, y con la primera de sus novelas, *La mirada de Saturno*, obtuvo el premio Tiflos un año después.

Tras ella, ha publicado *El aire no deja huellas* (finalista del Rodrigo Rubio 2001), *Aislinn —Sinfonía de fantasmas* (premio Río Manzanares 2002 y finalista del XIII Premio de la Asociación Valenciana de Escritores y Críticos Literarios) y *De las cenizas* (premio Felipe Trigo 2003), cuya versión cinematográfica, bajo el título de *Vorvik*, se estrenó en el Festival de Málaga en 2005.

También ha publicado relatos breves en obras colectivas, como *Estigma de cal* (en «Muelles de Madrid» —2003) y *Tal vez* (en «Cuentos solidarios»— 2003).

Llámame Judas es su quinta novela editada, tras obtener con ella el VIII premio Alfonso VIII de la Diputación de Cuenca.